

ENRIQUE ORTIZ FLORES
HACIA UN HÁBITAT
PARA EL BUEN VIVIR

Andanzas compartidas de un caracol peregrino



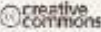
Enrique Ortiz Flores: hacia un hábitat para el buen vivir.
Andanzas compartidas de un caracol peregrino

Coordinación general: Tannia Falconer, Rosa Luxemburg Stiftung
Apoyo en la coordinación de la publicación: Clara Meyra Segura
Dirección editorial y edición: Andrea Fuentes Silva
Corrección de estilo: Kenya Bello Baños
Coordinación y realización de la entrevista: Gloria Muñoz Ramírez
Transcripción de la entrevista: Gloria Muñoz Ramírez, Ligia García Villajuana, Carolina Bedoya Monsalve y Fernanda Peralta Muñoz
Fotografía: Prometeo Lucero
Diseño gráfico y formación: Roxana Deneb y Diego Álvarez



Rosa Luxemburg Stiftung Gesellschaftsanalyse und Politische Bildung E.V.
Calzada General Pedro Anaya 65, Colonia San Diego Churubusco,
Delegación Coyoacán, C.P. 04120, México D.F.

Esta publicación es financiada con recursos de la RLS con fondos del BMZ.



Esta obra se encuentra bajo Licencia Internacional de Creative Commons 4.0: Atribución-Licenciamiento Recíproco. Los contenidos de este libro se pueden reproducir y compartir por cualquier medio, siempre y cuando se respete su autoría, se den los créditos correspondientes y se cite la licencia correspondiente.



Esta edición es de distribución gratuita, queda prohibida su venta.

ENRIQUE ORTIZ FLORES
HACIA UN HÁBITAT
PARA EL BUEN VIVIR
Andanzas compartidas de un caracol peregrino



Índice

7	Presentación, Tannia Falconer	145	IV. Un nuevo mundo en el mundo: la Coalición Internacional para el Hábitat (HIC). 1988-1999
11	Prólogo, Lorena Zárate	170	Gustavo Romero Fernández
19	Introducción, Enrique Ortiz Flores	174	Alejandro Florián Borbón
	Los ciclos vitales		
29	I. Los inicios: sueños, culturas, primeras decisiones. 1954-1965	193	V. Nuevas perspectivas. 1999-2010
50	Oscar Hagerman	222	Margarita Chávez Murguía
52	Georgina Sandoval	224	Jaime Rello
67	II. Descubriendo el camino. 1965-1976	235	Hacia adelante, Enrique Ortiz Flores
100	María Emilia La Pía Herrasti	262	Kirtee Shah
104	María Paula Hernández Ángeles y Gloria Valdespino Domínguez, Unión de Palo Alto	263	Jodi Grahl
		264	Katsuyuki Kumano
113	III. El encuentro de dos mundos. 1976-1987	276	Dedicatorias
136	Roberto Eibenschutz	280	Bibliografía y publicaciones de EOF
138	Elena Solís Pérez	283	Semblanza
		285	Agradecimientos



Boceto arquitectónico de Enrique Ortiz Flores (EOF).

Presentación

Tannia Falconer

Coordinadora de proyectos para México

Rosa Luxemburg Stiftung

Este libro es un homenaje en vida para un maestro que, con su ejemplo, con cada una de sus pequeñas acciones, con su discurso congruente entre lo que siente, piensa y hace, con su actitud siempre joven, alegre y positiva, enseña que esos pequeños haceres son grandes muestras para lograr cambios sociales y políticos trascendentes. Este maestro es, antes que nada, un ser humano sensible que ha dejado huella en cada sitio que visita a través de su palabra. Un arquitecto que tras titularse se dio la libertad de ejercer la carrera que consideraba más importante: la de lograr que, a partir de la autogestión y la organización, las personas en comunidades marginadas social y económicamente tuvieran acceso a una vivienda digna.

Para la Rosa Luxemburg Stiftung (RLS), fundación alemana de izquierda que ha trabajado con la Coalición Internacional para el Hábitat en América Latina (HIC-AL) desde hace aproximadamente una década, es importante recuperar los ideales y saberes de Enrique Ortiz Flores y dar a conocer cuáles han sido sus aportes al proceso de transformación social y política que, mediante la organización popular, ha buscado el acceso a una vivienda digna, considerándola una necesidad básica y un derecho humano. Hemos ido profundizando en sus saberes de viva voz de algunas personas que han acompañado su andar, a quienes ha marcado

y con quienes ha compartido sus conocimientos y experiencias sin escatimar. La idea de esta publicación surgió

colectivamente hace algunos años, durante conversaciones con representantes de organizaciones cercanas a RLS y a HIC-AL, organización con la que colabora Enrique Ortiz Flores. Fue resonando cada vez más fuerte; primero con Enrique, durante una reunión en la que acordamos realizar una publicación aún sin forma y que luego se convirtió en una realidad gracias al trabajo, también colectivo, de quienes participamos en esta tarea y a quienes, sin lugar a dudas, nos ha movido y conmovido el discurso y el actuar de Enrique.

El objetivo de esta publicación es rescatar una pequeña parte del enorme tesoro de conocimientos que nos hereda en vida Enrique. Tendrá sentido mientras sea compartida con quienes participaron en ella y con quienes lo conocen, pero sobre todo con aquellos que no han tenido la oportunidad de saber de él y podrán hacerlo a través de estas páginas contadas en primera persona. El viaje que él mismo narra, a manera de conversación, da cuenta de este legado que ha tenido impacto tanto a nivel nacional como internacional, pues su influencia y enseñanzas han alcanzado los rincones más diversos del planeta. Al tiempo que se elaboraba este libro, nos tomó por sorpresa la feliz noticia de que en octubre de 2015 le fue otorgado a Enrique el muy merecido

Premio Nacional de Arquitectura 2014. Las experiencias del responsable del Primer Programa Nacional de Vivienda en México, de 1977 a 1982, son un legado invaluable de perseverancia y sentido de comunidad para las generaciones presentes y futuras.

Este tiempo en que el sistema capitalista, en su modalidad más rapaz, voraz y devastadora, se sostiene de un muy frágil hilo a costa del bienestar y de la vida de miles de millones de seres vivos; este tiempo en el que dicho sistema ha logrado anestesiar cerebros al punto de hacerle creer cada vez a más gente que lo importante no es el respeto

ni el sentir hacia la vida, sino el dinero y lo que éste puede comprar; este tiempo en el que predomina la competencia en lugar de la cooperación, en el que predomina el valor material en lugar del valor de la vida; este tiempo en el que se benefician económicamente pocas personas gracias a la explotación de millones de seres, en el que se pretende la acumulación infinita; este tiempo de obsolescencia programada—en el que importa más el contenedor que el contenido, en el que se producen y consumen infinidad de artículos innecesarios, sin importar cómo ni sus efectos—es preciso reflexionar, cuestionar, cuestionarnos y sí, cambiar, transformar profundamente nuestras formas de pensar y hacer, individual y colectivamente. Todo esto lo tiene muy claro Enrique Ortiz Flores y lo expresa con tal contundencia y sencillez, que sólo queda asimilar y moverse para comenzar a hacer.

Una infinidad de preguntas confrontadoras permean constantemente su discurso y nos espejean: ¿qué objeto tendría volcar tantos esfuerzos de transformación social en un hecho aislado, sin vinculación o articulación con ninguna manifestación de organización? Y paradójicamente ¿cómo se logrará un cambio colectivo si no se comienza

por el cambio consciente a nivel individual? ¿Cómo lograr un cambio de paradigma si no rompemos nuestros propios esquemas? ¿Cómo lograremos salir de la caja que nos contiene y nos impide ver otros panoramas, otras realidades posibles consideradas imposibles, si seguimos haciendo lo mismo una y otra vez? ¿Qué sentido tiene el trabajo que hacemos si no es para aportar a la construcción de un mundo equitativo, en el que predomine el bienestar de todas las personas y no sólo el de unas cuantas? ¿Por qué no hacer nuestras labores y nuestro paso por el mundo de manera lúdica, creativa, gozosa, como hacen los pueblos originarios

al celebrar la vida y la muerte en tanto partes inseparables de un mismo ciclo de existencia? Estas preguntas obligan a pensar en la necesidad de hacer, pues el sólo decir no sirve de nada; sacuden la consciencia y ayudan a reflexionar sobre nuestras formas de pensar, de decir, de hacer y de vivir.

El testimonio vivo que aquí presentamos inicia con las palabras del arquitecto Ortiz Flores (recopiladas tanto en una serie de entrevistas a él como en textos de su propia mano), y continúa en un recorrido dividido en cinco ciclos, cada uno de once años, que, a modo de caracol, han ido dejando una marca indeleble y formando una espiral en constante movimiento; que aprende para compartir; que comparte para transformar; que transforma a quienes toca para

lograr un mundo donde prevalezca el respeto hacia todas las formas de vida. Por todo esto, va este libro. Un agradecimiento eterno al arquitecto, al maestro, pero sobre todo, al gran ser humano que es Enrique Ortiz Flores. Que su viaje por este mundo siga dejando más y más frutos ricos en solidaridad, compromiso, alegría, creatividad y amor para lograr lo imposible, pues como él me ha enseñado, de lo posible ya hemos visto mucho.

Prólogo

Lorena Zárate

Presidenta de HIC

Sentada en un bus, al lado de Enrique, en las algo menos de cinco horas que toma recorrer el camino de la Ciudad de México a Xalapa, fue que escuché por primera vez algunas de las historias que aquí se cuentan. No podría decir ahora la fecha exacta pero fue un día de julio en el año del cambio de milenio. Llevaba apenas dos semanas de conocer a Enrique y, ya entonces, me sorprendieron la

precisión de su memoria y la emoción de sus recuerdos. Me compartió la relación especial que tenía con su padre y cuánto lo extrañó desde su temprana muerte, cuando apenas estaba entrando en la adolescencia. Unos kilómetros más adelante supe de los momentos difíciles que le tocó vivir pocos días después de haber sido ratificado como director de Fonhapo, al tener que dar la cara a nombre del gobierno frente a los cientos de personas afectadas por el sismo del 85 y a los familiares de las víctimas, así como su decisión de defender su integridad e inocencia frente a sus superiores, quienes rápidamente quisieron usarlo como chivo expiatorio.

Este libro, de la mano del propio Enrique, constituye sin duda un pequeño tesoro. Una magnífica compilación de andanzas, como él mismo prefiere llamarlas, a través de las cuales enlaza paciente y detalladamente los hilos de su vida personal y laboral para narrar cómo fue creciendo y tomando forma su pasión por cambiar el mundo. La explícita es-

tructura cronológica que mantienen los capítulos se vuelve en realidad telón de fondo de lo que parece más bien ser una

obra musical. Hay una melodía y un tono que nos guían en la aventura de dar sentido a la propia existencia.

El caracol se vuelve la metáfora más apropiada. Lugar de origen y protección, a la vez que espiral que se abre al mundo y conecta con el cosmos, esta figura en apariencia frágil y delicada representa la capacidad de conectar y articular dimensiones y vivencias en principio aisladas: de abrirse “al mundo, sin dejar de ser uno mismo”. Presente en sitios sagrados de culturas milenarias de los distintos rincones del planeta así como símbolo distintivo de los peregrinos medievales que iban a Santiago de Compostela, Enrique retoma esta imagen para contarnos lo que lleva de camino recorrido en ciclos que, nos dice sorprendido, se abren y se cierran cada once años.

Descendiente de familia de mineros en el norte del país, su espíritu inquieto se vuelca al sur para encontrar una voz y una senda propias. Primero viaja a la Selva Lacandona, como inspiración para el diseño de un pueblo al que dedicó su tesis de arquitectura y, varias décadas después, para el reencuentro con los caracoles zapatistas. Todavía joven, y aún sin recibirse, recorre los territorios de huastecos y totonacos (que describe como “una de las experiencias más ricas y apasionantes que he vivido”) para poder reproducir las características que darían forma a las salas que haría en el Museo de Antropología. Ya entrados en el nuevo siglo, es el buen vivir, cosmovisión de dignidad y justicia para los pueblos andinos, el que proyecta sus búsquedas en lo que sigue hacia adelante.

Testigo y protagonista de décadas de enormes transformaciones, las que nos presenta como anécdotas personales son en realidad testimonios de algunos de los procesos más relevantes del siglo veinte e inicios del veintiuno.

Como estudiante universitario recuerda con cariño y entusiasmo a varios de sus “maestros formidables, muchos

de ellos del exilio español”, así como el impacto que le causó una Europa todavía destruida y con hambre varios años después de terminada la Segunda Guerra Mundial. El descubrimiento de su camino profesional será a partir del trabajo en una de las primeras ONG que en América Latina se dedicaron a temas de vivienda y hábitat popular. Para mediados de la década de los sesenta, cuando Enrique se incorpora al Centro Operacional de Vivienda y Poblamiento A. C. (Copevi),¹ el fenómeno de urbanización ya estaba muy avanzado en México y otros países de la región por la migración masiva del campo a la ciudad, vinculada en mayor o menor medida a procesos de industrialización.

El mes de mayo de 1968 lo encuentra como joven profesor en la UNAM, haciendo de enlace con el movimiento estudiantil a pesar de la desaprobación de ciertos colegas. Época de luchas por libertades democráticas, de represión, guerra sucia y clandestinidad que muy pronto lo conectarían con compañeras y compañeros de todo el continente. Años más tarde recibiría a algunos de ellos, nuevos exiliados de las dictaduras del cono sur, en su casa y en sus proyectos.

En su paso temprano por Chile escuchó, en la voz del hijo de Violeta Parra, la canción que compuso sobre la ma-

sacre de Tlatelolco, al tiempo que conocía las primeras iniciativas que impulsaba la democracia cristiana para dotar de lotes y servicios a los pobladores pobres. Cruzó la cordillera para ir a ver de primera mano cómo se estaba implementando la recién aprobada ley de vivienda uruguaya, origen de un sólido movimiento cooperativista apoyado por profesionales y técnicos comprometidos y militantes que aún hoy sirve de inspiración e impulso a iniciativas similares en varios países. Unos años después, junto con *La China*, su esposa, tuvo ocasión de recorrer nuevamente nuestra región para reunirse con representantes destacados

¹ Primer organismo civil autónomo (ono) dedicado, desde su fundación en 1965, a acompañar y asesorar a los diversos actores y procesos del hábitat popular en México y en América Latina.

de la lucha social que muy pronto pusieron en evidencia las confluencias, no siempre explícitas, entre los postulados socialistas y la teología de la liberación; para charlar con quienes habían estado cerca de Camilo Torres y encontrarse con Helder Cámara, Enrique Dussel y muchos otros.

Enrique fue funcionario público antes de que los efectos del Consenso de Washington se dejaran sentir en las políticas neoliberales y de achicamiento del Estado, en una época en que era normal que los gobiernos promovieran cooperativas de todo tipo y en la que México todavía mantenía lazos fuertes con la entonces URSS, la cual visitó para conocer los asentamientos rurales vinculados a las agroindustrias y en donde, según nos cuenta, a quien le pagaban más “no era al burócrata que trabajaba en la ciudad, sino al pescador que se embarcaba varios meses en el Ártico”. Dos semanas después del triunfo de la revolución sandinista, Enrique viaja a Nicaragua para, desde el Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (Sela), apoyar en la elaboración e implementación de la política de vivienda del nuevo gobierno. La esperanza y la alegría de la gente lo impactaron, así como, años después, la contrainsurgencia, la ambición y la corrupción que le siguieron. La caída del muro de Berlín tuvo tanto dimensiones personales como políticas para él.

En esos mismos años participa de los esfuerzos por avanzar en proyectos de integración regional en los temas que le apasionan, tales como la Asociación Latinoamericana para la Promoción del Hábitat, el Urbanismo y la Arquitectura (Alahua) o la Organización Latinoamericana de Vivienda y Desarrollo de los Asentamientos Urbanos (Olavi); y asiste a conferencias de la ONU en donde ve crecer la actuación

de la sociedad civil organizada para hacer llegar denuncias y propuestas. En Hábitat II, en Estambul, se desempeñaría

ya como secretario general de HIC,² jugando un papel muy activo en la promoción y coordinación de muchas voces de todos los continentes para asegurar la inclusión de la vivienda como derecho y como proceso social en la Agenda Hábitat que de allí surgió.

Desde el cambio del milenio Enrique participa activamente en los debates sobre la crisis civilizatoria y la búsqueda de narrativas y experiencias alternativas dentro del Foro Social Mundial, es un actor clave para impulsar y sistematizar los debates que llevaron a la elaboración de la Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad. Unos años después sería la Carta de la Ciudad de México, que hoy en día, en sus manos y en las del Movimiento Urbano Popular (MUP), deberá servir de guía para la discusión de la nueva Constitución local que ya está en marcha.

Durante los muchos años que llevo de conocer a Enrique he tenido la oportunidad de escuchar varias de estas historias en medio de reuniones de trabajo, comidas y cenas con compañeras y compañeros de todo el mundo. Fue el encuentro con ellas y ellos, el poder constatar una y otra vez, aquí y allá, la gran admiración y el respeto que sienten por él, lo que me hizo tomar plena conciencia del enorme privilegio que representa poder compartir cotidianamente aprendizajes y desafíos como parte del equipo de HIC.

Vi por primera vez a Enrique en su casa. Su hijo, Quique, con quien había hecho unos pequeños trabajos de investigación a mi llegada a México, me comentó que su padre estaba buscando gente para que lo apoyara en la organización de la primera Asamblea Mundial de Habitantes y quería entrevistarme. Enrique me recibió con una sonrisa amable y me explicó muy rápidamente qué tipo de tareas necesi-

taban que hiciera; luego me preguntó sobre mi vida y me dejó hablar por cerca de una hora, casi sin interrumpirme.

²Habitat International Coalition (hic), organismo autónomo internacional surgido a raíz de la Primera Conferencia de Naciones Unidas sobre Asentamientos Humanos, realizada en Vancouver, Canadá, en 1976.

Cuando probablemente ya eran pasadas las tres de la tarde me dijo: “te quedas a comer con la familia”.

Su capacidad de escuchar, con la paciencia y atención que muy pocas personas nos dan a lo largo de nuestra vida, es algo de lo que más aprecio en Enrique. Desde las primeras semanas me integró a todas las reuniones y siempre pidió mi opinión, aunque lo que yo sabía de México y de vivienda y hábitat popular cabía en unas cuantas frases. Con el tiempo fui comprendiendo que esa cualidad forma parte de su ser y su actuar frente a toda la gente con la que quiere recorrer el camino.

Aunque a muchas de las personas que le han visto y oído en las cientos de conferencias que ha dado pueda resultarles difícil de creer, Enrique es una persona tímida, que prepara meticulosamente sus presentaciones y se siente nervioso antes de tomar el micrófono frente a una audiencia numerosa. Un maestro poeta, al que le gusta usar las palabras precisas para comunicar sus ideas y su experiencia en un lenguaje que lo acerque a quien está enfrente: comunidades que luchan por sus derechos y su dignidad; estudiantes que buscan una formación que les conecte con la realidad y la posibilidad de transformarla; profesionales que hacen de su

trabajo militancia comprometida con la justicia social; funcionarias y funcionarios conscientes de su responsabilidad para con lo colectivo y lo público.

A pocos meses de la realización de la tercera Conferencia de la ONU sobre Asentamientos humanos (Hábitat III, Quito, Ecuador, octubre 2016), las reflexiones y lecciones de estos más de cincuenta años del quehacer de Enrique cobran sin duda gran relevancia. Los debates y documentos oficiales realizados hasta el momento hacen evidente una alarmante falta de memoria institucional a todos los niveles, que tanto HIC como muchas otras organizaciones

y redes con las que venimos articulando nuestro trabajo hemos denunciado y estamos haciendo grandes esfuerzos por contrarrestar. El olvido intencionado de las propuestas y compromisos asumidos en el Plan de Acción de Vancouver (1976) y la Agenda Hábitat (1996); la reducción del enfoque integral del hábitat y el territorio a una mirada estrictamente urbana, en una tendencia que se presenta no sólo como inevitable sino universalmente deseable; el silenciamiento a toda mención que intente poner al centro la defensa y realización de los derechos humanos y una participación de actores sociales en apariencia sustantiva pero en realidad reducida y controlada.

Enrique es un maestro entrañable, y de eso dan cuenta los testimonios que aquí se incluyen y muchos de los tuits que ahora recibe de la gente más joven. Un poeta que, siempre con los pies en la tierra y preocupado por los detalles, sabe que la utopía, como dijo Galeano, nos sirve para seguir caminando.

Si las páginas pudieran crear sonidos este libro sería un caracol. Para comunicarse con la fuerza del cosmos; para convocar a reuniones y a la organización social; para danzar, para curar, para pedir y agradecer buenas cosechas; para ahuyentar a los malos espíritus; para celebrar la energía ascendente y creadora de la vida; para transformarnos, a través del diálogo, en lo mejor que podemos ser. Gracias Enrique.



EOF con su papá, Enrique Ortiz Liebich.

Introducción

Enrique Ortiz Flores

A 50 años de haber obtenido mi título universitario y de haber optado por trabajar vinculado a los procesos del poblamiento y la vivienda popular, sentí que había llegado el momento de hacer un recuento de las experiencias y los aprendizajes que me fueron dejando los diversos ciclos que conforman este ya largo trayecto de vida.

Este momento coincidía con mi cumpleaños 78, equivalente a vuelta y media de la rueda calendárica maya; buen momento para celebrar, reflexionar y compartir experiencias y nuevos desafíos. Estaba además mi rechazo rebelde a dejarlo para los 80, sumado a la inutilidad e improbabilidad de poder hacerlo al término de mi segundo siglo prehispánico, en el 2041.

No se trata de una autobiografía ni de un currículum ilustrado, mucho menos de unas memorias. Algún día pensé en escribir un librito que titularía *Memorias de un desmemoriado*, pues tengo dificultades para recordar detalles, fechas, nombres y todo lo que implique entrar a la base de datos no codificados de mi existencia.

Preferí hacer un recuento, no porque sea un gran cuento sino porque al final lo que hago es recontar lo contado, pero, como todo cuento recontado, este conlleva nuevos ángulos de abordaje y reflexión, que vinculan tiempos y dan continuidad a las experiencias, así como también nuevos sentidos, vínculos y perspectivas a lo vivido.

Contar y recontar experiencias es más rico y espontáneo

a través de la palabra hablada. Por ello, y por mi costumbre de trabajar en equipo, preferí en este recuento recurrir a la

entrevista, que estimula el recuerdo y quita solemnidad al relato, que interroga y provoca indagar sobre los tiempos, hechos y personas significativas en los diversos momentos y retos del hacer cotidiano.

Procuramos que la entrevista siguiera una línea del tiempo y se organizara en torno a los aprendizajes y desafíos de cada uno de los cinco ciclos que componen este recuento, aunque siempre surgieron interconexiones, continuidades y regresos que, pese a los cambios de contexto, integran un continuo en mis actividades, objetivos y temas de interés prioritario.

Me sorprendió constatar que todos los ciclos tienen una duración de once años, ya que nunca fueron programados ni se corresponden con ciclos escolares, períodos de gobierno o calendarios mágicos determinados por los astros.

El primer ciclo, “Los inicios: sueños, culturas, primeras decisiones. 1945-1965”, recupera de modo general mis antecedentes familiares, mis orígenes, el transcurrir de la vida entre la infancia, la secundaria y mi primer año de preparatoria, 1954: año de mis indecisiones sobre el camino a seguir, de mi encuentro profundo y transformador con el mundo indígena y la consecuente confirmación de mi vocación social que me llevó, a finales de 1965, a incorporarme al Copevi al día siguiente de mi examen profesional.

El segundo ciclo, “Descubriendo el camino. 1965-1976”, abarca el tiempo en el que, desde Copevi, debí sumergirme en la dura realidad y las luchas de los pobladores pobres tanto del campo como de la ciudad por acceder a un lugar seguro y digno donde vivir. Tiempo de confrontar nuestros planteamientos y sueños con las posibilidades y los obstáculos que frenaban nuestras iniciativas, así como los procesos de los grupos y las comunidades con las que trabajábamos. Tiempo también de aprendizaje y maduración, al igual que

de nuestras primeras realizaciones, ya enriquecidas por mis primeras vivencias internacionales y las investigaciones que llevamos a cabo en ese período, que nos permitieron formular y conducir con mayor seguridad y consistencia nuestros proyectos.

El tercer ciclo, “El encuentro de dos mundos. 1976-1987”, consecuencia en varios aspectos de la acumulación inicial de experiencias concretas, inició a finales de 1976, cuando fui invitado a participar en el sector público, inicialmente en la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas (SAHOP), para formular el Primer Programa Nacional de Vivienda y, posteriormente, en el proceso de consolidación del Fideicomiso Fondo Nacional de Habitaciones Populares (Fonhapo). Orientado siempre por las enseñanzas y los propósitos madurados en los dos ciclos anteriores, se me facilitó incidir con cierta eficacia en las políticas públicas y enfrentar tanto las situaciones difíciles como las contradicciones que surgen cuando nos ubicamos consciente y responsablemente al borde mismo del sistema, sin vinculaciones partidarias ni lealtades grupales.

Por esta condición vulnerable fui obligado a dejar el sector público un año antes de la entrada al poder del gobierno

que consolidó los cimientos del neoliberalismo en México, con una política que canceló la planeación de Estado, convirtió la vivienda en mercancía y las ciudades en paraísos abiertos a la especulación inmobiliaria.

Acontecimientos inesperados me dieron, poco tiempo después de mi salida del gobierno, a fines de 1987, la posibilidad de instalar la sede del secretariado general de HIC en México y de postularme como candidato a ese puesto. Cuando me eligió el Consejo Directivo de este organismo se abrió para mí un cuarto ciclo: “Un nuevo mundo en el mundo: la Coalición Internacional para el Hábitat (HIC).

1988-1999”. Regresé al ambiente de las organizaciones civiles, pero esta vez a nivel internacional, lo que me llevó a tomar conciencia sobre el alcance global de las causas sistémicas que determinan la desigualdad y la pobreza, y a visualizar la necesaria articulación de quienes buscamos enfrentarlas.

El trabajo de incidencia que llevamos a cabo en diversos espacios y en las conferencias internacionales convocadas por Naciones Unidas, los proyectos de investigación-acción que realizamos, así como el apoyo a las iniciativas y luchas sociales por el reconocimiento, defensa y realización del Derecho a la Vivienda y otros derechos vinculados al hábitat, reafirmaron nuestra convicción sobre el papel estratégico y el potencial transformador de iniciativas y procesos surgidos y conducidos en forma organizada desde la base misma de nuestras sociedades.

Al término de mi gestión como secretario general de HIC y el traslado del secretariado a Sudáfrica en 1999, se abrió para mí un quinto ciclo: “Nuevas perspectivas. 1999-2010”, que me permitió dar seguimiento y continuidad a los temas que promueve la Coalición en el mundo y que me ayudó a impulsar su desarrollo y concreción en el contexto mexicano.

Con mi elección como presidente de la Coalición a nivel internacional (2003-2007) y la aceptación de nuestro Consejo de instalar en México la oficina regional para América Latina, se abrió la oportunidad de iniciar un proceso paulatino de cambio generacional. Con este proceso en marcha y algunos logros sustantivos en México, se consolida para mí este ciclo con el que cierro la entrevista que da cuerpo a este libro.

Al término de este recuento de 55 años, dejo atrás toda

tentación de dirigir proyectos e instituciones y me convierto en dirigible. Dirigible en ambos sentidos del término:

Más tarde, de las pocas cosas que recuerdo vivamente del tiempo en que cursaba la secundaria, está mi respuesta al reto lanzado por mi profesor de biología para que redactáramos un texto creativo que ilustrara la relación de los organismos vivos con el ambiente. Escribí un texto que incluía unos “versos de la hermana lechuza, poetisa (aunque no muy buena por cierto)”, que hablaban de los efectos de la pérdida de humedad sobre la frágil vida de un caracol de hortaliza... premonición, sin duda, del cambio climático.

Al término de mis estudios de arquitectura en la UNAM viajé a la Selva Lacandona para contextualizar la pequeña comunidad que me proponía desarrollar como tesis de grado. Salí de la selva, como lo relato con detalle, convencido de que el poblado a proyectar, por absurdo que parezca, debía seguir la traza espiral de un caracol; 30 años más tarde, los migrantes de los altos de Chiapas, destinatarios virtuales de mi proyecto, o tal vez sus descendientes convertidos en zapatistas, tomaron la figura del caracol para trazar el lugar en el que realizaron, a fines de 1994, su primera Convención Nacional Democrática. Nueve años más tarde, instauraron sus propios caracoles que dieron significado simbólico, político y territorial a su mandato de gobernar obedeciendo.

En mis macetas rondan hoy los caracoles y las babosas, y obviamente prefiero identificarme con los primeros, pese a que su destino es cargar con su casa a cuestas de por vida.

De alguna manera yo he optado por lo mismo. Tengo fotos de mi abuela, de mis padres, de mis tías, de mis hijos y de mis nietos, incluso del más pequeño, nacido en los días en que esto escribo, en el mismo rincón de mi casa, pues aunque he viajado intensamente por el mundo, no me considero gitano sino peregrino que, con su talega al hombro, recorre con ánimo y un propósito los caminos, esperanzado siempre en retornar a su lugar y a su casa. Esta circunstancia me identi-

aceptar la dirección que hoy llevan en HIC compañeras y compañeros jóvenes y conducir mi nave con cierta calma para aterrizar donde pueda compartir –principalmente con los jóvenes, los compañeros de ruta y los espacios en que se gestan procesos y experiencias transformadoras– las enseñanzas, cuestionamientos y esperanzas de cambio que esta experiencia de vida apasionante y rica me han dejado.

Si bien el primer ciclo de este recuento fue un andar solitario, a partir del segundo todo lo que relato ha sido realizado, incluso en mi paso por el sector público, en equipo y como parte de colectivos entusiastas y comprometidos.

Incluyo no sólo a los integrantes de las instituciones en las que he trabajado sino, en forma relevante, a las personas, las organizaciones y los movimientos sociales que conducen los procesos cuyas causas apoyamos y promovemos en forma conjunta.

Para profundizar mi reflexión sobre el desarrollo en el tiempo de estos cinco ciclos, puedo afirmar que no se trata de periodos cerrados sino de un continuo que, partiendo de los objetivos y principios que dieron propósito fundamental al Copevi en los años sesenta, se fue enriqueciendo y complejizando en sus interrelaciones y contenidos, abriéndose lenta y progresivamente al mundo, a la manera de los caracoles.

Cada ciclo podría representar una vuelta completa en el desarrollo del espacio que cubre la concha de un caracol, superando en complejidad la secuencia lineal de los acontecimientos y el plano espiral que proyecta sus alcances.

Desde mi infancia me he encontrado siempre con los caracoles: los vivos, los simbólicos y los virtuales; niño aún, con aquéllos devoradores de las hortalizas que, como aprendiz entusiasta, cultivaba los domingos con mi padre. Los aleja-

ba juntándolos en una cubeta pero, persistentes como son, siempre regresaban o aparecían otros.

fica con los descendientes de los caracoles de la hortaliza de mi padre que hoy sacian su hambre en mis macetas.

Nunca he visto mi casa como dinero, sino como el lugar que me conecta con todas las personas entrañables que ahí nacieron, vivieron o murieron; con los que ahí trabajaron o se refugiaron algún tiempo; con la historia de los árboles que la rodean; con la nostalgia por los juegos con mis amigos de la primera infancia, por las maravillosas posadas que organizaba mi madre, por mis gallinas y por el caballo que montaba mi padre.

Es por esta experiencia personal y por lo que fui descubriendo en los barrios populares y en los pueblos, que no puedo aceptar que la vivienda se piense y se resuelva como un simple objeto, un producto industrializado o como mera inversión y mercancía.

Concibo la vivienda como un acto consciente del habitar humano, que construye una relación afectiva con el lugar que ocupa; como un ente vivo, relacionado estrechamente con los rasgos culturales, los sueños y las decisiones de sus habitantes; como un proceso dinámico, progresivo como en el caso de las viviendas autoconstruidas en los barrios populares, o regresivo como en el caso de la mía.

A escala del caracol social, hoy es claro para mí que los millones de experiencias transformadoras, invisibles y desarticuladas aún, que se realizan a lo largo y ancho de nuestro planeta, son conducidas por mujeres y hombres que han salido de la concha protectora del conformismo y del miedo para ensayar lo nuevo; pese a lo largo e incierto del camino y a tener que enfrentar en cada paso las consecuencias de ir a contracorriente.

La convicción, la persistencia y una dosis importante de paciencia histórica fortalecen su empeño, enriquecen sus saberes, al tiempo que amplían sus articulaciones y su impacto.

Concibo la vivienda como un acto consciente del habitar humano, que construye una relación afectiva con el lugar que ocupa; como un ente vivo, relacionado estrechamente con los rasgos culturales, los sueños y las decisiones de sus habitantes; como un proceso dinámico, progresivo como en el caso de las viviendas autoconstruidas en los barrios populares, o regresivo como en el caso de la mía.

En contraste, quienes controlan la economía mundial y las grandes decisiones que se imponen a nuestros pueblos, parecen enconcharse en su mundo del dinero, del corto plazo, del crecimiento acelerado e infinito como única solución posible, de la competencia excluyente y de la acumulación sin límites, lo que no sólo es fuente de mayor pobreza y desigualdad en el mundo, sino de despojo y apropiación individual o corporativa de los bienes comunes, así como de grave depredación de la naturaleza.

Entre las estrategias de control que aplica este sistema se imponen medidas que tienden a la homogeneización y al reduccionismo, a la individualización de los problemas y las soluciones, a la expropiación de los saberes de los pueblos

y al control o eliminación de toda forma de organización autónoma. En un mundo que crece en complejidad y nivel de conciencia colectiva y planetaria, lo percibo como un claro indicador de decadencia.

El actual sistema cuenta, para prevalecer y dominar, con el poder económico y político, de las armas, del desarrollo tecnológico y de los medios masivos de comunicación.

El otro, apenas con el coraje que nos impulsa a la acción transformadora y a la creatividad, pero sobre todo a la toma de conciencia generadora de sujetos sociales comprometidos con nuevas formas de pensar, de actuar y de organizarse. Con la fuerza de la esperanza, que no es espera pasiva, sino impulso para construir condiciones, experiencias y articulaciones que nos permitan avanzar en concretar lo nuevo.

Más de medio siglo de experiencias autónomas y autogestivas, conducidas por organizaciones y movimientos sociales en campos muy diversos, ponen en práctica nuevas formas de organización y de ejercicio del poder; de pro-

ducción y de consumo bajo control social; de poblar y de gestionar los territorios; de inclusión, solidaridad y apoyo

mutuo; de expresión cultural y artística y de comunicación social autónomas; de protección, defensa y uso más racional de los bienes comunes y recursos de los lugares que habitan; de enfoques más complejos, críticos y acordes con los rasgos culturales, las necesidades y posibilidades de sus integrantes, tanto en sus actividades formativas como en la prevención y atención de su salud y la de su entorno... Acciones todas que, pese a su escala todavía pequeña, van sembrando las semillas de un futuro para todos, de un mundo nuevo en el que quepan todos los mundos, como lo plantean hoy las comunidades zapatistas.

Nuestro futuro no está determinado, nuestra única certeza es la incertidumbre. No obstante, parece que estamos

en el umbral de un profundo cambio civilizatorio. Desde esta perspectiva me animo, en la última parte de este libro, a plantear los desafíos a los que hoy debemos enfrentarnos y algunas consideraciones estratégicas para contribuir, a partir del campo del hábitat humano donde nos movemos, a la construcción de ese otro mundo que las fuerzas hoy dominantes nos plantean como imposible.

Enrique Ortiz Flores

Los ciclos vitales

I. Los inicios: sueños, culturas, primeras decisiones. 1954-1965



Nací en la Ciudad de México, hace 78 años, el 15 de mayo de 1937. Di mis primeros pasos en esta casa, donde espero dar los últimos. El lugar era fantástico: tanto el terreno como la casa eran mucho más grandes. Había muchos rincones para jugar, gallineros y una hortaliza. Todos los vecinos teníamos animales, flores y árboles frutales; era como vivir en el campo. Mi papá llegó a tener su caballo en la parte de trasera de la casa. Nunca manejó un coche, pues disfrutaba montar, hasta que el crecimiento elegante del barrio le obligó a regalarlo.

No tuve hermanos, a pesar de que vengo de una familia proliíca. Mi bisabuelo paterno tuvo 23 hijos; todos eran de Álamos, Sonora. En el porfiriato tuvieron problemas porque un hermano de mi abuelo, que fue gobernador del

estado cuando aún era muy joven, se creyó lo del federalismo. Eso no le gustó a Porfirio Díaz, quien lo mandó a un manicomio, del que salió tiempo más tarde en calidad de muerto para irse a recuperar a Alemania. Este hecho y la muerte de mi bisabuelo dispersaron a la enorme familia: una parte se fue a Chihuahua y otra, que es de donde yo vengo, vino a la Ciudad de México.

Mi abuelo, dos de sus hermanos y otros parientes sabían trabajar las minas, por eso exploraron nuevas posibilidades hasta ubicar en la Sierra de Guerrero, en el municipio de Arcelia, un campo minero del que mi abuelo fue el ingeniero



EOF, Av. de los Constituyentes.

responsable. Mi papá, por vocación, y su hermano mayor, un poco a regañadientes, estudiaron también minería y desde muy jóvenes apoyaron a mi abuelo en esta aventura.

Corrían los años de la Revolución y mi abuelo fue secuestrado por un comandante zapatista, seguramente en busca de plata para sus causas. Mi padre lo acompañó durante el año que duró su difícil periplo por la sierra. Años después mi abuelo reabrió la mina con el nombre de Fénix de Campo Morado. Para entonces, aunque nunca dejó de trabajar en relación estrecha con la minería del país, mi padre se había incorporado al gobierno. Fue, en tiempos del presidente Lázaro Cárdenas, el encargado de realizar la evaluación de los bienes expropiados a las compañías petroleras en 1938. Aún recuerdo alguna escena con mi madre en casa, esperando su regreso. Es uno de los recuerdos más viejos de mi vida, tenía apenas tres años.

Hasta su muerte, en 1951, mi padre fue consejero de Petróleos Mexicanos y de Fomento Minero. Tuvo la oportunidad de regresar a las minas cuando el gobierno, a la salida de los estadounidenses, tomó el control de la Compañía de Real del Monte y Pachuca; fue nombrado su director y gerente. Este es otro de los recuerdos más entrañables de mi vida: aún niño, viajábamos todos los fines de semana a Pachuca, y mi padre me invitaba a bajar a los socavones o a ver las plantas de beneficio y me lo explicaba todo, pues quería transmitirme su pasión por la minería. Me gustaba mucho acompañarlo. Era fascinante. A esos viajes solía ir generalmente con algunos de mis primos, con los que disfrutaba caminar por el centro de Pachuca para comprar palanquetas y los famosos pasteles, de los que aún soy aficionado.

Mi infancia fue muy feliz. Mi papá siempre estaba conmigo y me ayudaba en todo. Una vez se enfermó: le dio pulmonía, precisamente cuando yo debía entrar al kínder, por lo que nos

tuvimos que ir a vivir un tiempo a Cuernavaca; ahí me enseñó a leer y escribir. Todavía conservo el cuaderno que él dibujó, con gran cariño, para enseñarme las primeras letras. En 1950 nos llevó a Europa; fue un largo viaje que me abrió al mundo por primera vez. Él me obligó a hacer un reporte detallado de lo que iba observando, el cual resultó casi un libro.

Pocos meses después de nuestro regreso, mi padre murió. Yo entraba a la adolescencia, que resultó ser la peor etapa de mi vida. Estaba acostumbrado a su apoyo en los estudios y a su presencia; tuve que enfrentarme al reto que me planteaba una nueva situación en todos los aspectos de mi vida. Fue muy difícil.

Mi mamá tenía raíces en Oaxaca, Puebla y Jalisco. No sé mucho de esa historia. Antes de que cumpliera cinco años ya habían muerto su madre y su padre. Una tía y un hermano que le llevaba casi quince años la sacaron adelante en los tiempos difíciles de la Revolución; esto le forjó un carácter muy decidido: sabía defenderse muy bien en la vida. No tuvo oportunidad de estudiar mucho, pero era inteligente, excelente cocinera, muy alegre y divertida.



Estudié el kínder y primero de primaria en una escuelita a la vuelta de mi casa; era tan chica que las fiestas se hacían en el jardín de mi casa. Después me inscribieron al Instituto Patria, de los jesuitas, recién inaugurado en Polanco. Pero ahí me enfermaba bastante porque había mucho polvo. Tres años después me fui al Colegio Columbia, para hacer un año de inglés y así poder terminar la primaria en

el Colegio Americano. Mi abuela era alemana y mi papá hablaba alemán perfectamente, así que acabé en el Colegio

Alemán, en el que cursé la secundaria y la preparatoria. A la semana siguiente de haber entrado fue cuando murió mi padre. Yo tenía trece años.

Sobreviví al Colegio Alemán. En segundo de secundaria teníamos catorce materias y me acostaba todos los días a las 2:30 de la mañana. Era un nivel de exigencia altísimo. Los libros que me acompañaron en esos años fueron Robinson Crusoe, de Daniel Defoe, y varias novelas de Julio Verne y de Emilio Salgari, principalmente, así como muchos otros que se leían en esa época.

En la secundaria y la preparatoria debías leer todo lo que te pedían, mucho de literatura española; recuerdo con cariño la lectura de *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez, *Las confesiones de un pequeño filósofo*, de Azorín y otros libros de la generación del 98. También leíamos libros de historia y de introducción a la ciencia; de esos recuerdo especialmente *El destino humano*, de Lecomte du Noüy, que comentábamos mi gran cuate Jorge Corona y yo en un pequeño seminario al cual nos invitaba nuestro maestro de química, Manuel Madrazo. Por mi cuenta, leí la lírica y los cuentos de Tagore, y *El Quijote*, en la edición de Aguilar, forrada en cuero e impresa en papel cebolla.

Cuando pasé a la preparatoria tuve dificultades para decidir qué estudiar, pues me gustaban muchas cosas. Tenía una vocación muy amplia y nada precisa. Iba por el lado de las ingenierías, siguiendo la sombra de mi padre, pero sentía que ahí iba a estar demasiado solo y no tenía buena salud para andar metido en agujeros o en la sierra, abriendo caminos. La ciencia en general me fascinaba, pero no me veía sumido entre matraces, probetas y microscopios. Me atraía también la arquitectura porque me abría un panorama más amplio de posibilidades al requerir en forma muy concreta del arte, la técnica y la relación social y humana. Así que

llenándome nuevamente de materias, acabé haciendo la preparatoria en química, ingeniería civil y arquitectura.

Aún indeciso y ya camino a la universidad, consulté con cuanto tío o personaje interesante y cercano a mi vida tuviera la paciencia de escucharme; todos me decían lo mismo, que en corto significa: lo que más te lata. Finalmente y por eliminación me decidí por arquitectura, ante la sorpresa de mi profesor de química, quien ya me veía incorporado a su gremio.

Ya desde la secundaria compartía inquietudes y una gran amistad con Fernando Ramos, quien valientemente había tomado la decisión de dejar la escuela para dedicarse a la pintura. Salíamos a los pueblos a pintar juntos; yo lo visitaba en su refugio-taller en Cuajimalpa y charlábamos interminablemente de música, de pintura, de artesanía popular, algo sobre arquitectura y mucho sobre cómo cambiar el mundo. Así que algo tuvieron que ver estos diálogos y excursiones en mis decisiones.

Sobre la elección de la escuela no tuve duda alguna: la UNAM. Había ya una tradición en la familia. Mi padre, cuyo título está firmado por Justo Sierra, dio clases en la Escuela de Minería y fue profesor de casi todos los ingenieros mineros y de los geólogos de aquellos días. Quería mucho a la UNAM. Cuando él murió, le hablaron de la casa de estudios a mi mamá para que recogiera su último pago; ahí se enteró de que él nunca había cobrado su sueldo, pues siempre dejaba ese dinero para que sus estudiantes pudieran preparar sus tesis.



Como chicos formados en la disciplina del Colegio Alemán, llegamos a las siete en punto a la primera clase en

la Escuela de Arquitectura y ya nos estaban esperando los verdugos. Nos quitaron la ropa, nos dejaron en calzones, nos pintaron y nos llevaron a pedir limosna al Centro Histórico. Nosotros les decíamos que ese día debíamos inscribirnos al taller de proyectos y que teníamos dudas sobre cuál elegir, que por favor nos soltaran. “No se preocupen, nosotros los inscribimos en el mejor taller. Así que ustedes a pedir limosna”, nos respondieron. Las novatadas eran durísimas, pero yo me divertí. Hay que tomarlas con buen ánimo. Como sabía inglés me metí al Hotel del Prado a sacarle dinero a los gringos, y conseguí bastante. Entonces ya me querían hacer hasta su socio.

El asunto es que finalmente nos inscribieron al taller de Félix Candela, lo mejor que nos pudo haber pasado. Fue maravilloso todo lo que vivimos y aprendimos ahí. Teníamos un grupo muy bonito en el que participaban también los del Colegio Patria y otros de las prepas de la UNAM, muchos de ellos amigos de toda la vida. Ese taller duró tres años, que fueron fundamentales en nuestra formación como arquitectos.

Tuve otros maestros formidables, muchos de ellos del exilio español, como el mismo Félix Candela, y como José Luis Benlliure; éste último gran arquitecto que me dio clases de composición arquitectónica y con el que, tiempo después, trabajé en su despacho. Fue mi amigo y mi jurado de tesis. Estaba también Juan Antonio Tonda —que trabajó también con Candela—, maestro y amigo nuestro, hijo de un destacado personaje de la fuerza aérea republicana. Toda mi generación tuvo mucha influencia de este grupo de maestros, entre los que estaba también Mathias Goeritz. Todo esto sucedió en el primer año: era sensacional. Me entusiasmé muchísimo

con la carrera. Antes no sabía muy bien si la arquitectura era lo mío, pero en ese primer año quedé convencido de que sí.

una bicimoto Velosolex, como la de Jacques Tati en la película *Mi tío*, con la cual me puse a recorrer Francia hasta que ya no aguanté las lluvias y tuve que venderla.

En la Feria Mundial de Bruselas fue muy interesante ver las nuevas ideas que se planteaban, pues estaba surgiendo con fuerza una nueva Europa. Después de Bruselas seguí viajando para ver arquitectura: Le Corbusier en Francia, Gio Ponti en Milán y Gaudí en Barcelona.

Ese viaje, al enfrentarme al mundo, fue un aprendizaje formidable. Me había puesto a estudiar francés, sabía algo de alemán, inglés y con eso me movía por todas partes. Nunca acabé por sentirme solo, me sentía muy rico al estar moviéndome como quería por todos lados.

Regresé a México y, por supuesto, me reprobaron en cálculo, porque mientras viajaba habían empezado a ver esa materia, y yo no entendía nada; tuve que presentarla después, a título de suficiencia.

En el cuarto año de la carrera la dirección canceló, pese a nuestras indignadas protestas, el taller de Candela. A pesar de que hubo calidad en nuestros maestros, no nos gustó el concepto que orientaba el taller del arquitecto Jorge González Reyna al que nos incorporamos. Ese año nos pidieron proyectar un hospital. Yo pensé no tanto en la eficiencia del hospital, sino en el enfermo. Propuse un hospital más a la antigua, como eran antes, con pabellones, jardines y terrazas, como el Hospital Español, o el mismo Inglés, que tenían ese aspecto. Estudié mucho los libros sobre hospitales y resolví mi proyecto, pero al director del taller no le gustó, pues quería que hiciéramos una torre con mucha eficiencia, a lo que me opuse. Presenté mi propuesta, unos me echaron porras, mis compañeros estaban felices, pero la calificación no fue buena.

Para el quinto año, algunos amigos que veníamos del taller de Candela nos juntamos y logramos integrar un grupo

Después participé con muchos de mis compañeros en el Taller de Historia de la Arquitectura, que impartía don Juan de la Encina, otro prominente personaje del exilio español. Daba las clases en su casa, donde su esposa, doña Pilar, nos acogía y nos animaba. Don Juan era una persona maravillosa, cada semana escribía 20 páginas para el curso que nos daba. Eran grandes discusiones, que seguíamos entrada la noche en los cafés cercanos.

En 1958, en mi tercer año de carrera, decidí irme a Europa, en ocasión de la primera Feria Mundial organizada en Bruselas. Tanto mi contacto intenso en la universidad con refugiados españoles como las conversaciones de los adultos que me había tocado escuchar, en mi infancia, sobre la Segunda Guerra Mundial, además de las fotos de las revistas que llegaban a mi casa, lo que se oía en la radio y mis primeros contactos con el cine, ejercieron en mí una extraña fascinación que siempre me ha empujado a escudriñar el porqué de tanta violencia y sufrimiento impuesto al mundo.

Ya cuando habíamos visitado Europa en 1950 mi papá quiso llevarme a Múnich para mostrarme, entre otras cosas, el impresionante montaje sobre minería en el Deutsches Museum. Gran parte del museo y de la ciudad estaban todavía destruidos, había montones de escombros en las esquinas y el hotel en el que estuvimos era casi el único edificio nuevo en muchas cuadras a la redonda. En Inglaterra pude ver cómo faltaba la comida y la gente sembraba en su casa hortalizas; en el hotel te daban todo restringido. España era un desastre, había una pobreza impresionante. Todos esos antecedentes, sumados a mi interés por ver arquitectura, me llevaron a dejar por unos meses la carrera y a emprender un viaje que organicé solo, con poco dinero. Me

fui en camión de México a Nueva York, fueron como tres días de viaje; luego tomé un barco, y en París me compré

de excelentes profesores. Tuvimos al maestro José Villagrán en teoría, volvimos a tener un taller con Candela, de estructuras y construcción, y el taller de arquitectura lo cursamos con Benlliure. Fue un fin de carrera sensacional, organizado por nosotros con los profesores que quisimos.

Esas experiencias te van enseñando que, si le pones ganas, puedes lograr lo que te propongas. Para ese momento ya tenía más ideas sociales, así como la motivación de hacer mi tesis en esa línea de pensamiento.



El origen de mis inquietudes sociales está en el ejemplo mismo de mis padres; en el sentido de justicia y solidaridad que siempre percibí en mi madre y en el compromiso de mi padre por contribuir a sacar adelante al país en tiempos difíciles; viene de su integridad y honradez, de su interés por la seguridad de los mineros y por asesorar y dar apoyo a sus cooperativas.

Además, solía charlar ocasionalmente con mi tío Leopoldo, el hermano menor de mi padre, que tenía mucho interés

en las culturas indígenas y había escrito un librito, *El México que yo he soñado*, en el que se acercaba a los sentimientos y los problemas populares, haciendo propuestas para resolver diversos temas. En mi adolescencia, alguien le había hablado a mi madre de un sacerdote que organizaba un grupo de muchachos y muchachas para hacer labor social en el Tribunal de Menores. Me animó a entrar y es algo que le agradezco, porque además de divertirnos mucho entre nosotros, esta experiencia me permitió conocer realidades sociales que me eran ajenas. Muchas veces algún chico del Tribunal me pedía que le avisara a su mamá que estaba

detenido, lo que me llevó a conocer los barrios populares de la ciudad y las precarias condiciones de sus viviendas y su vida. También conocí la injusticia que frecuentemente cometían los policías con estos chicos, obligándolos a entregarles un dinero que supuestamente se habían robado, forzándolos con ello a hacerlo.

El mundo indígena siempre ha sido para mí muy importante. Mi mamá vivió en Xochimilco y nos contaba con mucho entusiasmo su experiencia de haber vivido con los habitantes originarios de ese lugar. Toda mi vida me he encontrado con

lo indígena, es el mundo que me ha marcado más. Son momentos no buscados que te van dejando huellas profundas.

Cuando terminé mis estudios se me ocurrió que debía hacer un pueblito como tesis. Me fui a ver al esposo de mi prima Juanita Chávez, Howard Palmer, quien me presentó al funcionario de la Reforma Agraria, Alfredo Bonfil, y éste me habló de un agricultor coreano de Coatzacoalcos que quería hacer un pueblo en un lugar del Istmo de Tehuantepec. Fui a Coatzacoalcos a hablar con él; me dijo que sí, que efectivamente iba a hacer un pueblo y nos citamos para conocer el lugar. No quería irme solo, así que con mi grupo de amigos busqué quién quisiera ir conmigo, pero nadie se animaba. Por fin encontré a José Antonio Revilla, a quien le gustaba la cacería, así que le dije “Tráete tu escopeta, me acompañas”. El pobre me odiaba porque todo lo que cazó fue una lagartija y lo hice caminar 20 kilómetros, en un calor espantoso y perseguido por los tábanos. El agricultor nos puso a dormir en una bodega donde las ratas caían del techo en la noche. Fue espantoso. El hombre ya tenía diseñado el pueblo y estaba muy feo. No había nada que hacer.

Regresé a la ciudad y me puse a estudiar libros sobre Chiapas. Fue ahí donde me empecé a introducir más seriamente en la cuestión indígena. Leí mucho y me entusiasmé, decidí irme a meter a la selva con los lacandones, ir a ver otros lugares.

Pasaron entonces cosas curiosas. El marido de mi tía, la hermana mayor de mi papá, que me quería mucho, era abogado y le habían pagado un proceso con unos terrenos en la zona lacandona. Entonces pensé: “Si ya tienen los terrenos, capaz que ahí hacemos el pueblo y les sirve a los lacandones”.

Fuimos a ver a Alfonso Caso al Instituto Nacional Indigenista (INI). Me fui con todo y tía, pero no le interesó la posible donación de los terrenos que ella le ofrecía. Apro-

veché para decirle que quería ir a Chiapas y ver si me podían dar alojamiento en el Centro Coordinador Indigenista

Tzeltal-Tzotzil de San Cristóbal de las Casas. Me dijo que sí, me dio el papel para que me alojaran y cuando llegué hasta su cuarto me dieron.

Antes de irme a la selva, y como después de la experiencia anterior ya nadie quiso ir conmigo, fui a ver al arquitecto Ricardo de Robina porque varios de mis amigos trabajaban con él. De Robina no fue maestro mío, pero sí de ellos. Eran sus dibujantes. Lo fui a ver porque él había entrado solo a la selva en Campeche, donde descubrió unas ruinas. Pensé que me podía asesorar. Fue muy divertido, le pregunté si me convenía ir solo o no. Su respuesta fue: “Mira, en la selva Lacandona te puede dar una diarrea espantosa porque tomas agua de los ríos. Si le da al que va contigo, lo vas a odiar, te va a echar a perder el viaje. Mejor ve solo”.

Si bien mi madre no tenía problema en que me fuera yo solo, el esposo de una prima estaba asustadísimo. Me prestó una pistola y ahí andaba yo cuidándola; la tuve que meter debajo del tapete del coche y por supuesto no la saqué hasta mi regreso.

Cuando llegué a San Cristóbal en los inicios de 1963, era invierno. Me moría de frío, hasta que descubrí que para el frío húmedo que penetra en los huesos, hay que quitar las sábanas y echarse encima hasta las cortinas.

En el Centro Coordinador conocí gente fantástica. Quien me llevó a todas partes fue Armando Aguirre, un antropólogo ecuatoriano muy amable. No a la selva, por cierto, pero sí cerca de San Cristóbal, donde estuve mucho tiempo y conocí a otros antropólogos, literatos y pintores fascinados con el mundo indígena. También llegó un par de antropólogos que acababan de formarse en Xalapa, uno de ellos era Francisco Salmerón, persona muy interesante y cordial que había tenido toda clase de aventuras hasta caer, ya mayor, en la antropología.

Yo había leído, entre otros libros, las investigaciones de Frans Blom y Gertrude Duby sobre la Selva Lacandona, y quería conocerlos y recibir su orientación antes de adentrarme en ella. Fui a su casa-museo Na Bolom, donde me recibió doña Gertrude parada de cabeza. Frans, su esposo, ya viejo y al parecer con algunos tragos adentro, nos acompañó. Recibí sus consejos sobre los lugares y las personas que debía contactar.

Había muchos antropólogos en esa época; hasta se decía que en las casas de los indígenas vivían los abuelos, el papá, la mamá, los hijos y un antropólogo estadounidense. Me acuerdo de una fiesta con los zinacantecos: el antropólogo iba vestido de zinacanteco, pero tenía unas piernas igual de flacas y pálidas que las mías, mientras que los del lugar tenían troncos recios y morenos. Se notaba a cien kilómetros quién era el antropólogo. Algunos te contaban que habían engañado al antropólogo: les preguntaban sobre sus sueños y ellos les inventaban cualquier cosa. Otros primero le preguntaban al entrevistador de qué escuela de antropología venía, y se decía que sacaban de su arcón una encuesta ya resuelta para evitarse un nuevo interrogatorio.

Ya con una perspectiva de mi tesis decidí viajar a Chi-coasén, donde se construía una presa y se haría un poblado para los desplazados. Pedí un aventón y ya de noche una rama destrozó el radiador de la camioneta en la que viajábamos. Logré otro aventón en plena selva, para darme cuenta al día siguiente, cuando llegué, de que ya estaba hecho el proyecto, sin personalidad, muy del gobierno. Dije: “No, me regreso y me voy a la selva”.

Mi primera escala en el camino a la selva fue Bachajón, donde un grupo de jesuitas había instalado su misión. Estuve unos días intensos dialogando con ellos y leyendo los estudios que estaban haciendo; recorriendo la zona;

entrevistándome con personajes locales; adentrándome en las comunidades cercanas y observando la forma en que construían y habitaban sus viviendas.

Por tierra, más bien por lodo, viajé en camión de redilas a Ocosingo, donde contacté a don Pepe Tárano, un asturiano migrante muy cordial quien me hospedaría en su rancho El Real, ya a la puerta de la selva. En cuanto pude volé a ese lugar en una de las destartaladas avionetas que hacían el servicio de carga y de pasajeros entre las comunidades de la zona.

Partí de El Real hacia la selva con un guía y al lomo de una mula. Después de un largo trayecto sentí que estábamos yendo al oriente cuando debíamos ir al norte. Le dije al guía: “Oye, creo que vamos mal”, y su respuesta fue: “¿Será?”. Yo pensé: “Híjole, él es el guía y me pregunta ¿será?”. Finalmente me hizo caso y tomó el camino al norte, pero ya era tarde y en lugar de cuatro horas de viaje fueron ocho en mula. Caminando en arco y molido, llegué a El Cacao, donde vivía Vicente Doria, escritor, músico retirado y refugiado del siglo XX, un “italoamericano” casado con una mexicana, que había construido su casa en un árbol para protegerse de las nauyacas. Yo, que de niño y adolescente me la pasé trepado en los árboles, que admiraba mucho a Tarzán y veía todas sus películas, me sentía un rey de los monos enflaquecido, así que disfruté mucho su casa, su hospitalidad y su interesante conversación.

Al otro día seguí mi camino hacia Nahá. Llegué al caribal (o ranchería) de los lacandones, donde nos instalamos en una choza abandonada. Yo había comprado, en la Ciudad de México, en la avenida San Juan de Letrán, algunos restos de los aperos de la armada estadounidense, utilizados en la guerra del Pacífico: específicamente una hamaca que tenía

mosquitero y un techito impermeable. Mucho después me enteré de que era pésima porque es difícil salir de ella, y

que, gracias a esto, los japoneses habían cazado a los estadounidenses como ratones enjaulados. Yo lo experimenté esa noche: colgué mi hamaca, me metí y estaba tan inquieto que de repente se soltó el amarre trasero y al suelo, de cabeza. “Oye, Leonardo, me caí”, le dije al guía. “¿Será?”, me respondió nuevamente. “¡Sácame de aquí!”, le respondí.

En Nahá viví otra sencilla historia que me dejó huella. Había una perra, vieja, que un lacandón vendió a otro; el pobre animal lloró toda la noche. Al otro día la vi y estaba toda llena de cicatrices. Era de caza (buena cazadora de tepezcuintles y tejones). A estas alturas de la vida, siempre me acuerdo de esa perra y de cómo vas juntando cicatrices a lo largo de los años. Unas se ven y otras se esconden.

La experiencia con los lacandones fue formidable. Conocí a Chan’kin, el último to’ohil (líder espiritual) y a Mateo, ambos hombres muy sabios. Chan’kin vivió 96 años; se murió en 1996. Fui con él, estaba enfermo y no pudimos platicar mucho. Después anduve con Mateo en la selva. Me impresionaba cómo dominaban el lugar, era fantástico.

Hasta ahí había llegado la organización misionera estadounidense conocida como Instituto Lingüístico de Verano. Como su representante, llegó a Nahá un señor llamado Felipe Baer, que instaló ahí su casa. Iba en verano para estudiar la lengua y para, con la excusa de realizar trabajos lingüísticos, evangelizarlos. Eso pasó por toda América. Algunos de ellos eran muy buenas personas, pero individualizaban mucho a las comunidades y las separaban. Acabaron rompiéndolas. Por eso fue impactante cuando Chan’kin me comentó: “Yo a este Felipe le digo que su Dios no sirve, que le trae todo en avión, no trabaja”. Tiempo después acabaron sacándolo de la comunidad.

Esas frases tuyas me dejaron huella. Ellos vivían realmente como lacandones, produciendo todo lo que necesitaban

Vas juntando cicatrices a lo largo de los años. Unas se ven y otras se esconden.

También salí con la idea de que mi pueblo tenía que ser en forma de caracol, la cual ya no me pude quitar de la cabeza. Me imaginé que tal vez representaría lo que estaba dentro de estas personas que, al abandonarlo todo, tenían que recuperar algo de sí mismas. La figura del caracol me daba la respuesta, porque su forma de crecer va cubriendo cada vez más espacio, abriéndose al mundo, sin dejar de ser él mismo. Era un símbolo.

para la vida, y no se dejaban influir, lo que me hizo pensar “Yo qué estoy haciendo aquí proponiéndoles un pueblo, no tengo nada que hacer”.

Al mismo tiempo, durante mi trayecto por la selva, pude ver cómo migraba la gente de Los Altos de Chiapas, muy pobre y demacrada por el paludismo. Llegaba en condiciones sumamente precarias; había dejado su lugar, su comunidad, y aunque a veces venía con parte de su familia, el contexto de su cultura se perdía. Su situación era muy dura y decidí hacer el pueblo para ellos. “Estos sí que necesitan un lugar donde asentarse”, pensé. Muchos venían de San Andrés Larráinzar (donde ya había estado y donde luego fueron los diálogos con los zapatistas). También estuve con los tsotsiles de Chamula y Zinacantán, los tseltales de Oxchuc y de Huixtán, y con otros grupos.

Regresé a El Real. Realicé una visita a Yaxoquintela, el campamento de los lingüistas, quienes me llevaron esta vez en una avioneta bien equipada a Lacanjá, donde vivía otro grupo de lacandones. Me desanimó mucho ver que éstos se vestían de lacandón para sacar dinero, vendían flechitas malas o las cambiaban por una pluma fuente. Hablé con algunos, tomé fotos, decidí que ahí iba a hacer mi tesis, y

con esa certeza salí de la selva. También salí con la idea de que mi pueblo tenía que ser en forma de caracol, la cual ya no me pude quitar de la cabeza.

Me imaginé que tal vez representaría lo que estaba dentro de estas personas que, al abandonarlo todo, tenían que recuperar algo de sí mismas. La figura del caracol me daba la respuesta, porque su forma de crecer va cubriendo cada vez más espacio, abriéndose al mundo, sin dejar de ser él mismo. Era un símbolo.

Pensé que debía ser un proyecto para una comunidad que iba a evolucionar. Se trataría de una pequeña agrupación

que funcionaría como un centro de servicio, que ofrecería la posibilidad de quedarse a vivir ahí y contaría básicamente con un preescolar, un lugar para la autoridad, una capilla, una clínica y algún pequeño comercio.

Este viaje lo hice en 1963. Ese mismo año, cuando finalmente regresé de la selva, en el Centro Coordinador mis amigos de Xalapa estaban preocupados porque ya me había tardado más de lo que les había dicho. Estaban a punto de mandar a alguien a buscarme. Volví a la Ciudad de México feliz. Me puse entusiasmado a escribir. Leí *Utopía* de Thomas Moro, y también la aplicación de esta obra que hizo Vasco de Quiroga en las dos comunidades de Santa Fe, ubicadas una en las orillas del lago Pátzcuaro y otra arriba de Tacubaya.



Tenía un mes de estar trabajando cuando me habló el arquitecto Ricardo de Robina y me preguntó: “¿A usted le interesan mucho las cosas indígenas, verdad? Pues mire, hemos decidido hacer otras salas en el nuevo Museo Nacional de Antropología, que no estaban previstas. ¿Le interesaría participar?” Yo tenía 26 años, no me había recibido y me daban esa oportunidad, ¿cómo no aceptarla?

Me tocó diseñar la sala de etnografía del Golfo. Como había pocos objetos de esas culturas, tuvimos que ir a los pueblos a comprarlos. Fue una experiencia intensa, corta, pero de las más ricas y apasionantes que he vivido. El trabajo inició en 1963 e inauguramos en septiembre de 1964.

De esta manera me fui adentrando cada vez más en el mundo indígena. En esta etapa viví el reto de enfrentarme a la cultura y su diversidad. Aprendí que no puedes homogeneizar al mundo, que debes aceptar la cultura de la gente,

De esta manera me fui adentrando cada vez más en el mundo indígena. En esta etapa viví el reto de enfrentarme a la cultura y su diversidad. Aprendí que no puedes homogeneizar al mundo, que debes aceptar la cultura de la gente, entender cómo vivimos; que somos diferentes y que eso debe respetarse.

Las ciudades rurales que están diseñando ahora son una estupidez porque rompen el solar, que es donde están la farmacia, los huertos y los árboles; donde están los corrales, las gallinas, las abejas; donde lavan la ropa y guardan los aperos de labranza.

entender cómo vivimos; que somos diferentes y que eso debe respetarse.

De la sala, realicé las secciones de las culturas huasteca y totonaca de la costa. En esta última tuve como asesora a Isabel Kelly, antropóloga estadounidense, una de esas personas que te quieres encontrar en la vida, con un respeto enorme por la gente, que no tomaba una foto sin permiso. Trabajar con ella fue una experiencia muy humana y aleccionadora. Tenía una hermosísima colección de tejidos y de bordados de los totonacas, que regaló al museo.

La relación con los totonacas de El Tajín fue muy rica. Fue duro ver lo que estaba pasando con la entrada de Pemex, que lo destruía todo. La vainilla casi había desaparecido. Entendí muchas cosas del modo indígena de vivir: por ejemplo, que el lugar más importante en la casa es donde colocan el altar, mientras que la cocina es un espacio más abierto, y que si tenían alguna otra cabaña para dormir era más modesta. Que el solar era también muy importante: ahí es donde se realiza gran parte de la vida cotidiana. Las ciudades rurales que están diseñando ahora son una estupidez porque rompen el solar, que es donde están la farmacia (las hierbas medicinales), los huertos y los árboles; donde están los corrales, las gallinas, las abejas; donde lavan la ropa y guardan los aperos de labranza. Toda la vida indígena pasa, de una manera u otra, en el solar.

Aprender esto fue enriquecedor. Más recientemente, en el reporte del Centro de Investigación y Documentación de la Casa (Cidoc) sobre el estado actual de la vivienda en México, escribí una crítica a quienes se empeñan en concentrar a la población rural dispersa. Esa estrategia se la intentaron imponer los españoles a los indígenas hace 400

años, pero ellos siguen viviendo dispersos. Es su patrón de poblamiento, ¿por qué ponerlos juntos?

Por su parte, en La Huasteca tuvimos como asesor a Guy Stresser-Péan, otro personaje increíble: francés, noble, que se gastó su fortuna haciendo arqueología en México, sobre todo en La Huasteca. El tipo era muy simpático, un conocedor profundo del pueblo huasteco y hablante de su lengua. Me acuerdo que le hacía una pregunta en la mañana y ya no tenía que volver a decir nada, te la seguía contestando hasta la noche. Tenía una camioneta de doble tracción para salir de los lodazales, que yo envidiaba, pues cuando viajaba en mi vocho llegué a atascarme hasta 15 veces en un solo trayecto.

También me apoyaron, en La Huasteca, Guillermo Bonfil Batalla, Arturo Warman y Alfonso Muñoz, que era el fotógrafo. Warman en esa época era musicólogo y fue a grabar los sonos indígenas de diversas comunidades. Guillermo era antropólogo. Me hice muy amigo de ellos. Fue fantástico el contacto con poblaciones indígenas tan diversas, tan semejantes en lo esencial: su vida comunitaria de apoyo mutuo y solidario; su relación respetuosa con la naturaleza.

Estuvimos en Chililico, Hidalgo, donde las mujeres hacen unas ollas preciosas, de las cuales compramos varias para poner en el museo. También hacían morrales de yute, tejidos, cosas hermosas. Nos tocó ver de todo. La gente siempre nos estaba pidiendo que le tomáramos fotos. Un señor nos dijo: “Queremos una foto, voy a traer a toda mi familia”. Y que empieza a llegar gente, gente y más gente, como 50 personas. Eran sus hijos, sus nietos, sus bisnietos y “sigue la mata dando”, nos decía.

Durante el proceso de montaje fue muy bonito ver al mismo tiempo a los indígenas que vinieron para construir la casa totonaca, junto a la construcción urbana del edificio. Meses

Fue fantástico el contacto con poblaciones indígenas tan diversas y tan semejantes en lo esencial: su vida comunitaria de apoyo mutuo y solidario; su relación respetuosa con la naturaleza.

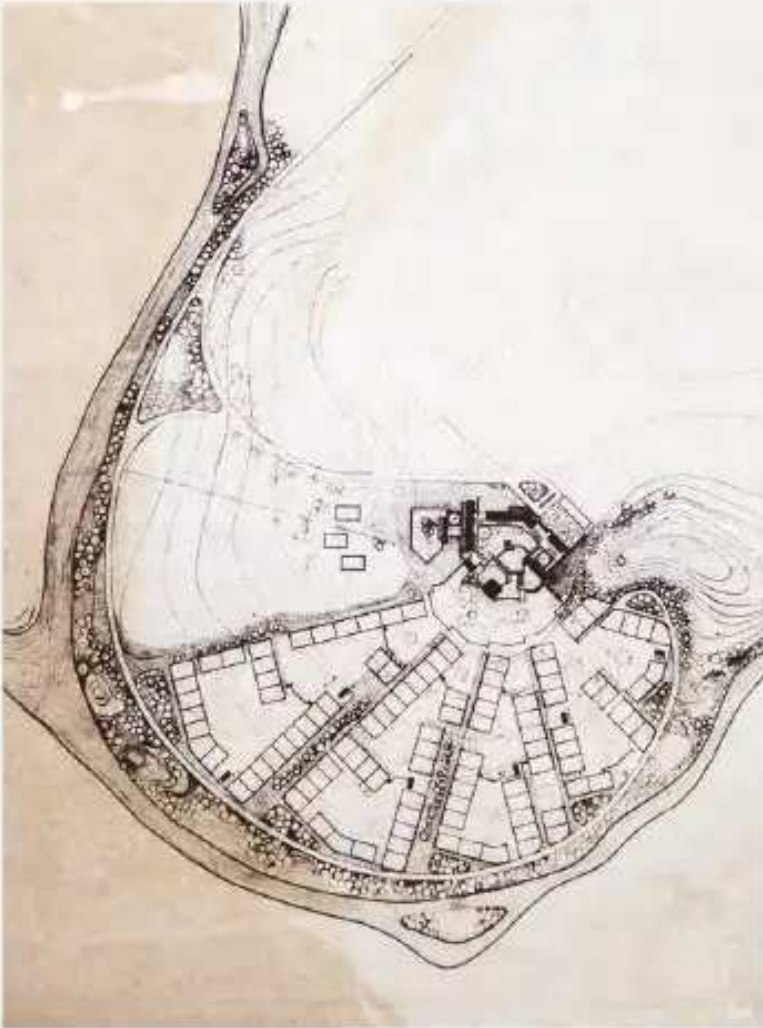
después de que terminamos el museo, estando en casa con mis amigos, tocaron a la puerta. Me dijeron: “Aquí le manda

En arquitectura me enseñaron a proyectar, pero a construir me enseñaron los albañiles.

el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez una copia de la medalla que obtuvo en la Bienal de Venecia”. ¡Eso nadie lo hace!

Por esa época, yo hacía también los baños de mis primas, parches de toda índole, mis primeras casas y hasta una pequeña casa parroquial en Durango. En algún momento hasta monté en un cuarto de mi casa mi despacho, pero con todas las experiencias del museo y del trabajo en comunidades, me di cuenta de que no podía regresar a trabajar solo en un despacho.

En arquitectura me enseñaron a proyectar, pero a construir me enseñaron los albañiles. La primera casa que hice fue para unos amigos de mi mamá, yucatecos. El pago fue un coche viejo y sin papeles, por lo que andaba cuidándome siempre de los policías. Luego le construí el baño a una prima y le encantó. Su esposo, el de la pistola, me regaló unos cortes de saco y me presentó a su sastre para que me vistiera bien. Y, efectivamente, me vestí bien por un rato. Todo el mundo me pagaba en especie. El baño le gustó a otra prima, y luego a otra en Cuernavaca, pero cuando su amiga de Durango me pidió remodelar el suyo, me dije: “Ya basta”.



El Caracol, pueblo diseñado por EOF (Planta de conjunto A).

Oscar Hagerman

Conocí a mi amigo Enrique en la UNAM, cuando estábamos inscribiéndonos en el taller de Félix Candela, el primer día de clases, en 1956. Recuerdo con mucho cariño los años que pasamos juntos en la universidad y en especial el taller de Félix, como lo llamábamos cariñosamente. Recuerdo a los maestros, a José Luis Benllure, con el que después trabajamos y que sería nuestro maestro y amigo de toda la vida; a Mathias Goeritz y Chaves Paz, quienes nos daban la clase más divertida, que era educación plástica, y nos ponían a dibujar conciertos de Shostakóvich; y al arquitecto José Villagrán, que nos daba teoría de la arquitectura y a muchos otros que también fueron muy queridos y admirados por nosotros.

En la Escuela de Arquitectura hicimos nuestro grupo de amigos; de alguna manera el taller de Candela era diferente a los demás. Felix decía que la arquitectura que se hacía en esos días estaba en camiseta, que hacía falta vestirla. Los de los otros talleres nos llamaban los babilónicos; yo creo que buscábamos una arquitectura que partiera de las necesidades de las personas.

Enrique era muy buen estudiante y recuerdo con mucho cariño sus proyectos, especialmente su tesis de un pequeño pueblo lacandón en Chiapas; todavía conservo ese trabajo; a veces lo veo y me encanta lo bonito y bien hecho que está.

Al terminar la carrera nos seguimos reuniendo con Enrique y con el grupo de amigos en el Taller de Historia de la Arquitectura que daba en su casa don Juan de la Encina, donde nos juntábamos un día de la semana y escuchábamos los cursos que recibíamos de este gran maestro; saliendo nos íbamos a tomar un café, donde seguíamos discutiendo y hablando de arquitectura hasta altas horas de la noche.

Enrique y yo hemos coincidido en muchas cosas durante nuestra vida, en muchos aspectos hemos tenido vidas paralelas. Nuestras esposas tenían muchas cosas en común, fueron amigas y compañeras de escuela. Tanto María Luisa Herrasti, a la que todos llamábamos de cariño *La China*, como Doris, mi esposa, se dedicaron toda su vida a colaborar en proyectos sociales.

Enrique ha trabajado siempre en vivienda popular, con las personas más necesitadas; yo también he estado trabajando en zonas marginadas. Cada uno de nosotros tenemos un hijo médico y una hija que se dedica al teatro y la danza. Los dos tenemos nietos e hijos viviendo en Yucatán, así que frecuentemente nos encontramos en Mérida, y salimos juntos para recordar los años de nuestra juventud.

Para mí, Enrique es un gran amigo: lo quiero, admiro y respeto, he aprendido y sigo aprendiendo muchas cosas de su vida, de su trabajo y de su modo de ser. Él es un constructor de esperanzas. Gracias Enrique.

Georgina Sandoval

Compartir momentos con Enrique Ortiz Flores siempre será un aprendizaje de visión y actitud: la visión y la energía puesta en la búsqueda de la transformación social; la actitud y las ganas puestas en encontrar caminos y respuestas para modificar lo que no es justo. En todo momento hace el esfuerzo por mostrar las contradicciones de nuestra injusta realidad, y cuando lo hace no sólo transmite ideas, también muestra caminos e identifica horizontes. Entonces se convierte en maestro; el maestro que tiene la generosidad de compartir lo que sabe (de otro modo no se puede ser maestro). Llegar a este clímax no sólo le ha requerido su propio andar y hacer camino; me atrevo a decir que es consecuencia también del trabajo de observación aguda, de la necesidad de ordenar el pensamiento y de las reflexiones, base de cualquier capacidad analítica; aunque decir “cualquier” se escribe fácil, de esos personajes y de esa cualidad no hay muchos.

En él se hace explícito el sentido común, que, además de tener en abundancia, le permite identificar los argumentos sociales y políticos desde distintas visiones, tanto para reconocerlos como para convertirlos en elemento de debate, discusión y propuesta. Yo creo que toda esta actitud le viene de ser viajero, de tener una naturaleza de pata de perro. Dicen que para ser arquitecto hay que querer viajar, y eso requiere dejar en reposo



lo tuyo, trasladarte y reconocer otros escenarios. Entonces los sentidos se ponen atentos; la observación se agudiza; el tacto se alerta; el olfato se vuelve consciente; el gusto se da gusto y el oído se hace respetuoso y reconoce a los actores, a sus prácticas, a sus experiencias. (El tema, claro, es cómo potenciar éstas prácticas aisladas.) El gusto de ir de un lugar a otro lo convierte en un trasmisor de experiencias: escucha aquí, exalta acá. Lo cotidiano adquiere otra dimensión; la lucha por la sobrevivencia comienza a ser una sumatoria de colectivos que se reconocen.

Creo que lo conocí cuando ya iba recogiendo y contando las historias de la gente de todo el mundo que hace viviendas, barrios y ciudades. Cuando él habla de “la otra arquitectura” está haciendo teoría y crítica, abordando tres componentes (la historia, la teoría, la crítica) del trabajo de investigación. Aunque nunca se ha definido como investigador, ha sido capaz de ordenar estas experiencias para gestar el concepto de la *producción social de vivienda y hábitat*, que hoy día está contenido en la legislación habitacional del país y es base de la definición de algunas políticas públicas. Enrique no deja de hacer caminos, además hoy enarbola el Derecho a la Ciudad como concepto prometedor.

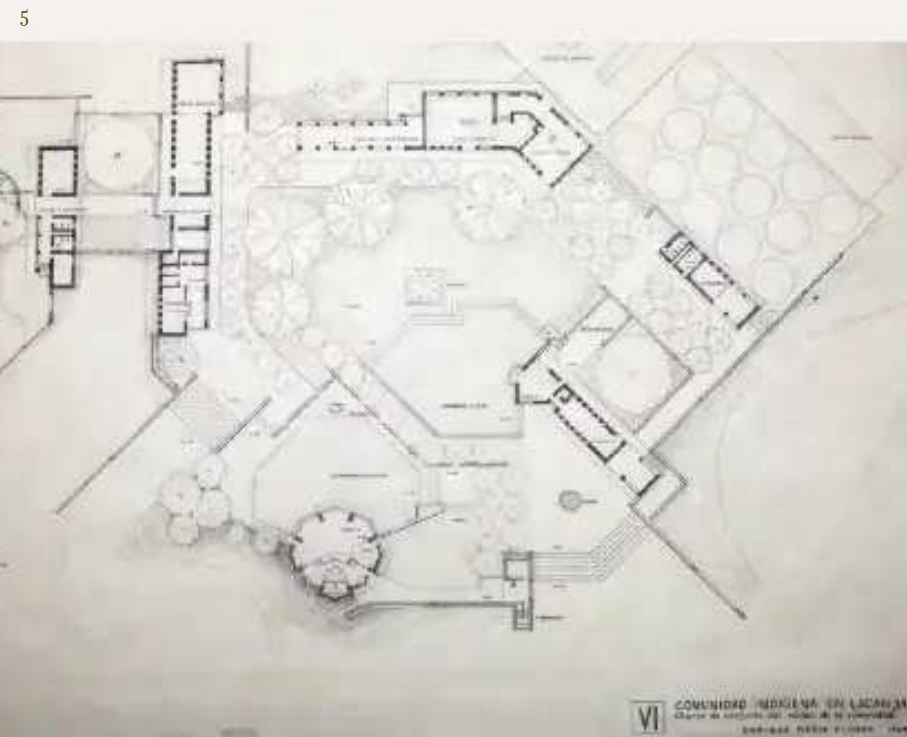


1 Grupo de los graduados para estudiar arquitectura, de la escuela preparatoria del Colegio Alemán. De izquierda a derecha: Alejandro Schoenhofer, Fernando Péreznielo, el profesor jefe de grupo H. Beyer, Manuel Burgos y Enrique Ortiz Flores (EOF), 1955.

2 Compañeros de EOF del Colegio Alemán. Generación 1955.

3 Estudiando arquitectura en el Taller de Estructuras de Félix Cándela. De izquierda a derecha: EOF, Oscar Hagerman, José Antonio Revilla, Julio García Coll, Roque González, Juan Benito Artigas, Félix Cándela, Enriqueta Serrano, Aída Salvadore y Roberto Guzmán, Facultad de Arquitectura de la UNAM, 1960.

4 Don Juan de la Encina, maestro del Taller de Historia de la Arquitectura.



5 Planta de conjunto B del pueblo diseñado por EOF a la vera del río (El Caracol).

6 Congregación de colonias y uso de la tierra en la comunidad de Lacanja, Chiapas, 1965.

7



8



9



10



7 y 8 Viviendas indígenas de Los Altos de Chiapas.

9 Milpa y casa lacandona en el Cedro, Lacanjá, Chiapas.

10 Autoridades de Larráinzar, Chiapas.

11



12



11 Tríptico de la Sala de etnografía del Golfo, del Museo Nacional de Antropología, Ciudad de México, 1964.

12 Maqueta de la Sala de etnografía del Golfo, del Museo Nacional de Antropología, diseñada por EOF, Ciudad de México, 1964.

13 Plano arquitectónico de la Sala de Etnografía del Golfo, Planta general B, Museo Nacional de Antropología, Ciudad de México, 1964.

13



14



15



14. Dibujo en acetato de la vivienda totonaca para Sala de etnografía del Golfo, del Museo Nacional de Antropología, diseñada por EOF, Ciudad de México, 1964.

15 Construcción de la casa totonaca para la Sala de etnografía del Golfo, del Museo Nacional de Antropología, diseñada por EOF, Ciudad de México, 1964.

16

16 EOF con Isabel Kelly y miembros de la comunidad, en El Tajín, Veracruz, México, 1964.

II. Descubriendo el camino. 1965-1976

De un arquitecto se espera que haga arquitectura, que construya, que haga diseño. Hice arquitectura antes de terminar la carrera, me gustaba mucho; pero no quería seguir haciendo baños y parches, quería trabajar en cuestiones sociales.

Mi vecino y amigo desde la infancia, Luis Sánchez de Carmona, compartía mis inquietudes. Él ubicó a un grupo de arquitectos y trabajadoras sociales al que se incorporó y me invitó a conocerlo. Ese grupo fue el que, en abril de 1965, constituyó el Copevi, la primera ONG en México enfocada al hábitat popular, la segunda en América Latina.

Cuando me hice arquitecto, curiosamente, empecé a dejar de serlo; me recibí el 18 de noviembre de 1965 y entré a Copevi el 19. Al año siguiente, en 1966, me nombraron presidente. En 1967 Luis Lopezllera, ideólogo y fundador de Copevi, salió para formar otra organización. A partir de ahí comencé un periodo muy intenso que cubriría hasta diciembre de 1976, cuando me invitaron a participar en el gobierno.

Cuando entré a Copevi existían ya algunos proyectos de planeación y se organizaba un evento internacional sobre cooperativas de vivienda, por las cuales me interesé profundamente.

En esos inicios, sin embargo, no había mucho trabajo concreto, ni dinero: esperábamos recibir ayuda de la Organización Alemana Católica de Ovispos para el Desarrollo Cooperativo, Misereor. El primer aprendizaje fue que

no debíamos esperar a recibir los recursos; teníamos que actuar. Arrancamos sólo con las ganas de hacer las cosas y

Cuando me hice arquitecto, curiosamente, empecé a dejar de serlo.

Desde el principio, eso sí, existían en Copevi los principios básicos bajo los que hemos actuado toda la vida: trabajar con personas organizadas, que sean sujetos de su propia transformación.

de estar donde hubiera muchas necesidades, con poco apoyo institucional. Supimos que no era fácil lo que soñábamos hacer y para aprender cómo hacerlo hubo que “meterse al agua”.

Desde el principio, eso sí, existían en Copevi los principios básicos bajo los que hemos actuado toda la vida: trabajar con personas organizadas, que sean sujetos de su propia transformación. Publicábamos el boletín *Dinámica habitacional*, que editaba Luis Sánchez de Carmona, donde se plasmaron los temas que después desarrollamos en la práctica: regeneración barrial, cooperativas de vivienda, autoconstrucción y conciencia pública. La segunda época del boletín la coordiné yo mismo; para 1968 se convirtió en revista y en 1974 en un cartel que se distribuía ampliamente.

Durante mis años en Copevi pensé de nuevo en el concepto del caracol: con cada nueva vuelta abarcábamos más y aparecían también nuevas dificultades. Demostrar que podían superarse fue el reto que asumimos.

¿Pero cómo había surgido Copevi? Su nacimiento tuvo que ver con iniciativas que lanzó el Secretariado Social Mexicano, organismo dirigido por el padre Pedro Velázquez, encargado de la pastoral social de la Iglesia, que conducía con una visión de avanzada.

Ahí conocí a la que sería mi esposa, María Luisa *La China* Herrasti una de las trabajadoras sociales y también fundadora de Copevi, con quien compartí siempre las inquietudes sociales y el compromiso concreto para darles cauce. Era una mujer alegre y poco formal, gran contadora de chistes, que me ayudó a superar en mucho mis timideces y a cuestionar mis ataduras.

La China, su hermana María Emilia *La Plá* y yo nos integramos a un grupo haciendo trabajo voluntario en el Valle del Mezquital. En San Juanico, cerca de Ixmiquilpan, tuvimos la oportunidad de iniciar un pequeño programa de vivienda,

una de nuestras primeras experiencias. Algunos miembros de esta comunidad hñahñú querían concentrarse alrededor de su iglesia. Ilusionados, como jóvenes, hicimos planteamientos nuevos, desde la tecnología, como hacer bloques de tierra estabilizada con cemento, un diseño de vivienda acorde con la tipología local y el proyecto del pueblo tratando de salvar unos hermosos mezquites. Le preguntábamos mucho a la gente cómo quería su casa, le pedíamos que la dibujara; todo eso nos confrontó con una forma de ser de la cultura indígena: por ejemplo, no nos expresaban lo que estaban pensando, porque para ellos primero se hacen y luego se habla, no antes. Una vez uno de ellos dibujó su casa con un gran cuarto en el segundo piso; le pregunté qué era y me respondió: “Es la biblioteca”. No tenía más libros que los de texto gratuito de sus hijos. Entendí entonces que era albañil en la ciudad y veía, en las casas de los ricos donde trabajaba en la construcción, que a los cuartos más bonitos les llamaban bibliotecas.

Nunca supimos, por ejemplo, qué pensaban de los árboles: aunque los ubicamos en los planos e hicimos la lotificación de acuerdo con ellos, generando plazas alrededor suyo, las cuales creíamos muy agradables,

cuando regresamos a mostrarles el proyecto, los habían talado todos. Fue una desilusión espantosa. Nunca supimos por qué. El objetivo fue trabajar siempre con la gente, que participara. De hecho lo hizo, por contradictorio que parezca, desde la destrucción de los árboles hasta ayudar a hacer la casa muestra. Entre las cosas que aprendimos, por ejemplo, es que los techos no los querían inclinados, los querían planos, pero nunca nos lo dijeron, a pesar de que vieron la maqueta de la casita. Después de mucha discusión y de que les preguntáramos por qué, respondieron que era para proteger la cosecha

...no puedes imponerle a cualquiera lo que tú piensas: [...] tienes que adentrarte profundamente en el pensamiento del otro, en lo que es, en lo que quiere. Puedes tener un diálogo crítico, pero el sujeto es él, no tú.

de los puercos, porque si la ponían en el piso se la comían y era mejor subirla a la azotea.

Al mismo tiempo, fuimos invitados por el primer obispo de Tula a realizar un estudio sobre el Valle del Mezquital, territorio que debía atender la nueva diócesis. Fue un reto, pues aún no sabíamos investigar. Recorrimos toda la zona y conocimos todos los pueblos; pudimos ver cómo la gente hacía los trabajos para los caminos y los canales: a pico y pala. Las comunidades trabajaban durante años y de pronto el gobierno llegaba con sus “*ingieros* de discursos hidráulicos” —como los llamaba don Felipe, el dirigente de San Juanico—, se adjudicaba las obras para terminarlas y luego colocaba el letrero de “obra realizada por el gobierno”.

Las comunidades lo aceptaban y si les preguntabas, ellos mismos te decían que lo había hecho el gobierno. Ahí nos dimos cuenta y constatamos la mentalidad colonizada que había en esa época, que aún hoy persiste. Francisco Salmerón me escribió en esos días una carta contándome cómo durante la colonización de la mixteca los conquistadores derrumbaron a los dioses de un templo indígena, tirándolos por las escaleras de una pirámide ante la presencia del pueblo. La humillación transformada en dependencia, falta de iniciativa y autoestima llegaría a nuestros días en la actitud de pedir siempre a otros las cosas. Un día hicieron una comisión para ir al Distrito Federal, a la Secretaría de Educación Pública (SEP) para que les regalaran un balón. Con lo que gastaron en transporte pudieron haber comprado dos o tres balones.

La gran enseñanza en este proceso fue descubrir la importancia y el peso que tiene la cultura, la propia identidad; que no puedes imponerle a cualquiera lo que tú piensas: que

tienes que adentrarte profundamente en el pensamiento del otro, en lo que es, en lo que quiere. Puedes tener un diálogo

crítico, pero el sujeto es él, no tú. Ese fue el primer aprendizaje. Incluso nos desanimó porque por todos lados nos dimos cuenta de que no habíamos entendido bien las cosas.

Éramos jóvenes, estábamos ilusionados por hacer arquitectura con la gente. La casita que proyectamos estaba bien resuelta, pero fallamos desde los bloques que hicimos, pues ellos querían muros macizos y los rellenaron de tierra... todo nos salió mal.

Tratando de responder a sus necesidades, las habíamos inventado; aunque habíamos platicado mucho con ellos, no teníamos el método. Ahora pienso que quizá el idioma fue también una barrera, que éste implica habitar mundos muy distintos que es necesario respetar. Pero como son diferentes, hay un choque cultural; aún sucede. Ahí están hoy, por ejemplo, las ciudades rurales con todos los técnicos y los políticos que las planean, pero la gente ya no se deja. En la sierra de Puebla se oponen a hacerlas; en Chiapas las abandonan.

En San Juanico tratamos de hacer un fondo de ahorro, pero no había financiamiento para hacer las casas, así que nos dedicamos más al estudio solicitado por el obispo y logramos publicar cinco volúmenes sobre el Valle del Mezquital: demografía, cuestiones sociales, economía, propuestas y mapas de la zona. A pesar de ser novatos hicimos un trabajo sólido que nos enseñó a investigar y a dialogar con mucha gente.

Esa investigación nos enseñó la necesidad de conocer para no imponer, de saber lo que está detrás de lo que la gente vive, sufre y sueña, pero también que ese saber enriquece nuestra imaginación, da sentido a nuestras intuiciones y solidez a las propuestas.

A fines de los sesenta nos llegó, por alguna razón, una invitación para participar en un proyecto que estaba haciendo

La investigación sobre el Mezquital nos enseñó la necesidad de conocer para no imponer, de saber lo que está atrás de lo que la gente vive, sufre y sueña, pero también que ese saber enriquece nuestra imaginación, da sentido a nuestras intuiciones y solidez a las propuestas.

la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal), junto con el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y con el Plan Lerma-Asistencia Técnica, un plan regional que debía planificar toda la cuenca del río

Lerma-Santiago. Iban a hacer un proyecto de mejoramiento de las viviendas campesinas, en el poblado de Cerritos, cerca de Temascalcingo. Nos invitaron al proyecto piloto, dada la experiencia que adquirimos en San Juanico, y a mí se me ocurrió un método para abordar el asunto, que platiqué con la gente de la Cepal y del PNUD. Les gustó mucho.

Se trataba de mejorar la vivienda, pero con materiales locales y el trabajo de la comunidad. Fue un proyecto muy barato porque la gente participó mucho: por ejemplo, había un viejito que hacía tejas, pero su horno estaba roto, así que se juntó dinero para repararlo y así él hizo todas las tejas que se necesitaban. Se mejoraron los pisos, los techos, se abrieron ventanas, se levantó el fogón colocándole una salida para el humo y una campana (que era la mitad de un bote de petróleo), se aplanaron los muros interiores para evitar bichos. Todas cosas sencillas y baratas.

Al proyecto se integró también el Programa Mundial de Alimentos (PMA). Le daba comida a la comunidad para que

no tuviera que venir a la Ciudad de México a trabajar y se quedara en el pueblo para mejorar su casa. Todos estaban felices porque tenían comida y trabajo, hasta sobraba gente. Todos querían estar construyendo. En un año estaba prácticamente todo listo, y aunque casi todo fue mejoramiento, también se hicieron algunas casas nuevas. El programa lo dirigía Jan Hardeman, geógrafo holandés con quien he mantenido una amistad de vida, y la parte técnica la llevaba un arquitecto sueco, cuyo nombre, Niels Goran Astrom, no sabían pronunciar, por lo que le decían el Dos cero tres, refiriéndose a su altura.

Con nuestros recursos pudimos financiar algunas partes de este proyecto que el Plan Lerma deseaba replicar en otras comunidades, pero Hacienda no se interesó y, como suele suceder, el piloto se quedó de muestra.

Fue a partir de esta experiencia de investigación, y de la invitación de Cuauhtémoc Cárdenas, entonces presidente de la Sociedad Interamericana de Planificación (SIAP), que nos incorporamos a un estudio sobre políticas de vivienda en varios países de Latinoamérica, coordinado por Emilio Pradilla. Nos habíamos dado cuenta de que en la ciudad todo era muy complicado (los permisos, el financiamiento) y nos quedaba claro que era necesario incidir en las políticas públicas. Por eso nos interesó este proyecto.

Durante el trabajo que habíamos hecho en el Mezquital se había incorporado a nuestro equipo Priscilla Connolly quien, motivada por los movimientos estudiantiles del 68 en Europa, nos escribió desde Inglaterra interesada en el trabajo de Copevi. Por su formación y disciplina, tras su primera experiencia en el Mezquital, era la persona idónea para coordinar este nuevo estudio. Asimismo la experiencia nos vinculó y creó una fuerte amistad con investigadores de otros países, como Teolinda Bolívar, de Venezuela, y Mario

Lungo, de El Salvador, quienes trabajaron siempre apoyando los procesos populares urbanos.

Así, después de nuestras experiencias rurales, seguimos la ruta de los migrantes. Aunque me gustaba trabajar en el campo, los compañeros de Copevi querían que nos concentráramos en la ciudad porque había muchos problemas. Las migraciones en ese entonces eran principalmente al centro de la ciudad; la periferia apenas se estaba desarrollando. Entonces fuimos a las vecindades: me encontré de nuevo otra cultura, ahora urbana y con una manera de ver las cosas muy distinta.

Llegamos a Tepito. Pretendíamos hacer un edificio nuevo destinado a quienes ya habitaban una vecindad que estaba en muy mal estado. La dueña era la más pobre de todos, pues le pagaban rentas congeladas. No participé en la parte social ni técnica, pero me asomé mucho al proceso porque había que demostrar al Fondo de Operación y Financiamiento Bancario a la Vivienda (Fovi) —que era la única fuente de financiamiento— que, aunque su esquema estaba pensado para las clases medias, no para las populares, era posible apoyarlo. Cristina Lavalle, también fundadora de Copevi, una persona muy extrovertida a la que no le importan las formalidades, era quien tramitaba los fondos. Estaba embarazada, tenía una enorme panza y en una de sus visitas al director de Fovi se le rompió la fuente. Fue entonces cuando nació Teté, su primera hija, y nuestro primer financiamiento.

El problema en ese proyecto era demostrarle al Fovi que quienes vivían ahí eran sujetos de crédito, pero la realidad era que entre los “acreditables” teníamos de todo: uno que hacía huaraches de un sólo número, porque eso le permitía su herramienta; uno más que producía él mismo “vinos importados”; otro más que arreglaba perros para que parecieran finos y luego los vendía; en esas condiciones ¿cómo le demostrábamos a Fovi que esos señores eran sujetos de crédito? Tuvimos que hacer mucho para lograrlo. En Tepito vimos también la solidaridad: había, por ejemplo, una viejita que todos querían mucho, tanto que se le hizo un departamento que pagaron entre todos. Sólo fui a verlos una vez más, cuando se quejaron porque en el patio de servicio alguien metió un chivo, que berreaba desde las tres mañana. Lo hicieron barbacoa, afortunadamente.

Alfonso Hernández, a quien conocí ahí, decía que ser tepiteño es un estado de ánimo. El es actualmente el cronista

del barrio y de sus libros tomé una frase que define a Tepito: “Nuestro rizoma barrial es como una red de internet, interconectada horizontal y subterráneamente con bulbos, tubérculos y camotes tepiteños... y con una economía popular a toda prueba”.

También conocimos a Daniel Manrique, el pintor tepiteño, un personaje muy interesante, crítico, con su propuesta de Tepito Arte Acá, surgida de sus vivencias de la pobreza creativa y de su profunda comprensión de la cultura popular.

Los habitantes de Tepito son sobrevivientes: ya eran los marginales y los pobres en la época Colonial. Ahora se les ve sólo como el barrio bravo, como delinquentes, pero es gente que usa su creatividad, sus propias manos, sus capacidades y, en algunos casos, su picardía para sobrevivir.

Estas experiencias tuvieron otro sentido, pues nos permitieron conocer a gente que sabe sobrevivir, que no necesita recibir del gobierno. Quizá les falta el aliento, el estímulo, incluso la conciencia de sus capacidades, pero de todos modos sobreviven. No necesitan que alguien los llegue a salvar, al igual que las comunidades indígenas.

En la misma época Copevi construyó un edificio en la colonia Tlaxpana, donde instalamos nuestras oficinas.



En esos mismos años, entre 1960 —año en el que terminé la carrera, aunque no me había recibido— y 1965, di clases en la UNAM. Fui parte del taller de José Luis Benlliure, el mismo en el que nosotros habíamos estudiado con Candela. Fue muy formativo el encuentro con los muchachos para seguir pensando en arquitectura. A partir de 1965, cuando

ya tenía alguna práctica profesional y ya me había recibido, me convertí en profesor con todas las de la ley.

“Nuestro rizoma barrial es como una red de internet, interconectada horizontal y subterráneamente con bulbos, tubérculos y camotes tepiteños... y con una economía popular a toda prueba”.

Poco después de eso empezó el movimiento del 68. En la vida hay momentos muy críticos, que te agitan y te abren nuevas oportunidades de seguir haciendo cosas. Como éste. Hubo una reunión de profesores de arquitectura en la que se decidió formar un grupo de enlace con el movimiento estudiantil; algunos profesores estaban furiosos, otros proponían acercarse al movimiento. Fui elegido para formar parte de un grupo de contacto, propuesto por el arquitecto Ricardo Flores Villasana; y me lo tomé muy en serio, yendo a todas las asambleas con los muchachos, que eran larguísimas. Así tuve relación con los dirigentes de arquitectura: con Germinal Pérez Plaja, con Alfonso González y con Darío Jiménez, quien era muy hábil para las brigadas de estudiantes que iban a los mercados y a las plazas públicas a difundir sus planteamientos; él tenía que ver con la Preparatoria Popular que estaba en la colonia Juárez y nosotros teníamos las oficinas en la calle Nápoles, a la vuelta. Un día llegó a pedirnos que le guardáramos los letreros del movimiento porque venía la policía a tomar la escuela.

Hubo personas, como mi colega Ricardo Flores, que resintieron mucho lo que pasó y cambiaron totalmente su actitud ante la vida. Hubo quienes incluso se fueron del país. A nosotros, como ya teníamos una inserción social, esta experiencia nos reforzó. Fue un momento muy duro, difícil, pero hizo que una escuela generalmente dormida y poco politizada se volviera, con el movimiento, una de las más participativas. Se organizó, por ejemplo, un taller al interior de la escuela para discutir la formación del arquitecto, impulsado por Carlos González Lobo, y yo participaba con él. Esta experiencia condujo a realizar, más adelante, un congreso en la Escuela de Arquitectura donde se discutió la formación de los arquitectos con el fin de darle un sentido social. Fue muy interesante que dicha iniciativa surgiera de

los estudiantes y la universidad, que muchos profesores la apoyaran.

El 68 fue un hito en la vida del país. Se luchaba por las libertades democráticas, ese era el fundamento. Hay un antes y un después. Luego vino el periodo de la guerra sucia. Mucha gente se fue a la clandestinidad, incluso algunos de escuelas privadas se metieron a la guerrilla.

En 1969 hice un viaje con Carlos Núñez, compañero arquitecto quien más tarde se metió de lleno a la educación popular, y que fue fundador de Instituto Mexicano para el Desarrollo Comunitario (IMDEC), en Guadalajara. Juntos trabajamos los temas de vivienda e incluso llegamos a impulsar una Copevi de Occidente. Fuimos a una reunión en Chile, donde había un movimiento urbano muy fuerte y experiencias muy importantes en los campamentos de pobladores. Ahí tuvimos contacto con gente de distintas partes de Sudamérica y decidimos que posteriormente viajaríamos a sus países para conocer lo que estaban haciendo.

En Chile estuvimos en el campamento “Violeta Parra”, que llevaba el Partido Comunista; las casitas, llamadas de media agua, las proporcionaba el Hogar de Cristo, que las producía en su fábrica y que eran muy adecuadas para las tomas de terreno, porque eran habitables y fáciles de armar y porque, una vez construida la casa definitiva, podían reutilizar la madera en otra cosa. Estas experiencias contribuyeron a que la Democracia Cristiana diseñara un programa que llamó Operación Sitio, para darle terreno a la gente y evitar las invasiones. El programa lo retomó más adelante el Banco Mundial para su proyecto de lotes y servicios.

Recuerdo que poco antes Carlos y yo habíamos visitado la Peña de los Parra. Violeta se había suicidado y Ángel, su hijo, cantó una canción que compuso sobre la masacre del

68 en Tlatelolco. Nos sorprendió mucho y le pedimos que nos la grabara.

Tras la visita al campamento, fuimos a Uruguay, porque en 1968 se había formulado la Ley de vivienda en ese país. Juan Pablo Terra, arquitecto muy reconocido y uno de los fundadores del Frente Amplio, fue uno de los promotores. Ahí visitamos el Centro Cooperativista Uruguayo (CCU), uno de los primeros institutos de asistencia técnica contemplados en dicha ley, que también dio origen a la Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda por Ayuda Mutua (FUCVAM). Viajamos en un tren destartalado para ver su primera experiencia en Isla Mala, símbolo inicial del proceso que ha organizado más de 550 cooperativas de vi-

vienda en el país. En ese viaje conocí a Carlos Tito Acuña, otro arquitecto amigo de Carlos Núñez, quien años más tarde se vincularía a Copevi.

Después visitamos Buenos Aires, también viajamos a La Paz y a Cochabamba, donde visitamos a Luis Ramírez, otro amigo y compañero de toda la vida, quien ha realizado trabajos muy interesantes en vivienda popular. En Perú contactamos a los compañeros del Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo (Desco), otra de las primeras ONG del continente, y supimos de las contradicciones que generaban los planteamientos de John Turner sobre la autoconstrucción y los de los militares progresistas que gobernaban el país en ese entonces.

Este viaje nos abrió el panorama y por eso, dos años después de nuestro regreso a México y de ver que no había cambios en la UNAM, me desalenté muchísimo. Por esa razón, en 1971, cuando me iba a casar, decidí dejar mis clases en la Universidad.

Tiempo después, al regreso de mi segundo viaje a Sudamérica, encontraría que la escuela había cambiado radical-

mente con la creación del autogobierno. Unos años después Ricardo Flores me invitó al taller que había formado. Yo acabé incorporándome al autogobierno hasta después, ya como funcionario público, en 1977, pero no pude seguirles los pasos. Hacían muchas cosas, casi dormían ahí. Fue una transformación muy interesante en la mente de los estudiantes que se comprometieron apoyando muy diversos procesos sociales, un momento muy especial de la Escuela de Arquitectura. Estas son historias que me acompañaron durante la difícil decisión de incorporarme al gobierno.



Mi viaje de bodas consistió en ir puebleando por el Bajío, pero *La China* y yo nos entusiasmos tanto que organizamos otro viaje, por Sudamérica. *La China* también tenía contacto con mucha gente de esa región que hacía una revisión profunda y una nueva conceptualización del trabajo social.

Ella tenía interés por conocer lo que pasaba allá y yo en profundizar lo que había visto en 1969. Entonces vendí la carcacha que tenía, mi mamá me ayudó con algo que tenía ahorrado y armé un viaje que incluyó 35 vuelos en un solo boleto. Las millas te daban esa posibilidad. Fuimos a toda Sudamérica, fue un viaje con mucho contenido social y político. Nos interesaba ver nuestro propio origen, ligado al movimiento progresista que surgió de Juan XXIII, y también conocer a personas vinculadas con dichos procesos.

Estuvimos en Colombia y visitamos al grupo que había estado vinculado a Camilo Torres, sacerdote guerrillero con un carisma enorme, que había logrado aglutinar en poco

tiempo a mucha de la gente que estaba en contra de lo que ocurría y que no tenía partido. El había unido grupos en

todo el país. Al final quiso que los partidos también se plegaran para hacer un movimiento más fuerte, pero no fue posible y se fue desilusionando, pues los intereses partidarios e individualistas lo impidieron. Entonces se metió a la guerrilla y seis meses después lo mataron.

Visitamos al obispo Valencia, en Buenaventura, Colombia; a Helder Cámara, en Recife, Brasil; al padre Llorens y a Enrique Dussel, en Mendoza, Argentina; al padre Manuel Marzal, en Perú y a Leónidas Proaño, en Riobamba, Ecuador, todos ellos profundamente comprometidos con los movimientos y el cambio social. Lo más interesante fue ver cómo confluían dos tendencias en América Latina: las que venían del socialismo marxista y las de la Iglesia progresista.

En Brasil la dictadura era brutal. La gente cerraba las ventanas para hablar contigo, para que no te viera ningún vecino, y si tomabas nota te destruían los papeles. Yo quería ver viviendas y para eso acudimos a la autoridad encargada del tema en Río de Janeiro, quien nos llevó a ver un desalojo: fue en la base del puente en construcción a Niterói. A los habitantes de la comunidad los llevaron a 30 kilómetros de ahí. Eso les iba a destrozar la vida.

En Argentina la gente estaba esperando a Perón, con la ilusión de que cambiara las cosas. Nos hacían oír grabaciones con sus discursos, donde hablaba de su regreso. En Chile ya estaba Salvador Allende en el poder. Estuvimos 20 días en Santiago, con una familia de amigos de *La China*. Cada integrante de la familia era de un partido diferente: el padre era conservador, demócrata cristiano, y de ahí todos hacia la izquierda. La más chica era la más revolucionaria. Vivían en una pelea constante pero fraterna.

Nos tocó el tiempo en el que estuvo Fidel Castro en Chile, tratando de romper el sectarismo. Lo seguimos a una reunión que tenía con todos los partidos en Concepción,

que era el bastión del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR). Los foquistas (el grupo que tenía la estrategia de expansión revolucionaria a partir de focos o núcleos de combate guerrillero) pensaban que Fidel Castro había llegado para apoyarlos, pero Castro trató de romper lo que dividía al gobierno hablando con cada partido y reconociéndole ciertos aportes a cada uno. El tono de la reunión subía cada vez más conforme se inclinaba hacia quienes estaban más a la izquierda. MIR le ofrecía una bandera que, aunque al principio Fidel no quería tomar, acabó tomando. Pero entonces la extendió displicente, se la pasó a otro, y tomó en brazos a una niña diciendo “Por esto es por lo que luchamos, no por las banderas”. A mí me pareció muy importante el trabajo que quiso hacer, aunque no le hicieron caso y por eso pasó lo que pasó. La división interna fue un factor fundamental para el rompimiento y para lo que hizo después Pinochet. Todos los procesos maravillosos que había en Chile, que iba a la vanguardia latinoamericana, todos, se acabaron. No quise regresar a Chile hasta muchos años después y me encontré con que la mayor parte de la gente portaba el chip neoliberal en la cabeza.

En la década de los setenta toda América Latina estaba movida, inquieta y había muchas protestas. Había en todos lados un ambiente de transformación profunda, de esperanza, pero también muy poco conciliador (eso es lo que dañó mucho a Chile, pues predominaba la lucha ideológica y no le permitían a Allende avanzar, hasta que el golpe de Estado en 1973 lo derrocó). En Venezuela se había movilizado la Universidad Central. Brasil seguía en plena dictadura (que había iniciado en 1965); antes del comienzo de la dictadura, también en el 73, Uruguay luchaba por cambiar las cosas y el Frente Amplio empezaba a posicionarse. Poco a poco la región se llenó de gobiernos autoritarios y eso cambió el

panorama por completo. Más tarde, durante mi inserción al gobierno de México, recibimos a mucha de la gente luchadora y perseguida.

Para nosotros fue muy fuerte el impacto de este viaje. Regresamos el 20 de diciembre de 1971 a pasar la Navidad con la familia. Nos hubiera gustado quedarnos, pero ya no nos alcanzaba el dinero. Fue un momento clave para nosotros, una experiencia profunda, motivadora y de gran aprendizaje.



Los aprendizajes del 68 y de estos viajes fortalecieron mucho nuestros planteamientos y nuestra práctica en Copevi, lo que nos permitió abordar con mayor claridad y confianza otra etapa de trabajo en de la periferia de la Ciudad de México en dos casos muy importantes, casi simultáneos; uno en el entonces Distrito Federal y otro en el Estado de México, con los mismos asesores pero con resultados totalmente distintos, que atribuyo a la actitud asumida por los gobiernos.

Al caso del Distrito Federal, Palo Alto, lo considero mi escuela. Palo Alto eran las minas de arena, ubicadas entre Bosques de las Lomas y Santa Fe. Para explotarlas se usaba dinamita, lo cual provocaba que en Bosques de las Lomas se rompieran los vidrios de las casas elegantes; así que el gobierno suspendió actividades y se propuso sacar a los mineros de ahí. El dueño de las minas le rentaba a la comunidad el terreno barato y acordó con sus miembros que si querían podían construir ahí su casa; pero si se iban, él se quedaba con todo. Llevaban 30 años viviendo en pocilgas, bajo techos de cartón, en cuevas que ellos mismos habían excavado. Casi todos venían de Contepec, Michoacán, eran migrantes muy pobres y explotados. Cuando los quisieron desalojar, las monjas del colegio colindante se solidarizaron y los contactaron con el Secretariado Social, y fue cuando éste nos invitó a participar en la asesoría técnica.

El proceso lo llevó Rodolfo Escamilla, con apoyo de Graciela Martínez y Luz Lozoya. Él era sacerdote, pero prefirió no presentarse como tal para no crear dependencias, y ellas eran trabajadoras sociales muy jóvenes. Las monjas también lograron que algunos padres de sus alumnos se involucraran, ya que muchas mujeres de Palo Alto trabajaban con ellos. Constituyeron un grupo auxiliar solidario que contribuyó mucho al proceso. Entre ellos estaba Jorge Aranda, amigo de Octavio Senties, regente de la ciudad en ese momento, a quien le solicitó apoyo para evitar el desalojo de las 237 familias establecidas en el predio. Por su parte Escamilla los orientó para tomar conciencia de su derecho a permanecer donde llevaban viviendo más de 30 años, a organizarse en asamblea permanente como instrumento central en la toma de decisiones y en la conducción del proceso, a registrarse en cooperativa como instrumento operativo de la asamblea.

Otra cosa que propuso Escamilla es que todos fueran líderes. Por supuesto que había líderes naturales, muy importantes en el proceso, pero la vocación de liderazgo se socializaba y se ponía al servicio de la comunidad. Todos debían ser incluidos en el proyecto independientemente de su ingreso.

Uno más de sus planteamientos fue el reconocimiento a las mujeres. Ellas fueron las que más lucharon y había que reconocerles ese papel. A las asambleas llegaban principalmente las mujeres, eran quienes tenían la información y llevaban los procesos, pero cuando había que tomar decisiones llegaban los hombres, muchas veces borrachos, sin saber nada. A mí me daba mucha rabia. Fue un aprendizaje en directo sobre la desigualdad de género. Sin embargo, poco a poco se fueron dando cuenta y les fueron dando su lugar.

El gobierno de la ciudad estaba de acuerdo en expropiar el terreno a favor de la comunidad: el Instituto Nacional para el Desarrollo de la Comunidad y la Vivienda Rural (Indeco), había definido un polígono, pero no le daba la posesión del terreno a la comunidad. Para presionar, la comunidad invadió el terreno, lo que de hecho fue una auto-invasión, pues ya vivían ahí desde hacía 30 años. Lograron que se les asignara la tierra a un precio muy asequible y desde entonces cada año lo celebran.

Cuando tuvieron los papeles en mano, se volvió urgente construir las viviendas lo más rápido y en la forma más consolidada posible, para evitar las presiones del dueño de las minas y de los intereses inmobiliarios. Debía evitarse además que la construcción fuera un lugar de paso. Carlos Oyarzún, arquitecto y buen amigo chileno que trabajaba en Copevi, realizó un proyecto adecuado a este propósito. Lo primero que se hizo fue acondicionar el terreno, pues como era campo minero sólo había agujeros, cuevas y

Esta experiencia [la de Palo Alto] es pionera y paradigmática en la lucha popular por el Derecho a la Ciudad, por el derecho a quedarte donde nacieron tus hijos, donde vivieron tus abuelos, donde están tus redes económicas, sociales y familiares.

desniveles; había que nivelar el suelo al tiempo que se iniciaba la construcción de las casas. En 1975, algunos meses antes de la entrega oficial de los terrenos, Tito Acuña me llamó desde Uruguay para decirme que la situación impuesta por la dictadura lo obligaba a salir de su país y que quería venir a México. Teníamos la posibilidad de recibirlo en Copevi y de alojarlo en mi casa. A su llegada le pedí que nos apoyara en Palo Alto. Tito se encargó de desarrollar el proyecto de las viviendas, del centro comunitario y de dirigir las construcciones.

Para evitar cualquier otro intento de desalojar a la comunidad de Palo Alto se requería alguna forma de propiedad que lo impidiera. Tito propuso el modelo de uso y goce, experimentado ya en la cooperativas uruguayas, en el que la propiedad absoluta la tiene la cooperativa, pero el uso es otorgado a los socios, quienes incluso pueden heredarla, pero están imposibilitados para venderla o rentarla directamente a terceros. Además de impedirse así el lucro individual a costa del esfuerzo colectivo, desalienta las presiones externas que siempre han tenido, por estar ubicados en uno de los lugares más ricos de la ciudad.

Esta experiencia es pionera y paradigmática en la lucha popular por el Derecho a la Ciudad, por el derecho a quedarte donde nacieron tus hijos, donde vivieron tus abuelos, donde están tus redes económicas, sociales y familiares.

En la parte técnica y financiera hubo también aprendizajes porque no había manera de acceder a créditos para este tipo de experiencias. Se consiguió un pequeño fondo para materiales de construcción y fue todo. Se requirió trabajo voluntario los domingos. Tito les propuso fabricar componentes de techo mediante la técnica de cerámica armada;

las mujeres y los niños podían ayudarles a fabricar tabletas en el suelo, además de que su colocación les permitía aho-

rrarse la cimbra. Nos costó varias asambleas convencerlos. Les dimos explicaciones técnicas, pero los albañiles, principalmente, se mostraban renuentes. Un día las mujeres dijeron: “Nosotras empezamos el domingo”. Recuerdo que una viejita, como no tenía cuchara de albañil, sacó la más grande, la del mole, y con ella preparó la mezcla. También con trabajo voluntario se armaron los castillos, las cepas para la cimentación y otras estructuras sencillas. Para organizarnos tuvimos una nueva postura: primero vimos las capacidades, en lugar de las carencias.

Había muchos albañiles, alguien que tenía camiones, otro que sabía manejar una bodega. Había muchos recursos: ¿cómo echarlos a andar? Vimos que ellos podían

construir, así que trajimos la máquina bloquera, la que habíamos usado en el Mezquital; el ingeniero Lainè, del grupo auxiliar, les donó un silo para que pudieran almacenar cemento comprado a granel, más barato, y se organizó un grupo para producir tabicones de arena y cemento para los muros pagado gracias al fondo. Parte del dinero se utilizó también para pagar los gastos de la brigada encargada de producir puertas y ventanas. Aunque la mano de obra la pondrían los albañiles de la propia cooperativa, los costos debían ser pagados a través de cuotas que, ellos definieron, serían iguales para todos. Discutieron y se organizaron hasta establecer tiempos diferentes para cubrir las cuotas, de acuerdo a la posibilidad de cada familia. Esto permitió integrar dos brigadas constructoras e iniciar las obras.

En esa época el Banco Mundial promovía su programa de lotes y ser vicios. Aquí, en cambio, lo estratégico era construir casas sin servicios, pues lo importante era consolidar las construcciones, ya los servicios vendrían después. Era

necesario mostrar que ya estaban asentados, pues la presión inmobiliaria sobre los terrenos era muy fuerte.

Para organizarnos tuvimos una nueva postura: primero vimos las capacidades, en lugar de las carencias.

En esta experiencia aprendimos que la flexibilidad es fundamental. Nada de establecer mínimos que se vuelven máximos.

En años recientes la política se orientó a financiar viviendas de 45 y hasta de 30 metros cuadrados. Por el contrario, en Palo Alto se construyeron pies de casa de 52 metros cuadrados que podían ampliarse al doble, también con posibilidades de ampliarse hacia el patio.

Tito desarrolló el proyecto consultando a la comunidad, y sugirió construir la casa tipo que, por supuesto, tuvo observaciones: pidieron incluir un espacio amplio y abierto en el segundo piso, que ellos adaptarían según sus necesidades. En esta experiencia aprendimos que la flexibilidad es fundamental. Nada de establecer mínimos que se vuelven máximos.

Aprendimos, sobre todo para el diseño de las políticas, lo que no se debe hacer, y que es preciso pensar también en la flexibilidad, porque cada comunidad tiene aspiraciones, necesidades y capacidades muy diversas.

Como decía, se dejó abierta la posibilidad para una construcción futura, con lo cual, al final, podían tener al menos tres recámaras, un baño abajo, otro arriba, sala-comedor de buen tamaño, la cocina y un vestíbulo. (Hoy día todas las casas se han ampliado y no hay una sola que se haya quedado igual). Después tuvieron que negociar e introducir los servicios y los equipamientos. Ese es otro aprendizaje y algo

importante: no se trata de hacer sólo casas, sino de hacer un conjunto con áreas y ser vicios comunes.

El gobierno fijó un área de protección para evitar que el talud adyacente al terreno se les viniera encima, y ahí habilitaron ahí una cancha de fútbol profesional y organizaron una liga que funciona todos los domingos.

Hace unos años se llevó a cabo el Encuentro de las Culturas, en Barcelona, que coincidió con el Foro Urbano Mundial. Jordi Borja, un buen amigo, supo de un estudio que estábamos haciendo en HIC sobre casos de producción social del hábitat. Jordi sugirió hacerlo a nivel mundial para

presentarlo en los diálogos que él organizaba en ocasión de este encuentro. Invitamos a grupos sociales de las diferentes regiones del mundo involucrados en temas relevantes. Entre los participantes de América Latina invitamos tanto a Luis Rodríguez como a Gloria Valdespino, dos de los dirigentes más comprometidos y queridos de Palo Alto. Cuando, en Barcelona, Gloria vio por primera vez el video que preparamos para el evento, ella se puso a llorar recordando todo el proceso.

Estos procesos de producción social del hábitat son necesarios en tiempos en que todo se centra en la competencia y el dinero. En el caso de México, por ejemplo, se gastan casi 300 mil millones de pesos anuales en la producción mercantil de viviendas. Si se considera que la mitad de nuestro país es pobre, invertir la mitad de este dinero en procesos autogestivos, como el de Palo Alto, ayudaría en pocos años a millones de personas, construyendo así ciudadanía, tejido social y autonomía.

Fueron seis años de trabajo intenso en Palo Alto y, como decía, fue para mi una escuela; el posgrado informal donde cambió profundamente mi perspectiva sobre el quehacer profesional y sobre mi proyecto de vida.

Para los pobladores de Palo Alto fueron, y siguen siendo, años de lucha permanente por defender lo suyo, lo que sin duda es su lugar en el mundo. Fue también un impulso vigoroso a su crecimiento personal, principalmente al de las mujeres y de los hombres que se comprometieron en la lucha de construcción y gestión de su cooperativa. Pero esta historia no termina ahí, la cooperativa ha tenido que enfrentar nuevos desafíos, presiones y amenazas, así como emprender nuevas acciones para mejorar sus condiciones de vida. Hoy constituyen un caso emblemático de lo que las comunidades pobres de nuestras ciudades pueden lograr

Estos procesos de producción social del hábitat son necesarios en tiempos en que todo se centra en la competencia y el dinero. En el caso de México, por ejemplo, se gastan casi 300 mil millones de pesos anuales en la producción mercantil de viviendas. Si se considera que la mitad de nuestro país es pobre, invertir la mitad de este dinero en procesos autogestivos, como el de Palo Alto, ayudaría en pocos años a millones de personas, construyendo así ciudadanía, tejido social y autonomía.

Hoy constituyen un caso emblemático de lo que las comunidades pobres de nuestras ciudades pueden lograr si se organizan y cuentan con los apoyos necesarios –solidarios, técnicos e institucionales–, pero principalmente si luchan unidos y se la juegan en serio.

si se organizan y cuentan con los apoyos necesarios –solidarios, técnicos e institucionales–, pero principalmente si luchan unidos y se la juegan en serio.

De forma paralela al proyecto de Palo Alto, participamos, también con Escamilla, en el proyecto de La Romana, en Tlalnepantla, Estado de México. Escamilla conocía bien esta zona y se había enterado del problema de un hospital, cuya construcción había sido detenida por la Secretaría de Salubridad, pues se construía frente a una siderúrgica. La estructura, ya construida, fue invadida por un grupo de familias necesitadas de vivienda. Escamilla le propuso al grupo constituirse en cooperativa y aprovechar la estructura para resolver sus viviendas. Nos pidió trabajar en el apoyo técnico para lograrlo. Sin embargo, el gobierno del Estado de México, contrariamente a lo sucedido en Palo Alto, los dividió, les aplicó todo tipo de presiones y amenazas, les ofreció dinero, los atemorizó y los violentó hasta que sólo quedaron cinco.

Cuando apoyé sus gestiones ante un organismo público del Estado de México me tocó vivir una experiencia aleccionadora. Durante varias horas tratamos inútilmente que nos recibieran, sin que nos ofrecieran un asiento. Algunas de las mujeres cargaban a sus hijos en pasillos transitados y se nos pedía esperar hasta que se desocupara el funcionario. Finalmente nos informaron que ya se había retirado. Esa misma tarde, en el mismo edificio pero en otras oficinas de la misma institución, fui citado para firmar un contrato para desarrollar un proyecto de mejoramiento urbano en varios pueblos del estado. Me sentaron en una silla Knoll de gran diseño, me ofrecieron un café y el funcionario, de mayor jerarquía que el anterior, me recibió de inmediato. Fue algo que me marcó profundamente.

Con los pocos que quedaron se integró un nuevo grupo, se consiguió otro terreno y se desarrolló un proyecto bajo

la coordinación del Centro de la Vivienda y Estudios Urbanos A. C. (Cenvi), organismo que surgió de la división de Copevi, en 1979.

En ese mismo periodo de los años setenta montamos un centro de servicios, producción y distribución de materiales y asesoría técnica en Ciudad Nezahualcóyotl, con la idea de apoyar el proceso de poblamiento popular que se realizaba con gran dinamismo y muchas carencias en esta zona. También pensamos que un proyecto productivo podía ser autosuficiente e incluso aportar algunos recursos a la operación de Copevi. El Centro producía tabicones de arenacemento, distribuía materiales de los más utilizados por los pobladores y otorgaba asesoría técnica. Pronto nos dimos cuenta de que no podíamos competir ni con los negocios que producían a gran escala ni con los pequeños emprendimientos familiares (éstos porque no pagaban seguro social, trabajaban todo el día y pagaban poco). Para colmo, un diputado del partido oficial en campaña invadió un domingo el local, nos robó parte del equipo y con argumentos demagógicos exigió sacarnos del terreno. Supimos después que el silo del que nos había despojado estaba instalado en el negocio de su amante.

Nos propusimos intentarlo de nuevo, ahora en forma autónoma, trasladando el proyecto a Ecatepec. Encontré un terreno bien ubicado, pero tras negociar el precio con el dueño y preguntarle sobre la notaría en la que se harían las escrituras, me respondió contundente que no quería saber nada de notarios, que hiciéramos un contrato privado y que le pagáramos en efectivo. Por supuesto que nos quedamos fuera del negocio. Algún tiempo después, buscando otro terreno, vimos que se vendía de nuevo, se lo compramos a

alguien que lo había legalizado y que, por supuesto, nos lo vendió más caro.

Estas experiencias, frustrantes en muchos sentidos, nos mostraron el mundo de la transacción económica y política, radicalmente opuesto a nuestros objetivos de transformación social y de superación de las condiciones de explotación y dependencia en que vive la mayoría pobre de nuestros barrios. Aprendimos además que cuando buscamos fortalecer lo social jugando a lo económico dentro de las reglas del sistema, lo social acaba perdiendo. Copevi terminó subsidiando el proyecto que suponíamos fortalecería su economía.

Tras la frustrante experiencia de La Romana, cuestioné, en un editorial de *Dinámica habitacional*, el hecho de que por un lado el gobierno construía hermosos conjuntos, pero por otro destruía las iniciativas y los esfuerzos de la gente. En ese número caricaturizamos los diez pasos a seguir para acabar con la iniciativa organizada de un grupo ajeno a sus intereses clientelares. Enviamos el cartel a todas las oficinas de gobierno.

Eduardo Rincón Gallardo, con quien había compartido amistades y nuestras clases en la UNAM, trabajaba en ese momento como director técnico del Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores (Infonavit), entendió que nuestras críticas se referían a un proyecto que

realizaba este instituto en Iztacalco. Me llamó y me preguntó: “¿Qué nos puedes proponer que sea diferente a lo que estamos haciendo? A ver si como roncás, duermes”.

En esos días estábamos organizando una cooperativa de vivienda en la colonia Guerrero, invitados por el padre jesuita Arnaldo Zenteno. Le preocupaba la caída de vecindades deterioradas en el entorno de la parroquia de Los Ángeles, que él atendía. También trabajábamos para este propósito con el arquitecto Jorge Andrade algunas ideas derivadas de los planteamientos de John Habraken, con quien había estudiado recientemente en Holanda. De in-

mediato le propuse a Eduardo, como alternativa a lo que estaban haciendo, que se apoyara el proyecto de la cooperativa Guerrero, en el que además se aplicaría el sistema de estructuras y unidades separables que me proponía Jorge. Aprobó la idea y de inmediato iniciamos, con la ayuda de José María Chema Gutiérrez –también funcionario del Infonavit en esa época–, el proceso de tocar puertas a lo largo y ancho del instituto para negociar la aprobación del proyecto. Ya con el ofrecimiento de apoyo para esta experiencia avanzamos con mayor seguridad en el barrio, trabajando a la par los aspectos sociales (que condujeron con gran compromiso René Coulomb y La Pía Herrasti), la ubicación y compra del terreno, así como el proceso de diseño participativo del conjunto (coordinado por Jorge Andrade). Todos parecían de acuerdo, pero las decisiones no llegaban, así que los compañeros de la cooperativa se manifestaron a las afueras del instituto, lo que generó una llamada a Copevi: “Esta es la casa de los trabajadores, pero no podemos abrir las puertas para que entren. No así.” Entonces, echando mano de la picaresca barrial, entraron por las ventanas del área de cómputo e iniciaron el diálogo directo con los funcionarios.

Gracias a la iniciativa y al impulso siempre discreto del padre Zenteno, la persistencia organizada de los miembros de la cooperativa, la asesoría comprometida de los compañeros de Copevi y de quienes ya desde el Cenvi le dieron continuidad, así como de la actitud positiva de varios funcionarios del Infonavit, se logró consolidar esta experiencia que en muchos sentidos respondió al reto planteado por este organismo: mostrar otra forma de concebir, producir y gestionar la vivienda.

Entre los principales logros estuvieron la integración inicial del grupo necesitado, dispuesto a organizarse y a participar

Se logró consolidar esta experiencia que en muchos sentidos respondió al reto planteado por este organismo: mostrar otra forma de concebir, producir y gestionar la vivienda.

La organización cooperativa de vivienda como sujeto promotor y conductor del proyecto.

activamente durante el proceso, aspecto fundamental que va construyendo solidaridad y condiciones para la posterior convivencia. La organización cooperativa de vivienda como sujeto promotor y conductor del proyecto. El apoyo, a lo largo de todo el proceso y asesoría integral: técnica, social, financiera y legal, otorgada mediante procesos participativos e informativos, que dan cauce al intercambio de saberes, a la toma consensuada de las decisiones y al desarrollo de los participantes, tanto a nivel personal como colectivo. Un sistema de diseño participativo y de edificación que permitió adecuar el proyecto a la diversidad de condiciones y necesidades de los participantes, y que resultó en viviendas de diferentes tamaños y disposiciones.

Por su parte, el instituto apoyó, por primera vez, una cooperativa y ensayó un esquema de cofinanciamiento que permitió atender tanto a sus propios derechohabientes como a participantes que recurrieron a otras fuentes financieras, mecanismo fundamental para no fragmentar a los grupos y comunidades organizadas. El diseño mantuvo el sentido de la vecindad, orientando las viviendas y sus accesos abiertos hacia un amplio patio, que también daba entrada a un espacio cubierto de usos múltiples. Es un conjunto hermoso que sin duda dignificó la vida de quienes trabajaron tanto por lograrlo.

Alejandro Mendoza, uno de los integrantes de la cooperativa, nacido en el barrio de Los Ángeles, escribió en 2012, a casi 40 años de iniciarse esta experiencia, un libro que relata la lucha de los habitantes de la Guerrero por permanecer en condiciones dignas en su barrio y la de la cooperativa que les mostró el camino. Con enorme gusto

prologué ese libro, escrito con la pasión y el cuidado amoroso de quien fue y sigue siendo uno de sus protagonistas.

Todos estos barrios favorecen la vida comunitaria. Las vecindades ayudan mucho, porque hay un patio común, que es lugar de encuentro, de convivencia, aunque también de pelea. Por ejemplo, los lavaderos, pues aunque podríamos pensar que son un lugar de socialización, no es necesariamente así; de hecho, cuando se diseñó el edificio, lo único que no querían tener juntos eran los baños y los lavaderos, por los conflictos que el uso común les generaba. Hicimos después varios proyectos similares en Tepito. Siempre les propusimos patios y los aceptaron.

Más adelante, partir del sismo de 1985, por lo general en el diseño de las viviendas que sustituyeron a las vecindades se eliminó el patio; pero en nuestro proyecto de la Guerrero mantuvimos el esquema de pasillos al frente en torno a un patio. Aunque en un inicio se peleaban entre vecindades, al final logramos que trabajaran juntas cuando se integró la Cooperativa. Esa experiencia repercutió en lo que propusimos cuando tembló en 1985.



En vísperas de la primera Conferencia de Naciones Unidas sobre Asentamientos Humanos (la que posteriormente se conocería como Hábitat I), que se realizó en Vancouver en 1976, y del cercano cambio de gobierno en México, era importante dar a conocer todo este cúmulo de experiencias y difundir sus resultados para incidir de alguna forma en las políticas públicas. Decidimos hacerlo en México, en cuanto encuentro, seminario o congreso se pudiera. El indicado para hacerlo fue Gustavo Romero Fernández, compañero de Copevi, por su fuerte voz y sus dotes críticas y de buen peleador.

Por otra parte, teníamos buena relación con ciertos miembros de la Sociedad Mexicana de Planificación, algunos

de ellos funcionarios públicos y amigos, que organizaban la participación mexicana en el foro paralelo a la conferencia de Naciones Unidas.

Gustavo y yo nos apuntamos. Preparé un texto sobre participación social y nos lanzamos a Vancouver. El foro paralelo se realizó en unos hangares abandonados desde finales de la Segunda Guerra Mundial, en los que moríamos de frío. Ahí nos encontramos con un grupo muy interesante de latinoamericanos, algunos de ellos refugiados en México como consecuencia de sus respectivas dictaduras. Juntos preparamos un documento crítico y de propuesta, con la intención de hacerlo llegar a la conferencia oficial, que se iba a realizar una semana más tarde.

Presentamos el documento a Estefanía Chávez, quien presidía la Sociedad Mexicana de Planificación y que nos dijo: “Viene el presidente Echeverría mañana, vamos a presentárselo, él puede ser el conducto”.

Echeverría llegó a Vancouver con una gran comitiva, mayor incluso que la delegación canadiense, que llenaba el salón al que asistimos con la intención de entregarle el documento. Nos respondió que se lo presentáramos mejor en la noche y le pidió al sorprendido general que le cuidaba las espaldas que organizara una comida para todos sus acompañantes. Entre tanto, les pidió que fueran con él a pasear un rato por la ciudad. Fue muy divertido ver a cien mexicanos bajar en fila india la escalera eléctrica del lugar y así salir a la calle, tras su presidente.

Gustavo Romero Fernández asistió a la cena en la que se entregó el documento. A Echeverría le pareció débil; dijo que él traía planteamientos más fuertes que presentaría en la conferencia. Ahí murió nuestro intento.

Por mi parte logré negociar un espacio en la plenaria del foro, donde leí a toda velocidad el texto que había prepa-

rado ante un público entusiasta y la protesta de las traductoras. Participamos activamente también en un espacio en el que se hablaba de salvar a los peces del río San Lorenzo. Los sudamericanos, pensando tal vez que tenían cuestiones más urgentes, como salvarse de Pinochet, intervinieron en el debate para hacer saber sus inquietudes y propuestas. El gran sentido democrático de Han permitió conciliar los ánimos, escuchar a todos y recoger sus planteamientos.

La expresión pública más vigorosa del grupo latinoamericano fue una marcha por las calles de Vancouver contra las dictaduras, a la que se sumaron los indígenas canadienses afectados en su dignidad y autonomía. Lo más relevante de este foro fue descubrir que en muchas partes del mundo se daban procesos que, en esencia, eran respuestas sociales creativas y vigorosas para lograr un hábitat digno para todos. Encontramos y establecimos relación con sus protagonistas y constatamos que nuestros planteamientos, bajo distintas expresiones, se compartían en muchos rincones del planeta.

Igualmente, el documento surgido de la conferencia oficial reconoció derechos e hizo conciencia sobre las causas de las carencias de suelo y vivienda en los asentamientos populares, urbanos y rurales. Dio también los primeros pasos para enfrentar problemas ambientales, reconocer la importancia de la participación social y fortalecerla en los procesos de producción y gestión del hábitat. Para mí fue una experiencia intensa que amplió mis perspectivas y profundizó mis convicciones.

Cuando regresamos a México, iniciaban las campañas políticas y las consultas ciudadanas. En consecuencia con nuestra decisión de incidir en las políticas, participé en varias de ellas. Algunas larguísimas. Me había tocado ver la campaña de Echeverría, quien podía estar seis horas atento,

Lo más relevante de este foro (el paralelo a la Conferencia de Naciones Unidas) fue descubrir que en muchas partes del mundo se daban procesos que, en esencia, eran respuestas sociales creativas y vigorosas para lograr un hábitat digno para todos.

sin pararse. En cambio López Portillo se aburría y se ponía a dibujar, mientras los demás daban lectura a 80 micro ponencias. Atendí también una invitación de Cuauhtémoc Cárdenas a una reunión muy interesante en Acapulco sobre temas del hábitat. Me reuní asimismo con Joaquín Álvarez Vázquez y con Jorge Montaña (ahora embajador de México en Naciones Unidas), un fin de semana en el rancho que fuera de Francisco J. Múgica en Michoacán, para preparar tres documentos con propuestas orientadas al plan de gobierno. Jorge preparó el suyo sobre temas sociales, Joaquín sobre la política de suelo y yo sobre la política de vivienda, inspirado en las experiencias vividas en Copevi.

Al poco tiempo me llamaron de parte del arquitecto Pedro Ramírez Vázquez para invitarme a formar parte del equipo de gobierno. Nunca imaginé que nuestro empeño por hacer propuestas al equipo de la nueva administración se tradujera en una invitación para incorporarme al mismo. Fue una decisión difícil. Lo que estaba haciendo era muy interesante, divertido, y quería seguir haciéndolo. Aceptar era como pasarse al otro lado de la reja.

Antes de decidir, consulté el ofrecimiento con los compañeros de Copevi y de otras organizaciones. Todos coincidían en que aceptara, pues era la oportunidad de abrir espacios y posibilidades para nuestro planteamiento e inquietudes. Además, la invitación era para integrarme al equipo de Francisco *Pancho* Covarrubias, nombrado director general de Equipamiento Urbano y Vivienda, con quien tenía una buena relación y al cual le tengo gran reconocimiento por su dedicación y manejo de estos temas. Era diciembre de 1976, 11 años después de que entré a Copevi.



Producción social de vivienda en Palo Alto, Cuajimalpa, Ciudad de México, 1975.

María Emilia *La Pía* Herrasti

Conocí al arquitecto Enrique Ortiz Flores como director de Copevi, la primera ONG de vivienda en México, fundada en 1965, con el objetivo de trabajar en el campo del hábitat popular. En Copevi, Enrique demostró durante décadas su entrega y trabajo incansable. Personalmente reconocí en Enrique su capacidad de organizar y gestionar grupos de trabajo. Me invitó a participar, en mi calidad de trabajadora social, en el proyecto piloto de viviendas en corazones de manzana. El trabajo consistía en iniciar, con un grupo de jóvenes de vecindades cercanas a la parroquia, una investigación participativa sobre la situación de la vivienda, con la idea de promover y formar una cooperativa de vivienda en el barrio de Los Ángeles, de la colonia Guerrero, en el marco del Programa de regeneración urbana vivienda en proceso, que Copevi tenía convenido con el Infonavit. Este proyecto piloto fue un gran reto en todos los niveles: trabajo en el centro con vecindades ruinosas, promoción y formación de una cooperativa de vivienda, búsqueda del reconocimiento legal de las cooperativas de vivienda, organización cooperativa de vecinos como una empresa independiente promotora de sus propios proyectos habitacionales, obtención de créditos de vivienda puente para un grupo con heterogeneidad

socioeconómica, pero miembros de una misma organización territorial, planteamiento de cooperativa matriz con filiales y planteamiento de la propiedad cooperativa de las viviendas.

Más tarde, entre 1971 y 1979, tuve la oportunidad de trabajar directamente con Enrique, conocer su facultad de trabajo incansable, comprometida y apasionada, así como su faceta de estrategia. Trabajé en este innovador proyecto y tuve así la oportunidad de compartir tanto con Enrique como con el equipo interdisciplinario de profesionistas todo el proceso: ¡uf!, el reto de este trabajo de innovación, apasionante e intenso, siempre movido por grandes ideales de justicia social en la búsqueda de vivienda digna, de políticas alternativas de vivienda, más justas, adecuadas a la realidad y a los retos de la época. Todo ello fue un poco el reflejo de las búsquedas de esa época.

Sobra decir que las horas invertidas de trabajo y de planeación de estrategias fueron momentos alegres, gratificantes, tensos, discusiones, camaradería, participativos y solidarios con otros grupos, así como enfrentamientos con la realidad y entre el equipo, porque nos planteaban un trabajo nuevo y también, por qué no decirlo, una visión nueva de la vida.

Anécdotas con Enrique tengo muchísimas y de todo tipo: con decir que terminé siendo mi cuñado, y que René Coulomb, el sociólogo urbano del equipo, acabó siendo mi marido.

Quisiera recapitular algunos impactos y logros de ese proyecto piloto llevado a cabo en los años setenta:

-
- Como A. C., logramos trabajar mediante contrato de asesoría técnica con la cooperativa: estipulando servicios profesionales, compromisos mutuos y motivos de terminación de contrato.
 - En esa época no existían créditos de vivienda para no asalariados, ni tampoco para compra de tierra; el Infonavit (fundado en 1972) otorgaba

créditos únicamente a asalariados derechohabientes. En el proyecto se logró por primera vez un crédito puente del Infonavit, tanto para sus derechohabientes, como para los del Fovissste y los no asalariados.

- Se instrumentaron mecanismos de organización y participación de los miembros de la cooperativa a nivel social, técnico, jurídico y financiero.
- La cooperativa tuvo como principio la participación y toma de decisiones en asambleas; el trabajo en comisiones sin dar cabida a la hegemonía de un líder, el trabajo del proyecto de vivienda de acuerdo a las necesidades y posibilidades de los cooperativistas.
- En el comité técnico del Infonavit, se consiguió que la representación técnica de cuatro participantes fuera mixta: dos miembros de la ONG y dos de la cooperativa.

María Paula Hernández Ángeles y Gloria Valdespino Domínguez, Unión de Palo Alto

Nosotras comenzamos aquí a finales de los años sesenta, cuando se acabó la mina de arena. Nuestros padres eran trabajadores, muchos venían de los estados, principalmente de Michoacán, y aquí rentaban pedacitos de tierra para sus familias. Vivíamos sin agua, sin luz ni otros derechos; teníamos una escasa alimentación, las casas eran chocitas. Cuando el dueño decidió cerrar la mina, las familias le pidieron que se las vendiera para construir sus casas, pero él dijo que la tierra sólo era para ricos.

Ya eran los años setenta. Nosotras éramos jóvenes inquietas que nos reuníamos, por convocatoria de una monja, en los grupos de la iglesia; creemos que allí surgió la organización, cuando llegó el profesor Rodolfo Escamilla, de parte del Secretariado Social Mexicano. Le acompañaban dos trabajadoras sociales y el equipo técnico, del cual era integrante *El Arqui*, como le decimos de cariño a don Enrique, que era parte de Copevi.

Tuvimos que entrarle al aprendizaje tanto mujeres como hombres, sobre todo cuando llegaron como asesores técnicos, nosotros no sabíamos nada de construcción y los compañeros no sabían nada de albañilería. La propuesta del equipo técnico fue magnífica, porque era emplear a la gente para crear fuentes de trabajo ahí mismo. Era un beneficio muy importante que ofrecía el Copevi.

Nos gusta mucho platicar con don Enrique, siempre ha sido muy cercano, él habla y yo pienso: “¡Cuánta sabiduría expresa en la forma más sencilla! No es rebuscado porque te habla en el mismo idioma.”

-
- Se logró integrar un equipo de trabajo interdisciplinario: arquitectos, abogados, sociólogos urbanos y trabajadores sociales.
 - En 1981 se fundó el Fonhapo, el cual retomó el aprendizaje de dichos proyectos piloto, logrando que a nivel institucional se ofreciera crédito para compra de suelo, financiamiento a no asalariados y a grupos

organizados con el reconocimiento de su asesoría técnica. Enrique ocupó la dirección del Fonhapo.

Agradezco a Enrique haberme invitado a trabajar en un inicio, haber podido compartir la experiencia institucional como socia de Copevi y la oportunidad profesional de incursionar en un campo de acción nuevo: el trabajo social urbano.



El compromiso de *El Arqui* fue, desde el principio, tanto como el de nosotros; se la pasaba aquí todo el día. Incluso hay anécdotas de su hijo el mayor, quien narra su convivencia con los niños de Palo Alto, porque se lo traía en las vacaciones de verano.

Don Enrique siempre trabajó en las cuestiones técnicas: le recordamos muy serio, pero se percataba de todo, incluso de la participación de las mujeres que ha sido más que doble, porque, sin menospreciar el trabajo de los compañeros, la cooperativa está hecha por las mujeres; las mujeres tuvimos que entrarle con el dinero, la casa, además de luchar con el machismo atroz y los conflictos o las agresiones por parte de los compañeros.

De este proceso, al lado de *El Arqui* aprendimos que la lucha está aquí en nuestra tierra, en medio de un sistema que hace una guerra contra los pobres; que aceptamos esta lucha, la vivimos y la disfrutamos; aprendimos la diferencia entre vivienda social y vivienda mercantil; aprendimos a vencer el pensamiento individual y a generar nuestra administración y autogestión.

Admiramos que don Enrique prefirió salir que permanecer en un escritorio y nos da gusto ver cómo fue transformándose en una persona tan cercana, en un compañero más de esta lucha y es quien nos abre también un panorama diferente. Lo recordamos en la marcha zapatista de 1994, entonando el himno zapatista: “Ya se mira el horizonte compañero zapatista...” . Lo tenemos muy presente como un camarada.



1 Viviendas informales, antes de la construcción, Palo Alto, Cuajimalpa, Ciudad de México, 1973.

2 y 3 Viviendas en proceso de construcción, primera etapa, Palo Alto, Cuajimalpa, Ciudad de México: Segunda mitad de los años setenta.

4 La comunidad de la Unión de Vecinos de Palo Alto.

5 y 6 La producción social del hábitat vs. los desarrollos urbanos de explotación comercial.



7 Boletín *Dinámica habitacional*, Concencia Pública y Vivienda, Cooperativismo y Vivienda Ciudad de México, primera época, n. 7-8, diciembre de 1967.

8 Boletín *Dinámica habitacional*, Cerritos, Temascalcingo, Programa piloto de mejoramiento de vivienda, Ciudad de México, segunda época, n. 16, ene-feb. de 1969.



9 Boletín *Dinámica habitacional*, Proyecto de vivienda para la comunidad indígena de San Juanico, Valle del Mezquital, Ciudad de México, segunda época, n. 16, ene-feb. de 1969.

10 Investigación zonal en el Valle del Mezquital, vols II, III y IV, Ciudad de México, 1970 y 1971.

11 Mapa de áreas de explotación agrícola y riego del Valle del Mezquital.



12



13



12 y 13 Cartel *Dinámica habitacional*, Ciudad de México, tercera época, n. 12, febrero de 1977; n. 11, noviembre de 1976; n.13, diciembre de 1977; n. 14, diciembre de 1978; n. 2, marzo de 1974; n. 7, noviembre de 1975; n. 3, mayo de 1974; n. 16, febrero de 1981; n. 15, agosto de 1980 y n. 9, marzo de 1976.

14 Cartel *Dinámica habitacional*, Vivienda y poblamiento esfuerzo social, Palo Alto, Ciudad de México, tercera época, n. 1, enero de 1964.

14



III. El encuentro de dos mundos. 1976-1987

En enero de 1977 entré a trabajar al gobierno. Fue el encuentro de dos mundos: yo venía del mundo combativo de las organizaciones civiles y me encontré con el formal de las instituciones.

Traía conmigo el documento que habíamos elaborado durante la campaña de José López Portillo y seguramente por el que me invitaron. Ese documento fue la base para empezar a trabajar el Programa Nacional de Vivienda, que estaba encargado a la Dirección General de Equipamiento Urbano y Vivienda de la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas (SAHOP). Hubo un apoyo total del arquitecto Francisco Covarrubias, que como mencioné antes era su director general. A Francisco lo conocí desde la Sociedad Mexicana de Planificación, de la cual antes era su vicepresidente.

Sintetizo y simbolizo el encuentro de estos mundos con una frase que él dijo a raíz de nuestros primeros diálogos: “Debes cambiar tu lenguaje. A los que tú llamas afectados aquí les decimos beneficiarios”.

Lo que aprendí en esta etapa es que debes responder a la lógica del cargo de funcionario. Quienes se meten al gobierno desde los movimientos sociales, se equivocan al pensar que dentro siguen siendo el movimiento. O, por el contrario, hay quienes piensan que les hizo justicia la revolución y deben aprovecharse. Hay quienes se la creen y se dedican a escalar posiciones o llevan el movimiento hacia la institución y se pelean con todo el mundo. Si estás en un puesto



EOF trabajando en la SAOP, en el Programa Nacional de Vivienda, 1977-1982.

público tienes que respetar y funcionar desde otra lógica, pero con lealtad a tu objetivo; trabajar con honestidad sin transar a nadie, defender y promover tus ideas hasta donde aguantes o te aguanten.

Mi objetivo principal fue tener instrumentos que favorecieran experiencias como la de Palo Alto. Cambiar la política, cambiar la manera de ver las cosas. La pregunta era ¿cómo colocar esto dentro de lo que planteaba el gobierno? Organizamos un equipo muy bonito. De Copevi sólo me acompañó Gustavo Romero Fernández, aunque invitamos también a algunos compañeros que habían trabajado con nosotros en varios proyectos, como Ángel Mercado y Arturo Mier y Terán. No quisimos hacer lo que hace la mayor parte de las organizaciones, que se llevan a todos y descabezan a sus instituciones o a sus movimientos. Con un equipo de 20 personas iniciamos el trabajo de diagnóstico y pronóstico en diálogo con el director. Al principio nos costó trabajo sintonizarnos, pero lo logramos. Yo valoro mucho cuando hay una persona honesta en los puestos públicos colocado en un área sobre la que sabe, y eso era y siempre ha sido Pancho Covarrubias. Es un aprendizaje importante que debería tener este país y es algo de lo que carecemos: gente honesta que sepa del cargo en el que está.

El arquitecto Pedro Ramírez Vázquez cuidó mucho la conformación de su equipo, pues una de sus cualidades era la capacidad de rodearse de gente brillante y darle la libertad para hacer las cosas. Yo ya había tenido la experiencia con él en el Museo de Antropología, y aquí fue igual. Éramos un buen equipo que se llevaba bien y con el que se podían hacer cosas. Luego empezaron a llegar los argentinos, los chilenos y los uruguayos; incluso tuve como asesor a

Juan Pablo Terra, quien vino como funcionario de Naciones Unidas, también huyendo de la dictadura.

los trabajadores son consideradas de interés público en la Constitución, fue Fidel Velázquez, líder de la Confederación de Trabajadores de México (CTM), quien, junto con otros dirigentes sindicales, ya estaba metido en los negocios del Infonavit.

Otra experiencia que tuve en la SAHOP fue haber coordinado el Comité interno de planeación integral de la subsecretaría. Era muy interesante porque todo lo relacionado con el hábitat estaba ahí: planeación territorial, centros de población, equipamiento urbano y vivienda, cuestiones administrativas y sociales, de prevención, de ecología. El subsecretario también me pidió que fuera su asesor, cosa que hice por un tiempo, pero me distraía. Él se dio cuenta, lo comprendió y me liberó del cargo.



En estos procesos también manejábamos algunos asuntos internacionales. Me enviaron a la URSS a una visita convocada por Organizaciones Unidas para estudiar los asentamientos rurales vinculados a las agroindustrias. Algo que me impresionó de ese viaje es que hacían todo por cambiar

las cosas, pero la manera de hacerlo no me gustó. Era una forma muy autoritaria y compulsiva. Por ejemplo, en Uzbekistán, a la gente de campo en su mayoría se les obligó a vivir en edificios de varios pisos: no tenían dónde meter sus animales ni sus aperos de labranza; destruyeron sus pueblos en nombre del progreso. Concluí que mientras más progreso nos venden, peor vivimos.

Pude ver muchas expresiones de inconformidad, tanto de los jóvenes como de los mayores, que hacían todo lo que podían para entrar a los hoteles porque querían platicar con los turistas y saber qué pasaba en el mundo. Al concluir

Lo primero que planteamos fue que la vivienda no es un objeto, sino un proceso. Y esto, que aprendimos en Copevi, lo cambia todo. La diferencia cuando la gente hace su casa individualmente en los barrios y cuando se organiza, como en el caso de las cooperativas, es que se abren procesos importantes que si bien pueden ser largos, pueden aliviarse con una buena asesoría técnica, al igual que con la comprensión y apoyo de las instituciones. Éste es un punto clave. Otro planteamiento fue hacer un programa que no fuera solamente una declaración ideológica, lo que visualizó con claridad el arquitecto Covarrubias.

Debía haber un diagnóstico, un pronóstico y una estrategia que nos dijera qué y cómo hacer las cosas; después, la planeación de cómo y dónde íbamos a invertir y qué programas debíamos diseñar para que esto sucediera, así como qué concertación tendríamos con los distintos actores y qué instrumentos íbamos a generar. Para mí, lo que tuvo de fantástico ese programa es que generó instrumentos financieros, uno de ellos el Fonhapo, orientado prioritariamente a los sectores no asalariados y de bajo ingreso.

Tener un Programa Nacional de Vivienda con esas cualidades llevó tiempo y mucha dedicación. Empezamos a planearlo en 1977 y se aprobó en 1979; fueron dos años de trabajo intenso. Algunos de los instrumentos, como el Fonhapo, no se pusieron en marcha hasta 1981.

Entre los instrumentos y programas que logramos crear estuvo el de cooperativas de vivienda, con la asesoría de Juan Pablo Terra y de Santiago Martini, quien venía de las cooperativas chilenas y se quedó a vivir en México. Logramos hacer cooperativas con el gobernador de Guerrero. Quisimos incidir en la Ley de Cooperativas para que in-

cluyeran las de vivienda, ya que sólo había de producción y consumo. Quien se opuso, pese a que las cooperativas para

La vivienda no es un objeto, sino un proceso.

el trabajo me quedé unos días más, pues quería ir al ballet Bolshoi y al circo. Compraba dos boletos porque siempre podías encontrar a algún ruso que buscaba a alguien que lo invitara. Yo invité a un doctor que quería saber del mundo porque no podía salir de ahí.

No es que me haya desilusionado el socialismo en sí, sino, en ese caso, lo que implicó en tanto la pérdida de la libertad humana y de la autonomía. No me gusta la dependencia, que otro te diga lo que tienes que hacer con tu vida. Y ahora, con el neoliberalismo, vivimos esa misma situación. Nos están forzando a tener un patrón de vida. Por otro lado, había cosas muy buenas, como por ejemplo que a quién le pagaban más en la URSS no era al burócrata que trabajaba en la ciudad, sino al pescador que se embarcaba varios meses en el Ártico. Las integrantes del ballet no ganaban mucho, pero tenían aplausos.

En materia de vivienda me pareció que la planeación no debe ir tan lejos como para planificar hasta la cocina, ni que se decida por otros cómo deben vivir. Lo tengo grabado porque en México ahora están haciendo lo mismo. Se construían edificios de 22 pisos en las ciudades grandes, en una más chica 16 pisos, en el campo de cuatro pisos. Me preguntaba ¿por qué tiene que ser todo parejo? Te explicaban, con toda suerte de argumentos racionales, que costaba menos.

El metro lo construían cuando una ciudad llegaba a un millón de habitantes; eso está bien, cuando planificas para el conjunto, pero cuando planificas la vida de la gente y la obligas a hacer ciertas cosas, te genera situaciones muy complicadas y mucho rechazo. Se veía en los jóvenes que no estaban satisfechos.

La planeación está bien hasta donde sirve para distribuir los recursos con más justicia, pero hasta ahí. En lo demás no hay que meterse porque se genera una enorme burocracia.

En materia de vivienda me pareció que la planeación no debe ir tan lejos como para planificar hasta la cocina, ni que se decida por otros cómo deben vivir.

¿Por qué tienes que resolver hasta cómo debe comprar la gente las lechugas? Eso no tiene que hacerlo el Estado. En la URSS entrar al metro era una maravilla, fantástico, no hay uno más bonito y elegante en el mundo; pero las calles eran un inmenso panorama de edificios grises.



En ese mismo periodo hubo una invitación al gobierno de México para participar en una reunión del Comité de Acción sobre Vivienda y Edificaciones de Interés Social (CAVEIS), del Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (Sela), que fundó Luis Echeverría junto con el presidente

de Venezuela, Carlos Andrés Pérez. Sela creaba comités sobre distintos temas para promover proyectos económicos multilaterales. El comité duraba un tiempo razonable para crear un organismo y después desaparecía. Me mandaron de emisario a una de estas reuniones, y ahí me dijeron: “Queremos que México presida este comité, así que si tú eres quien vino de México, pues te toca a ti ser presidente”. Le hablé a Pancho Covarrubias y me contestó: “Consúltalo con el subsecretario”, y éste me dijo: “Usted sea presidente, aquí lo respaldamos”. Fui presidente dos veces.

En 1979 triunfó el sandinismo en Nicaragua. Estábamos reunidos en Ecuador cuando triunfó la revolución. En ese momento los países miembros del CAVEIS propusimos apoyar la reconstrucción del país y demostrar que servía de algo ese comité. No había dinero, pero lo consulté en México y me apoyaron para viajar conjuntamente con Manuel Grubel, secretario ejecutivo del CAVEIS, a Nicaragua, como a las dos semanas del triunfo. Se elaboró y discutió una propuesta, logrando, en el caso de México, un amplio apoyo del gobierno. En el caso de la SAHOP se colaboró amplia-

mente con la planeación, y contribuimos con el Ministerio de Vivienda, dirigido por Miguel Ernesto Vigil, persona estupenda, para elaborar un plan de acción sobre el tema.

Ya de vuelta en México pasó a saludarnos Luis Ramírez, con su familia, quien regresaba a Bolivia al término de un trabajo en la Organización de los Estados Americanos (OEA). Le ofrecí ir a Nicaragua para representar al CAVEIS. Enseguida aceptó y ya no fue a Bolivia, sino directo a Nicaragua y se quedó diez años. Hizo un trabajo increíble. Conseguimos unas casas de madera, de una fábrica propiedad de Figueres, el ex presidente de Costa Rica, quien se las vendió a Venezuela, pero allá no les gustaron. Se las pedimos y tuvimos mil 500 viviendas gratis para Nicaragua

La experiencia fue maravillosa. Yo nunca antes había visto la esperanza y la alegría que tuvo la gente ante el triunfo sandinista. Alguna vez llevé a Quique, mi hijo que entonces tenía seis o siete años, quien, contagiado por ese entusiasmo, aprendió a cantar el himno sandinista. Me dio mucha tristeza ver cómo fueron acabándose dichos logros, por la ambición y la corrupción de muchos de los sandinistas. Nicaragua era un pueblo muy pobre, pero con mucha ilusión y ganas de salir adelante. Hubo problemas internos, pero también la presión externa fue muy fuerte: Ronald Reagan acabó con todos los esfuerzos multilaterales y movilizó a la contrainsurgencia destruyendo la esperanza de un pueblo que había luchado por tanto tiempo.

En general me he desilusionado mucho de los gobiernos, de su falta de sensibilidad para acercarse a la gente, para escucharla. Todo lo hacen de arriba a abajo, todos creen que son omnipotentes. Si la intervención que hicimos en el gobierno tiene algún valor, fue precisamente

porque planteamos ver las cosas de otra manera, hasta donde nos dejaron.

Ya sea desde la izquierda o desde la derecha, algo que no puedes hacer es aplastar la libertad humana. En eso está basada la creatividad, la diversidad y la autonomía. Hay que buscar otra manera de vivir juntos, lo cual implica respetarnos, reconocer nuestras diferencias. La diversidad cultural debe verse como la mayor riqueza y no como un problema.

Ya sea desde la izquierda o desde la derecha, algo que no puedes hacer es aplastar la libertad humana. En eso está basada la creatividad, la diversidad y la autonomía. Hay que buscar otra manera de vivir juntos, lo cual implica respetarnos, reconocer nuestras diferencias. La diversidad cultural debe verse como la mayor riqueza y no como un problema.

Por el trabajo en el CAVEIS viajaba mucho a Ecuador. Ahí se fue a refugiar un amigo argentino, Fernando Chaves, ex cuñado del Che Guevara. Cuando vino a México me platicó que en África había un organismo trabajando para mejorar el hábitat popular y que él quería hacer algo similar para América Latina. Me pareció un planteamiento muy interesante. Así surgió la Asociación Latinoamericana para la Promoción del Hábitat, del Urbanismo y de la Arquitectura (Alahua), y me pidió que lo ayudara. Alahua fue el primer intento para integrar un organismo regional de vivienda, que se echó a andar con el apoyo de Ciudad, una ONG de Ecuador, de la que era director Diego Carrión.

El objetivo de Alahua era mejorar la calidad urbanística y arquitectónica del hábitat como medio para fomentar procesos de desarrollo integral. No era una gran organización, era más bien un sueño bonito. No teníamos dinero, pero se

concretaron algunas cosas. En esos días llegó de refugiada Ana Falú, también argentina y comprometida socialmente con temas de género; se unió a Fernando y amplió nuestro pequeño colectivo, nuestra amistad y nuestras perspectivas.

Entre 1981 y 1982 vimos que nuestro trabajo en CAVEIS debía enfocarse en la integración de un nuevo organismo. Planteamos constituir la Organización Latinoamericana de Vivienda y Desarrollo de los Asentamientos Humanos (Olavi), que se creó en 1982. Se iba a instalar en Panamá, que era el lugar más céntrico para intercambiar servicios de asesoría técnica, además de producir y comercializar

materiales y componentes de la vivienda que ningún país del Caribe producía. Cuba, en cambio, producía cemento y por lo tanto tenía interés en abrir ese mercado en la zona.

Los ecuatorianos tenían el secretariado del CAVEIS y no quisieron que la sede de Olavi se fuera a Panamá. Algunos integrantes del comité querían que yo fuera el director de Olavi para empezar. Estaba dispuesto a irme, pero en Ecuador se armó un tinglado político; y por presión local nombraron a un veterano que luego fue presidente del país. No hizo nada y terminó con todo. Fue una tristeza porque había sido un esfuerzo muy grande.



Cuando terminé mi trabajo en la SAHOP, en diciembre de 1982, me habló Roberto Eibenschutz, recién nombrado director del Fonhapo, para invitarme a ser parte de su equipo. Era una oportunidad maravillosa, pero que me implicaba posponer mi reincorporación al trabajo directo con los pobladores. Se trataba de consolidar un instrumento financiero público para concretar lo que habíamos estado peleando. Roberto, una de las personas que más conoce de desarrollo

urbano y de su gestión, es un administrador público excepcional, así que sopesando mis dudas personales no lo consulté con nadie y tomé la decisión de apoyarlo.

Me inicié como gerente de operación. Roberto formó un grupo de coordinadores de proyectos con personas jóvenes; casi todos venían de la SAHOP. Iban a distintas regiones del país a promover proyectos, que después debían gestionar al interior de la institución para que fueran aprobados. Para agilizar este proceso se les dio el derecho de picaporte con los gerentes. Era un grupo ágil que yo coordinaba directamente: así logramos que los proyectos estuvieran listos lo

No deben reducirse ni homogenizarse las soluciones, sobre todo si haces vivienda para los pobres, donde cada grupo, cada familia, tiene circunstancias muy distintas y muchas limitaciones.

más rápido posible. Organizábamos una reunión mensual, presidida por Roberto, en la que estaban todos los gerentes y los coordinadores de proyectos. Cuando él se fue, di continuidad a dichas reuniones. Se revisaban los proyectos, las fechas en que se habían presentado y dónde se estaban. Roberto era muy riguroso y cuando esto sucedía, exigía que en la siguiente reunión estuviera resuelto. Nos funcionó muy bien. Cuando entramos se estaban ejecutando 7 mil acciones de vivienda, y en dos años ya estábamos haciendo 60 mil en todo el país. Fue un crecimiento brutal y muy rápido.

Las políticas de operación que impulsamos se orientaron a administrar la complejidad, porque no deben reducirse ni

homogenizarse las soluciones, sobre todo si haces vivienda para los pobres, donde cada grupo, cada familia, tiene circunstancias muy distintas y muchas limitaciones. Otra condición importante es la flexibilidad: había que tener un sistema abierto a múltiples opciones, pues no podía hacerse lo que habían hecho los gobiernos anteriores, con casitas de dos cuartitos, todas iguales, que no consideran la cultura, ni el clima, ni el paisaje. Asimismo se tenía que crear un sistema con reglas claras, que no fuera clientelar ni paternalista. Más que sistematizar los productos, el Fonhapo se enfocó a sistematizar su trabajo para hacerlo más eficiente.

Otra de las políticas que desarrollamos fue reducir al mínimo las normas. Yo les decía: “La mejor norma es no hacer normas”. Hay normas que son fundamentales, como las técnicas, para que no se te caiga la casa encima: que haya seguridad, aislamiento, ventilación. Pero la recámara no tiene que ser de tres por tres o el baño de determinada forma. Se trataba de no obstaculizar la creatividad y ni de

homogeneizar a la sociedad. En cambio, pusimos mucho interés en las normas sociales. La gente tenía que estar en-

terada. Trabajábamos con grupos organizados. No aceptábamos a un líder que sólo manipulara a la gente y que viniera a gestionar créditos para ellos. La gente del área social tenía que trabajar los domingos para ir a las asambleas a ver qué pasaba, a asegurarse de que realmente fuera un grupo organizado donde todos estuvieran informados y participaran en las decisiones. Lo menos flexible fueron las normas sociales.

Concebimos la vivienda como un proceso cultural y social, no como un objeto; es una necesidad básica del ser humano y como derecho de todos arroja una dimensión distinta: la responsabilidad es del Estado, pero hay una corresponsabilidad de todos.

El esquema financiero estaba basado en la vivienda como proceso y la financiábamos en partes. Promovimos la vivienda progresiva para atender a sectores muy pobres. Uno de los aspectos importantes es que los pobres no tienen acceso a suelo y por eso lo adquieren o lo invaden en la periferia, donde es más barato. No obstante la gente pobre debe vivir cerca de su trabajo. En una primera fase les financiábamos la adquisición de suelo, así como el desarrollo de los proyectos. Mientras pagaban el suelo, en dos o tres años, ellos desarrollaban sus proyectos, gestionaban los permisos y las licencias.

Cuando entraban a la etapa de instalar los servicios, si se necesitaba, también los financiábamos. Si el terreno ya tenía servicios, entonces el segundo crédito se limitaba a la construcción o la autoconstrucción; también había un crédito para adquisición de materiales y componentes al que podían recurrir. Se trataba de un financiamiento distribuido de acuerdo con la lógica del proceso específico de cada caso, pero para no hacerle la vida muy complicada a la

Secretaría de Hacienda, construimos una matriz que cruzaba las líneas de crédito con los programas: lotes y servicios;

Concebimos la vivienda como un proceso cultural y social, no como un objeto; es una necesidad básica del ser humano y como derecho de todos arroja una dimensión distinta: la responsabilidad es del Estado, pero hay una corresponsabilidad de todos.

vivienda progresiva; vivienda mejorada; vivienda terminada y apoyo a la producción y distribución de materiales. Así teníamos claridad ante Hacienda y nosotros la aplicábamos combinando múltiples opciones.

Había una tipología muy amplia de modalidades de vivienda. El mejoramiento, por ejemplo, es muy importante, y consiste en terminar la vivienda que ya está construida. Por ejemplo, las casas de las colonias populares que están a medias, a las cuales se les ven las varillas para el segundo piso, a las que no les han puesto el techo o les faltan los vidrios.

Otros programas eran los de vivienda nueva progresiva o terminada. Financiamos muy pocas terminadas, porque la progresiva responde mejor a las dinámicas de poblamiento y a la economía de los sectores populares. Si estaban en una zona en deterioro del centro de la ciudad, en vecindades que se estaban cayendo, teníamos un programa para comprar las vecindades, le venía muy bien tanto al dueño, que se liberaba de las rentas congeladas, como a la gente que se hacía de un terreno y se le financiaba la vivienda nueva o el mejoramiento de la existente.

Más adelante diseñamos un programa de vivienda rural, muy interesante porque en esa época había precios de garantía a los productores del campo. Si ellos producían café, por ejemplo, y les garantizaban el costo del saco, nosotros les prestábamos en montos equivalentes a sacos de café. Si el precio subía o bajaba, la amortización del préstamo se movía en esa misma proporción. Podía ser cualquier producto: maíz, trigo, lo que fuera. No se les cobraba cada mes, sino en tiempo de cosecha. Esas pequeñas cosas hacían la diferencia.

Financiábamos cooperativas, asociaciones civiles, ejidos. Los créditos eran colectivos a condición de que estuvieran organizados, aunque eso nos creó algunos problemas. Se trabajaba con los institutos estatales de vivienda porque ellos

tenían la tierra y nosotros podíamos financiar la vivienda. Funcionó muy bien y por eso creció tan rápido el programa. Ellos, al igual que las organizaciones sociales, recibían créditos colectivos, pero nos pagaban en una sola cuenta. En total hicimos 250 mil acciones de vivienda y las manejábamos con alrededor de 800 cuentas; así sabíamos perfectamente quiénes nos debían y cuando era necesario podíamos negociar con ellos, consiguiendo una recuperación de 93 por ciento. Ningún organismo público lo había conseguido.

Una vez establecido el sistema de crédito y su operación, ante la necesidad de tener mayor cercanía con las diferentes regiones del país, Roberto me nombró gerente de coordinación de delegaciones. Estuve a cargo de integrarlas, de negociar su instalación y de dar seguimiento a su operación.



En marzo de 1985, Roberto fue nombrado subsecretario de Desarrollo Urbano de la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología (SEDUE) y me propuso para sucederlo en la dirección. Una de las primeras actividades que realicé fue terminar las negociaciones para incrementar la capacidad financiera del Fonhapo, mediante un crédito que la Secretaría de Hacienda recibiría del Banco Mundial, el cual se nos canalizaría como capital semilla; no tendríamos que devolverlo, pero sí recuperarlo para amortizar.

Tuve que negociar con el Banco Mundial pues no querían que financiáramos tierra porque conocían la corrupción que había en México. Entonces les propusimos que por cada dólar que ellos pusieran, México pondría otro, y con ese dinero financiaríamos la tierra. Lo aceptaron. También querían que todo se licitara, pero les dijimos que gran parte de los proyectos financiados eran por autoproducción, con

constructores de sectores populares. El Banco Mundial nos dijo que si les demostrábamos que era más barato hacerlo así que con una constructora, lo aceptarían. Se los demostramos y lo aceptaron: los costos llegaban a ser hasta la mitad de lo que se manejaba en el mercado. La gente, además, ponía dinero propio, con lo cual les alcanzaba más que con el préstamo.

Tampoco querían que hubiera subsidios a los más pobres, pues ya estaba entrando el neoliberalismo. Les dijimos que en México teníamos 160 por ciento de inflación. El Infonavit, la mayor institución del sector, les prestaba a los trabajadores al cuatro por ciento anual. Cuando corrijan eso, les dijimos, aceptaremos no dar subsidio; porque los que más

lo necesitan son los que no acceden al Infonavit ni al Seguro Social, así que los subsidios eran absolutamente necesarios. Logramos que nos aceptaran subsidiar 50 por ciento de los proyectos, es decir, por cada dos casas recuperábamos una. Lo negociamos en un día. Fui con un funcionario de Hacienda y me di cuenta de que era posible negociar con el Banco Mundial. El representante que nos atendió tuvo la flexibilidad y el sentido común para aceptar nuestra propuesta.

El secretario de la SEDUE me decía en esos días que estábamos financiando a puros socialistas, que eran los integrantes de los movimientos urbanos, que debían entrar también los productores privados. Le respondí que podían entrar, pero tendrían que ajustarse a las reglas del Fonhapo, hechas bajo la lógica de la producción social. Entraron dos del sector privado: no les gustaba mucho, pero les generaba trabajo.

Estas son las cifras de lo que logramos: del total de acciones realizadas, 50 por ciento fue para quienes recibían

entre medio y un salario mínimo. El otro 50 por ciento fue para gente que percibía entre 1.5 y 2.5 veces el salario mí-

nimo. Ese era nuestro tope. Con el posterior deterioro del salario, ahora se necesita tres veces más ingreso para pagar la misma vivienda. Atendíamos predominantemente a no asalariados, pero también había asalariados, incluso gente del Infonavit, porque esforzándose podían tener una vivienda más rápido. Muchas mujeres fueron sujetos de crédito, algo totalmente nuevo. Se hicieron 250 mil acciones entre 1983 y 1988: 45 por ciento de vivienda progresiva; 24 por ciento de mejoramiento y 25 por ciento de lotes y servicios. Este último programa, que era para los más pobres, no me gustaba pues tenían que seguir pagando renta, pagar el crédito y ahorrar para construir su casa, así que acababan vendiéndolos.

Al final del sexenio, el monto total de financiamientos otorgados por el Fonhapo constituyó sólo 4.3 por ciento del total manejado por el Programa Nacional de Vivienda, atendiendo al 23 por ciento de las familias beneficiadas. Casi el mismo número que atendía el Infonavit con vivien-

da terminada en esos días.



Entonces caí de la cuerda floja. Fue en la época de los sismos. Heredamos como patrimonio el conjunto habitacional Nonoalco-Tlatelolco, que era de Banobras. El día del sismo, el 19 de septiembre de 1985, estaba en mi casa. Una semana antes había recibido a la gente del edificio Nuevo León, que estaba muy preocupada por un problema en los ductos de basura. También tenían miedo porque el edificio se seguía hundiendo a pesar de las recimentaciones. Los primeros en quienes pensé cuando empezó a temblar fue

en ellos. Cuando salí de la casa hacia el Fonhapo me dijeron que se había caído el edificio. Fue terrible. Fui para allá,

tenía que dar la cara. Estuve ese día con la gente, hubo muchos muertos y heridos.

Fue un sismo muy fuerte, las normas técnicas de la ciudad no eran las adecuadas para un sismo de esa magnitud.

Afectó sobre todo a edificios de 12 pisos y a las viejas vecindades del centro de la ciudad que ya estaban muy dañadas. Los medios de comunicación se concentraron en la caída del edificio Nuevo León y los culpables éramos nosotros por ser los dueños y administradores de Tlatelolco. El culpable principal era yo. En todos los periódicos echaron pestes de mí. Tuve que dar la cara, aunque apenas 15 días antes me habían confirmado en la dirección del Fonhapo.

El Secretario no se presentó sino hasta el domingo siguiente. Yo estaba en las oficinas del Fonhapo, en Tlatelolco. Llegó en su moto y con casco para que no lo reconocieran, a decirme: “No te preocupes Enrique, te metemos a la cárcel y pronto te sacamos”. Me opuse rotundamente. Le respondí que no era culpable, pues acababa de entrar como director.

Tlatelolco se había construido en 1958 y estábamos en 1985. Me mantuve muy firme. Le pedimos al despacho Colinas de Buen que hiciera un estudio de lo que había pasado en ese edificio. Aún lo conservo para cualquier día que se ofrezca. El resultado arrojó que para esa construcción el concreto especificado era de 210 kilogramos sobre centímetro cuadrado. Pero encontraron que le habían puesto de 400, de 140 y de otras resistencias. Había columnas y losas a las que les faltaban varillas. En conclusión, hubo falta de supervisión y mucha corrupción en la obra.

Otra situación fue que los edificios más esbeltos, los que están sobre Paseo de la Reforma, se levantaron sobre lo que fue la orilla del lago de Tenochtitlan, sobre un terreno fangoso, donde hay hundimientos. Por eso los edificios

tienen que monitorearse de forma permanente. El Nuevo León, que era un edificio muy largo con una parte asentada en suelo firme y otra en la zona del viejo lago, generó movimientos diferenciales al momento del sismo.

Al mismo tiempo en que me acusaban a mí, al arquitecto Mario Pani, autor del proyecto, le daban un premio en el Colegio de Arquitectos. Él tampoco era culpable, pero fue triste no recibir apoyo alguno de mi gremio. Fueron momentos muy duros, muy difíciles. De los peores de toda mi vida.



Días después, los dirigentes de las organizaciones de Tlatelolco me citaron para responder a un pliego de 19 puntos importantes. Me pidieron un encuentro en la Plaza de las Tres Culturas, pero dados los antecedentes del 68, no acepté. Les pedí que buscaran un lugar cerrado y solicité autorización en la secretaría para presentarme. No me la querían dar. Me pidieron consultar al delegado de la Cuauhtémoc, a quien nunca encontré. Finalmente, el subsecretario me informó, ya en mi camino a Tlatelolco, que me autorizaban a ir, pero me pidió que fuera lo más breve posible y me mandó un observador político. Nadie del Fonhapo se ofreció a acompañarme, la única que lo hizo fue Elena Solís, una compañera valiente a la que quiero mucho. El simple hecho de atender-

los fue significativo para ellos. Nos recibieron con aplausos. Contesté a los 19 puntos que me plantearon, aunque la mayor parte estaba fuera de mis atribuciones y así se los hice saber. Empezaron los reclamos, pero como lo había convenido con los dirigentes, y recordando la recomendación del subsecretario, terminada mi respuesta solicité retirarme. Los dirigentes me dijeron que estaban de acuerdo. Unos minutos antes de salir, llegó furiosa Elba Esther Gordillo, que era la diputada de ese distrito. Le dieron tremenda rechifla al entrar. Nunca se había parado ahí. Nadie quería cederle su lugar para sentarse, la ignoraron, sólo Elena Solís se paró y le dio el lugar. De inmediato me amenazó ya que ella había pedido ese lugar para reunirse con los priístas, y me acusaba de reunirme con los revoltosos. Al otro día los periódicos dijeron que la rechifla había sido para mí y los aplausos para ella. De todas estas experiencias entendí que si no eres parte del poder o de las lealtades partidarias y de grupo eres absolutamente vulnerable.

Días después, el presidente se reunió en Los Pinos con funcionarios y directores de los organismos de vivienda,

para discutir la estrategia a seguir. En un oficio se mencionaba lo que yo había dicho sobre las atribuciones del Fonhapo y se me liberó de la difícil negociación con los damnificados, por no tener el poder necesario para hacerlo. Ahí vi actuar a Carlos Salinas de Gortari, que era secretario de Programación y Presupuesto. La reunión fue con varios secretarios y con el regente de la ciudad, todos muy amables. Salinas sólo saludó al presidente y empezó a dar órdenes.

Por otro lado, las vecindades del centro de la ciudad se estaban cayendo, la gente salió a la calle con sus cosas para cuidar su lugar. Estábamos en una reunión con el secretario cuando llegó una manifestación de damnificados de las vecindades. Los trataron mal, lo cual no me gustó. Ellos

venían a ofrecerse para participar en la reconstrucción y traían propuestas muy sensatas para no ser expulsados de sus barrios, entre ellas la expropiación de los predios en que habitaban. Poco después entró un nuevo secretario, Manuel Camacho Solís, quien de inmediato abrió espacios para negociar con ellos. Finalmente el presidente aceptó hacer la expropiación para que la gente se quedara en los mismos predios que habitaban. En el Fonhapo hicimos una propuesta para recuperar las vecindades del centro, con base en los programas que ya habíamos instrumentado y en las experiencias iniciales de Copevi, pero el gobierno prefirió, por la magnitud y urgencia del problema, constituir un organismo especial, la Renovación Habitacional Popular (RHP). Nos dieron la responsabilidad de negociar con el Banco Mundial y de documentar su aplicación. Mandamos un equipo de primer nivel a la RHP a documentar los avances de obra y las solicitudes de fondos. Hubo una temporada en que logramos canalizar hasta un millón de

dólares diarios, al tiempo que mantuvimos creciendo nuestro programa del Fonhapo a nivel nacional.



El Fonhapo convocó, durante ese sexenio, a dos concursos nacionales de vivienda. El primero había sido cuando era director Roberto Eibenschutz, en 1984. El segundo fue en 1987. El presidente convocó a los organismos de vivienda, pues el de la construcción era de los pocos sectores que mantenía el movimiento económico en el país tras la crisis de 1982. Nos preguntó si podíamos hacer algo por el sector maderero y se me ocurrió hacer un concurso de viviendas de madera. Lanzamos la convocatoria, coordinada por Arturo Mier y Terán. El concurso tenía dos vertientes: una de vivienda nueva y otra de vivienda provisional para complementar los programas de lotes y servicios con un espacio habitable provisional que permitiera a los acreditados ocupar su terreno, aliviando su economía familiar.

Ese mismo año nombraron a Salinas de Gortari candidato del PRI a la presidencia. Días antes, me llamó Manuel Camacho Solís y me dijo: “Si sale el candidato que estamos pensando te vas a tener que ir, porque se colocará a uno de los hombres del próximo gobierno”. Le respondí que aunque no pertenecía a ningún partido, sí tenía postura política

y entendía el despido, pero que tenía un viaje comprometido a Argentina y que a mi regreso me pondría en contacto para conocer el resultado. Le avisé a Arturo Mier y Terán que nos iban a echar, que organizara la entrega y tuviera listo el informe final de lo que hicimos. Y efectivamente, recién llegado de Argentina, mientras inauguraba la exposición de las casas provisionales ganadoras del concurso en los Viveros, me hablaron para decirme que esa tarde era la entrega. Cuando llegué estaban varios secretarios de Estado y el regente de la ciudad. Les entregué el informe y el puesto, terminando así mi aventura en el gobierno.

En medio de todo esto hice un viaje muy importante a Berlín, en marzo de ese año, para hablar en un encuentro organizado por HIC, en ocasión del Año Internacional de los Sin Techo, que se realizaba en el Reichstag. Ahí me encontré con Diego Carrión, quien me preguntó si me gustaría competir por la secretaría general de ese organismo. Con la experiencia de lo que me había pasado, le comenté que quería quedarme en el Fonhapo un año para consolidarlo, pero que, estando en la cuerda floja, podría tal vez quedar fuera, por lo que me mantendría atento. Ese viaje a Alemania fue muy interesante. El amigo que organizó todo nos mostró que ya estaban trabajando ideas de integración urbana con arquitectos del otro lado del muro. Años más tarde, en 1989, cuando pude regresar, ya había caído el muro, pero aún tuve oportunidad de darle unos martillazos.

Para mí, la caída del muro tuvo un significado muy grande. Mi abuela era alemana y el tío Fritz, que había trabajado con mi papá en las minas, regresó poco antes de la guerra a Alemania porque a su mujer no le gustaba México. En Berlín perdió la vida en un bombardeo. Su mujer y su hijo, quien fue de los chiquillos que Hitler mandó a la guerra cuando tenía 13 años, quedaron separados por el muro.

Con ese recuerdo borroso, ver que cayera el muro fue muy impactante. Las implicaciones de la caída del muro fueron complejas, pues si bien tuvo aspectos positivos fundamentales, nivel macro, también fue un símbolo de los nuevos contrapesos en el mundo. El sistema del capital se adueñó de todo y marcó la pauta de lo que sucedería en el futuro. La caída del muro de Berlín marcó el nacimiento del neoliberalismo y el fortalecimiento del capitalismo.

Esta etapa también estuvo llena de aprendizajes. Ante todo aprendí que es posible, en coyunturas adecuadas y estando alertas, experimentar nuevas formas de gestión

Confianza en la innovación y rechazo a la burocratización; confianza en que no todo tiene que volverse norma y ser rígido, porque la flexibilidad genera entusiasmo y compromiso del grupo que impulsa el proyecto, al tiempo que le abre nuevas perspectivas.

pública, que van más allá de lo que se considera como posible. Estas coyunturas requieren equipos profesionales capacitados, dispuestos a ensayar y empujar lo nuevo. Me pasó en la SAHOP y en el Fonhapo.

Hago una reflexión de lo que logramos: confianza y apoyo de las autoridades, a la vez que convicciones firmes; capacidad de concretar las propuestas en instrumentos operativos; confianza en la innovación y rechazo a la burocratización; confianza en que no todo tiene que volverse norma y ser rígido, porque la flexibilidad genera entusiasmo y compromiso del grupo que impulsa el proyecto, al tiempo que le abre nuevas perspectivas.

A finales de 1987 me volvió a llamar Manuel Camacho

Solís para ofrecerme un puesto de asesor, pero le dije que ya tenía otra opción. Me preguntó en qué me podía apoyar que no fuera dinero. Le pedí una carta en la que se dijera que no sería visto con malos ojos que se instalara el secretariado de HIC en México. También le pedí una carta a Víctor Flores Olea, subsecretario para Asuntos Multilaterales de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Competí entonces por dicho secretariado.

Así que me puse a repasar mi inglés y me instalé en la sede de la organización Opciones, en un pequeño cuarto que me prestó Gustavo Esteva, con quien había participado en el consejo de la Sociedad Mexicana de Planificación, que él presidía.



Entrega de viviendas financiadas por el Fonhapo en El Mezcalito, Colima, México, 1985.

Roberto Eibenschutz

La cualidad que más admiro de Enrique es su capacidad para referirse a los temas más profundos con las palabras más sencillas, pues logra transmitir no sólo información y conocimientos valiosos, sino sentimientos, convicciones filosóficas y posicionamientos políticos, que han madurado a lo largo del tiempo para convertirlo en un referente público de congruencia y claridad; en un momento en que los valores sociales pierden presencia y enfrentamos un modelo de desarrollo ajeno a nuestra historia, centrado en la competencia y la individualidad, que atropella e ignora a la sociedad y pretende borrar los vínculos comunitarios.

Enrique logra expresarlo sin perder el sentido del humor: es capaz de dar los argumentos más fuertes y de enfrentar las posiciones más autoritarias con una sonrisa en la boca, sin perder la tranquilidad y sin recurrir a la ofensa o a la descalificación.

Enrique es un ser extraño; no pretende ser un líder político, sin embargo he visto cómo la gente lo sigue y cree en su palabra y cómo su prestigio crece dentro y fuera de México. Tampoco es un académico pero sus ideas han formado escuela, se han arraigado en quienes creen en el Derecho a la Ciudad y a la Vivienda y han abierto caminos de esperanza para muchos. Hace

muchos años dejó de ser arquitecto, pero aún se indigna ante la imposición de técnicas y soluciones de vivienda que ignoran la forma de vida de los habitantes, las condiciones de la naturaleza y la sensibilidad estética de los pobladores.

Conocí a Enrique en 1957, en la entonces Escuela Nacional de Arquitectura de la UNAM, pero fue hasta fines de los sesenta cuando coincidimos en una serie de situaciones que abrieron espacios a quienes compartíamos inquietudes sociales desde nuestra formación como arquitectos; empezamos así un vínculo que a lo largo de los años se ha fortalecido: el nacimiento de Copevi, la creación del autogobierno, la primera maestría en urbanismo en la UNAM, el movimiento estudiantil del 68, el Instituto de Acción Social e Integración Urbana (Auris), en el Estado de México, la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), la Sociedad Mexicana de Planificación (SMP), la primera secretaría dedicada a los temas urbanos, la SAHOP y finalmente el Fonhapo, donde me costó mucho trabajo convencer a Enrique de que su formación en vivienda era indispensable para dar rumbo a la institución, pero lo logré y compartimos así una experiencia de gran intensidad que nos permitió innovar y demostrar que se puede trabajar con rigor académico y honestidad intelectual, con grupos sociales organizados, ofreciendo opciones reales a escala masiva para la población de menores recursos. A partir de entonces, aunque no hemos vuelto a compartir directamente responsabilidades laborales, hemos creado una relación que nos identifica,

que trasciende las coincidencias profesionales y aun las inquietudes sociales para construir una amistad de la cual yo he sido el más beneficiado.

Elena Solís Pérez

Hace más de 35 años que abrego de los conocimientos de Enrique. Ha sido un maestro generoso y paciente para compartirme sus saberes; una fuente de inspiración por su compromiso con las causas populares. Nos conocimos cuando ambos trabajamos en la administración pública federal, él donde se diseñaba la política habitacional y yo en un organismo operativo. Desde entonces compartimos nuestra pasión y nuestros esfuerzos para que la producción social de vivienda sea reconocida y apoyada. Algunas veces trabajando juntos, otras separados, pero siempre arando en el mismo sentido. Durante estos años tuvimos momentos difíciles y afortunadamente otros luminosos, pero el día que más recuerdo fue uno muy turbulento en el que se puso a prueba su congruencia.

Enrique asumió la dirección del Fonhapo poco antes del sismo de 1985. Tiempos difíciles aquellos: el Fideicomiso administraba Tlatelolco, varios edificios se dañaron y muy lamentablemente murieron numerosos residentes. Nos tildaban de asesinos. Ante la parálisis del gobierno, las organizaciones de residentes del conjunto pidieron a Enrique gestionar un diálogo público con las autoridades. Propusieron la Plaza de las Tres Culturas, pero Enrique sugirió hacerlo en un auditorio. Las autoridades no fijaron ni día ni hora: lo



hicieron los líderes, quienes se comprometieron a garantizar la seguridad de los funcionarios. El día del evento acompañé a Enrique a la Subsecretaría de Vivienda para saber quién de ahí acudiría. Después de varias horas le comunicaron que él los representaría; sólo eso, no tenían propuestas. En un auditorio repleto, Enrique escuchó e hizo preguntas para poder comprender las peticiones. Cuando sorpresivamente Elba Esther Gordillo, diputada de ese distrito, llegó, los líderes la ignoraron, así que ella nos amenazó con denunciarnos en la Secretaría de Gobernación porque, alegaba, ella debía haber sido el conducto de concertación. Al concluir el encuentro, gente del subsecretario, que había asistido de manera encubierta, felicitó a Enrique. Lo esperaba el Delegado de Cuauhtémoc para contrastar impresiones. El secretario de Gobernación llamó a Enrique para reprenderlo. Salimos de madrugada, no habíamos comido, tampoco lo apetecíamos, el sistema nos provocó asco. Sin embargo, Enrique salió adelante, por su sensibilidad para escuchar y abrir cauces de entendimiento, pero sobre todo porque las organizaciones lo reconocen por su vida de congruencia y compromiso.



1 Foro técnico del Sela. De izquierda a derecha: EOF presidente del comité, José Ramírez Oelrich, Gregorio Valner, Pedro Ramírez Vázquez, Manuel Grubel, Francisco Covarrubias y Manuel Velázquez de la Parra, Nicaragua, 9 de julio de 1979.

2 Ofrecimiento de apoyo del CAVES para la reconstrucción de Nicaragua, durante el triunfo de la Revolución Sandinista. EOF con Daniel Ortega y Manuel Grubel, Nicaragua, 1979.



3 Reunión constitutiva de la Olavi. De izquierda a derecha: Martha Schteingart, Guillermo Bistrain y EOF. Quito, Ecuador, 16 de enero de 1982.

4 Firma de convenio con el Instituto de Vivienda de Guerrero. De izquierda a derecha: EOF, Ramón Sotres, director del Instituto de Vivienda y el gobernador Alejandro Cervantes, Guerrero, México, 1985.

Tras esta reunión, se realizó el encuentro de HIC en Berlín donde se exhibieron 20 carteles con los casos documentados más relevantes, entre los que se encontraban las cooperativas de Palo Alto y la Guerrero. En marzo de 1988 me nombraron secretario general de la Coalición. Me notificaron que habían decidido instalar la oficina en México y me dijeron cuál sería el monto de mi sueldo: pero debía buscármelo yo mismo porque no había dinero. Terminaba el sexenio de Miguel de la Madrid y comenzaba el de Salinas de Gortari. Tenía 51 años.

Cuando iniciaba mi trabajo recibí un contrato de asesoría que me envió Manuel Camacho Solís. Les recordé que había decidido no permanecer en el gobierno, pero me indicaron que era para apoyarme en lo que estaba haciendo.

Con este pequeño fondo, pude contratar a Mary Williams, mi primera y única asistente en esos días.

Fue muy importante buscar la posibilidad de abrirnos al mundo, en el momento en que en México iniciaba el gobierno de Salinas de Gortari, alguien bastante alejado de nuestros planteamientos. Nunca le vi muchas posibilidades, y eso se comprobó cuatro años después, cuando realizó en Los Pinos una reunión sobre fomento y regulación de la vivienda. Impulsó su producción desde la iniciativa privada, cancelando así la producción pública e ignorando la social, que era la que nos interesaba. Todo lo relacionado con vivienda pasó al sector privado. Fue la vertiente que tomó fuerza y que prevalece hasta la fecha.

Mi primer contacto con los miembros de HIC fue a través Barry Pinsky, quien me introdujo al mundo de la institución y con sus miembros canadienses. Viajé después a Europa, acompañado por Quique, mi hijo, quien me ayudó en todo, pues andaba yo de bastón y mal de una rodilla. En Holanda

nos acogieron Han van Putten y Anneke, su esposa. Han me dio pistas de cómo manejaban la institución. Viajé tam-

bién a Londres para ver al presidente de la organización, que en ese momento era David Hall. Visitamos también a Eike Schütz, en Alemania, para buscar el apoyo de Misereor.

Un año después, en 1989, asistí a mi primera reunión de consejo en Cartagena, Colombia. Se abrió un debate en el que nos costó mucho sintonizarnos porque todos veníamos de culturas diferentes. Fue un principio difícil pero vital y muy importante para mí. Entendí por qué Naciones Unidas maneja un inglés que no enamora a nadie. En HIC, con nuestro mal inglés africano, asiático y latinoamericano, todo se expresa sin formalismos, desde la manera de ser y de comunicarse de cada cultura, lo que de manera irónica sinteticé después en la siguiente frase: los europeos escriben,

los latinoamericanos hablan y los asiáticos no escriben ni hablan, hacen; los africanos, por su parte, de plano mandan señales de humo o, si te contestan lo hacen en tres renglones a una hoja llena de preguntas.

Poco a poco aprendimos a no enojarnos y a comunicarnos desde nuestras diferencias. El objetivo común era incidir y trabajar para sectores de la población que estaban sufriendo condiciones de hábitat muy precarias o que estaban sin techo. Se trataba de colaborar con ellos a nivel mundial y por sus intereses, desde una perspectiva de derechos humanos, no asistencialista (pues ni dinero teníamos), siempre considerando que en nuestros pueblos hay una enorme energía, habilidades y sabiduría.

Desde el principio se organizó un grupo que trabajó la cuestión de género. El tema de la mujer estaba muy presente; en lugar de tener una representante en el consejo, había tres, para destacar la importancia del tema. Después se formó un grupo de ambiente y hábitat.

La Coalición funcionaba en todo el mundo. En Asia y en América Latina había grupos muy fuertes. Empezó a abrirse

El objetivo común era incidir y trabajar para sectores de la población que estaban sufriendo condiciones de hábitat muy precarias o que estaban sin techo.

un poco a temas que no eran solamente de derechos humanos, aunque éstos seguían siendo su eje principal. La parte de medio ambiente tomó relevancia también en 1992, con la Cumbre de la Tierra.

Como expliqué antes, la caída del muro de Berlín y la entrada del neoliberalismo trajeron muchos cambios, los cuales también propiciaron, en particular, que se exacerbaban en el mundo las acciones violentas referidas al hábitat. Se incrementaron los desalojos y los desplazamientos forzados, situación que es aún más grave actualmente. Los despojos de los bienes comunes en el campo aumentaron y, además, la concentración de la riqueza se empezó a hacer cada vez más grande, generando más pobreza y desigualdades. Toda esta situación nos llevó a tomar conciencia y a emprender acciones para enfrentar dicha tendencia.

Por ello, en ese periodo, durante el tiempo que fui secretario general, organizamos también misiones de verificación de hechos, que se hacen cuando hay violaciones graves a los derechos humanos. Participé en nueve de ellas. La primera fue en Santo Domingo, República Dominicana. Para conmemorar los 500 años de la llegada de Colón a esta isla, al presidente de ese país se le ocurrió construir un Faro en

su honor y desalojar a 170 mil personas, incluyendo a gente que tenía una vivienda consolidada. Les dió lotes marcados con raya de cal, muchos de ellos tras los tiraderos de basura. Alejandro Florián Borbón, compañero colombiano muy querido y muy joven en aquellos días, estaba participando en la documentación del caso. En la misión organizada por HIC nos tocó visitar una comunidad asentada a orillas del río Ozama, a la cual querían desalojar con el argumento de que contaminaba el río, pero la principal contaminación venía de una industria que estaba más arriba. También argumentaban que la comunidad no contaba con la infraes-

tructura sanitaria necesaria (dado que el gobierno no se las había facilitado). Denunciamos el caso ante Naciones Unidas y éste organismo emitió la primera recomendación a un gobierno por violación grave a los derechos humanos vinculados con la vivienda.

En 1990 se hizo otra misión, organizada por nuestra sección de Asia, en ese momento llamada Coalición Asiática por el Derecho a la Vivienda. Hubo dos visitas, una a Seúl y otra a Hong Kong. En Seúl, con motivo de las olimpiadas de 1988, habían desalojado de sus viviendas a casi 700 mil personas, demoliendo sus casas y construyendo altos edificios en los que la gente no podía vivir porque no tenía para pagarlos. Muchos desplazados se vieron forzados a vivir en invernaderos, cuando en el invierno hay temperaturas hasta de menos 20 grados centígrados. En la organización de las olimpiadas y los campeonatos de fútbol siempre se termina desalojando a mucha gente. Lo constatamos en Corea del Sur, en Sudáfrica, en Atlanta y recientemente en Brasil.

En Hong Kong continuó la misión; vimos a la gente viviendo en condiciones de precariedad, en barcos y en jaulas tamaño litera. Nos tocó el caso de un viejo y de su hijo, migrantes de China continental, que vivían en jaulas y acababan

de ser desalojados. Por quién sabe qué normativa los querían separar. Ambos lloraban desconsolados. Vimos también el caso de otro viejo que había perdido a su esposa y la autoridad le había enviado a un desconocido para vivir con él, argumentando que los departamentos eran para dos personas.

Otra misión fue a Panamá; cuando Estados Unidos invadió este país para arrestar a Noriega, destruyeron muchas casas en el tradicional barrio de El Chorrillo, y mucha gente se quedó sin casa. Entonces el gobierno de Estados Unidos, al que siempre le entra la culpa por sus atrocidades, le dio dinero al gobierno panameño para que reconstruyera,

pero éste, actuando mal, trasladó a muchas de las familias a 30 kilómetros del barrio, a viviendas infames de 13 metros cuadrados. Denunciamos el caso ante el Comité de Derechos Económicos, Sociales y Culturales de Naciones Unidas y, a instancias de uno de sus miembros, el mexicano Javier Wimer, se organizó una misión especial a la que fui invitado para verificar lo que sucedía y entrevistar tanto a los damnificados como al gobierno, con el fin de que adecuaran sus políticas a los estándares internacionales de derechos humanos.

En 1993 visitamos Israel para documentar lo que sucedía en los territorios ocupados y en las comunidades palestinas. Vimos cosas impresionantes en materia de vivienda. Por

ejemplo, se había dado la primera intifada y a los chiquillos que tiraban una piedra a los tanques israelíes se les detenía, se les preguntaba dónde estaba su cuarto y lo sellaban. A veces hasta sellaban toda la casa. Nos tocó ver a familias dueñas de una buena casa viviendo en una tienda de campaña en medio de su patio. En algunos casos obligaban a la gente a tirar su propia casa. Nos tocó ver la expansión de las colonias israelíes. Vimos en Nazareth cómo construían las casas, casi como cayéndose, desde arriba hacia abajo del cerro sobre el territorio de esta comunidad palestina; hubo también pueblos palestinos por los que los israelíes hacían pasar un camino, pero no daban posibilidad de cruzar de un lado a otro.

En 1992 tuvimos una reunión del consejo de HIC en Túnez. Fue ahí donde empezamos a trabajar el Derecho a la Ciudad. Yasser Arafat estaba exiliado ahí y fuimos a pedirle autorización para viajar a los territorios ocupados. Acababa de sufrir un accidente aéreo mientras volaba en una tormenta de arena en el desierto. Al saber que se iban a estrellar,

por falta de gasolina, a Arafat lo amarraron y envolvieron con cojines y cobijas. Entiendo que fue el único sobreviviente.

Sin embargo, nos dimos cuenta que estas mismas cosas pasaban en todas partes, pues son fruto de un problema del sistema hegemónico mundial que concibe el hábitat humano como una mercancía, con un desprecio total hacia la gente.

tomar conciencia, les conté algunas historias de la reconstrucción de la Ciudad de México, pero nuestros argumentos no encontraron eco. Se redactó un informe y unas recomendaciones y el proceso quedó en manos de nuestra contraparte japonesa; a un año del sismo no se había reconstruido ninguna de las 82 mil viviendas incluidas en su plan.

Sin embargo, nos dimos cuenta que estas mismas cosas pasaban en todas partes, pues son fruto de un problema del sistema hegemónico mundial que concibe el hábitat humano como una mercancía, con un desprecio total hacia la gente.

Trabajamos asimismo en las violaciones a los derechos humanos, ahora en la construcción de presas. Joe Schechla, coordinador del Programa de derechos humanos a la vivienda y a la tierra de HIC, analizó los impactos sociales de la presa Narmada, en la India; mientras tanto, en México trabajamos con las comunidades afectadas por una presa que se pretendía construir en el Alto Balsas.

Una constante en todos los casos fue contar con la participación organizada de la gente: sin esa condición no nos involucrábamos. La gente debía asumir la responsabilidad de llevar el proceso y denunciarlo ante las Naciones Unidas. Nosotros, de ser apoyo y canal de comunicación. Actualmente,

los procesos se han vuelto mucho más difíciles, porque la dimensión de los despojos y de los megaproyectos son brutales.

Al vivir todas estas experiencias me fui dando cuenta de que en cuestión de derechos humanos no se trata únicamente de denunciar violaciones, sino de que hay otras dos vertientes muy importantes que es fundamental demandar. La primera es el reconocimiento amplio de los derechos, no sólo en las constituciones, sino también en los diferentes instrumentos legales y operativos del Estado. La segunda es que la gente no lucha para tener un derecho es-

Ver a Arafat nos ayudó a entender lo que estaba pasando dentro. Nos contó varias historias sobre sus motivos para luchar, y nos apoyó en la realización de la visita. Al hacerla, encontramos también cosas hermosas, como judíos que no estaban de acuerdo con lo que pasaba y trabajan para lograr la convivencia. Visitamos también los asentamientos de beduinos, quienes eran obligados a dejarlos para ser instalados como mano de obra cerca de las zonas industriales; ellos se oponían, pues eran pastores. Para forzarlos, les prohibían ampliar o construir nuevas viviendas. Más adelante regresé, en una segunda misión, para fortalecer la alianza entre movimientos palestinos y dar seguimiento a una lucha que desgraciadamente aún no termina.

Otra de las misiones más importantes en las que participé fue la de Kobe, Japón. El gran terremoto Hanshin-Awaji, similar en magnitud y destrozos al de 1985 en México, que sucedió en 1995, afectó muy fuerte todas las zonas, sobre todo la central, que era un área productora artesanal de zapatos, como Tepito. El gobierno de Japón construyó viviendas provisionales de buena calidad, pero no tuvo ninguna consideración con la gente, pues la separaba de sus comunidades, vecinos y familiares. El gobierno japonés no permitió la organización social. Nos tocó ver cómo en un mismo edificio instalaron a los ancianos en un piso y a los discapacitados en el de abajo, lejos de sus familiares. Sucedian cosas terribles, como la de un hombre que murió dentro de uno de estos edificios y hasta que apostó el piso, nadie se había dado cuenta.

El único campamento organizado que conocimos había tomado un parque, pero tenía una fuerza muy relativa. Documentamos todo y hablamos con las autoridades. Nos

respondieron que querían un gran proyecto urbano, pero la gente no sería tomada en cuenta. Tratamos de hacerles

tablecido en la Constitución, sino para tener una vivienda para sus hijos, y por eso la producción de vivienda adecuada es muy importante.

El tema fundamental que habíamos trabajado era el de la producción social de vivienda como una opción diferente a la producción de mercado, que está en la lógica del dinero. En la producción social valoras el trabajo de la gente, no el capital. Por supuesto que se necesita dinero, pero no es para obtener rentabilidad. En la producción social, los participantes controlan sus propios procesos habitacionales, pero deben contar para ello con la asesoría integral y con el apoyo del Estado. Esta ideología la hemos promovido a nivel nacional e internacional, como una opción transformadora que genera autonomía para las comunidades, donde éstas son el sujeto y no el objeto de la intervención. Estas tres claves las hemos trabajado en HIC y de alguna manera complementan las tres obligaciones que Naciones Unidas exige a los Estados. La primera es que a nadie se le puede criminalizar por defender sus derechos humanos. La segunda es protegerlos, en caso de que haya violaciones y la tercera es garantizar a todos su plena realización.

Dicho reconocimiento nos obligaba a trabajar activamente en todas las dimensiones: la incidencia política tanto en los niveles local, regional, nacional e internacional, así como con los diferentes niveles de gobierno. Tratamos de fomentar experiencias transformadoras en la producción y la gestión social del hábitat, que es como les llamamos actualmente. La tarea es difundir estas experiencias, sistematizarlas y conceptualizarlas; detectar casos interesantes que apunten a esta perspectiva, hacer estudios que orienten y sistematicen estas situaciones, explicando cómo se han dado en los distintos países, y articulando estas experiencias para que se conozcan entre ellas y se potencien.

HIC es una organización de organizaciones, no de individuos. Actualmente agrupa a más de 300 organizaciones de diversos tipos en 110 países. Siempre me he opuesto a que nos consideremos una institución que trabaja para ofrecer algo valioso a sus miembros, porque ante todo, estamos para apoyar a aquellos que luchan por sus derechos y sufren los problemas.

Al final de mi periodo en la secretaría, durante la entrega en Sudáfrica, pudimos definir una estrategia sencilla de tres puntos: primero, fortalecer los procesos sociales y apoyar a los miembros en sus luchas, vinculándolos para que tengan la asesoría necesaria, acceso a los canales de comunicación y enlace con los organismos internacionales; segundo, incidir en las políticas públicas, en el diseño de los instrumentos y los programas que permitan el acceso de los sectores populares a un hábitat digno, al tiempo que abran espacios a su participación al nivel más alto posible; tercero, el fortalecimiento propio. No se puede apoyar a nadie siendo una organización débil. No buscamos tener muchos miembros, preferimos que los que hay estén organizados y que compartan la visión, la estrategia y los objetivos de la Coalición. También buscamos desarrollar nuestra capacidad para tejer alianzas con otras redes y organizaciones, con la intención tanto de fortalecer la conciencia social sobre el origen de los problemas, como de tener mayor fuerza para enfrentarlos.

En HIC nos mantenemos unidos a partir de una estrategia muy sencilla, que se hace compleja al aplicarla porque hay temas muy diversos y múltiples actividades. Gestionar la complejidad requiere estrategias muy claras, las tácticas son las que pueden ser diversas. Yo siempre digo que “Si hay que matar pulgas, que cada quien las mate a su manera: la estrategia es matar pulgas”.

español, que se llama *Construyendo la ciudad con la gente. Nuevas tendencias en la colaboración entre las iniciativas comunitarias y los gobiernos locales*. Tanto en estos dos proyectos como en la documentación de casos de Producción Social de Vivienda que realizamos como contribución al proceso de Hábitat II, en 1995, nuestro compañero Joël Audefroy cumplió un papel determinante tanto en el apoyo a la coordinación como en la sistematización, edición y publicación del material aportado por nuestros miembros.

Dos eventos en los que trabajamos mucho a escala internacional fueron la mencionada Cumbre de la Tierra, enfocada a la sustentabilidad y al medio ambiente, y la segunda Conferencia de las Naciones Unidas sobre Asentamientos Humanos (Hábitat II). La primera se realizó en Río de Janeiro, Brasil, en 1992, y la segunda en Estambul, Turquía, en 1996. En esta última, que terminó siendo la Cumbre de las Ciudades, se olvidaron del campo. Esto implica que cada vez se concentra más el interés en las ciudades: por sus posibilidades de negocio y sobre todo por el manejo de las estrategias de globalización económica que las corporaciones poderosas y el capital financiero internacional controlan crecientemente. En el campo se quiere desaparecer

al campesino, privatizar los bienes e implantar la economía verde, que busca convertir a la naturaleza en capital apropiable y disputable, como último reducto de la acumulación y como posibilidad para aplazar la caída de un sistema en decadencia.

En Hábitat II, aunque hubo un proceso preparatorio amplio, tuvimos muchas frustraciones. Pretendíamos ampliar los alcances de Hábitat I y avanzar en la implementación del Derecho a la Vivienda. Sin embargo, en el segundo comité preparatorio, realizado en Nairobi, Kenia, Estados Unidos llegó con el cuento de que el Derecho a la Vivienda no



Durante estos once años la defensa por el Derecho a la Vivienda nos llevó a reivindicar otros derechos. Por ejemplo, el Derecho al Agua, que es tema fundamental en el campo, donde la gente es despojada tanto de sus fuentes de agua como de su gestión comunitaria, y tema fundamental en la ciudad, por la distribución inequitativa, la escasez y el desperdicio. En ambos casos, por el impacto de los macroproyectos.

El Derecho a la Tierra también es esencial y se debería estar trabajando, dado que Naciones Unidas aún no lo reconoce. El Derecho a la Ciudad, como dije antes, lo empezamos a trabajar en 1992, en el encuentro interno en Túnez. Luego llevamos el tema a la Cumbre de la Tierra, ese mismo año, donde junto al Frente Continental de Organizaciones Comunes (FCOC), y al Fórum Nacional de Reforma Urbana (FNRU) de Brasil, formulamos el *Tratado sobre ciudades, pueblos y villas justos, democráticos y sustentables*.

Recientemente hemos tomado conciencia de que no basta con el Derecho a la Vivienda y al Agua, ni con el Derecho a la Ciudad, sino que es necesario actuar en defensa de los bienes comunes y de los territorios. Hemos ido de abajo hacia arriba, de lo más sencillo a lo más complejo. Para ello hemos hecho varios proyectos. Entre 1993 y 1995 trabajamos uno muy interesante, derivado de la Cumbre de la Tierra, sobre tecnologías sustentables de agua y saneamiento con 52 casos de África, Asia y América Latina. Este proyecto lo apoyó el fondo Life, del PNUD. Después hicimos otro en el campo de la incidencia: 32 estudios de caso en 30 países, con el tema de cooperación gobierno-ONG, que fue

financiado por el gobierno de Holanda. Como consecuencia de esa investigación se publicó un libro, en inglés y en

existía, que estaba subordinado al derecho a un nivel de vida adecuado y que era una responsabilidad personal resolverlo. Muchos se lo creyeron, entre ellos el embajador de México, a quien le pregunté si ya habían eliminado de nuestra Constitución el Derecho a la Vivienda. Trabajamos mucho con los parlamentarios durante dos años para que permaneciera el Derecho a la Vivienda en la Agenda Hábitat (que es la agenda consensada por los gobiernos para orientar sus políticas públicas). Logramos juntar 600 mil firmas a nivel mundial para apoyarlo.

No obstante, el proceso preparatorio de Hábitat II fue muy interesante porque Naciones Unidas promovió la creación de comités nacionales integrados por todos los actores y no sólo por los gobiernos. En México se hizo y participé en ese comité nacional. Me alegro ver la contribución de las organizaciones civiles, no solamente en el evento alterno, sino también su presencia en la conferencia oficial a través de los comités nacionales. Cuando en Estambul se discutió el Derecho a la Vivienda, hubo seis miembros de nuestra Coalición que, junto a su respectiva representación gubernamental, defendieron la inclusión de éste y de otros derechos, dejando solos a Estados Unidos y a Japón.

Durante una reunión en Sudáfrica, a Alejandro Florián Borbón y a mí se nos ocurrió proponer a los miembros que asistirían a Estambul llevar pendones con algún mensaje que consideraran importante y el logotipo de su organización. Alejandro les envió instrucciones para que tuvieran el mismo tamaño y así poder unirlos. Llegaron muchos y con ellos hicimos una gran bandera con la que marchamos por el puente Gálata hacia la reunión oficial de Naciones Unidas. La marcha estaba encabezada por Superbarrio (un personaje político y mediático que defiende los derechos de los pobladores que tienen carencias de vivienda y sufren

violencia por ello) y Superpinei (su émula femenina, una mujer filipina flaquita y pequeña). Nos detuvo la policía a mitad del puente, no nos dejaban pasar. Le preguntaron a Superbarrio cómo había llegado ahí y les contestó que volando. También le preguntaron su nombre y él contestó que era Superbarrio Gómez. La policía anotaba todo. Fue muy divertido, aunque finalmente nos impidieron pasar.

No todo fue marchar: también presentamos en Estambul una exposición muy motivante, promovida desde Ecuador por Diego Carrión, que se llamó *Una ciudad para la vida*, en la que se presentaban experiencias de toda América Latina en producción y gestión social del hábitat. La muestra recorrió después varios países. En México fue exhibida en la sala

José Luis Benlliure, de la Facultad de Arquitectura. Asimismo hubo muchas ocurrencias en Estambul, como la de Gustavo Río Frío, compañero de Perú, quien planteó que Superbarrio debía entregar en la reunión oficial el documento que produjo el grupo latinoamericano en el foro no gubernamental. Con los antecedentes del puente Gálata, entró vestido formalmente pero en su portafolio llevaba el atuendo de Superbarrio, se metió al baño, se cambió y entró al evento. La policía, sorprendida, intentó detenerlo, pero en ese momento salió el ministro de Cooperación de Holanda, ya apalabrado por Gustavo Río Frío para recibir el documento, saludando formalmente a Superbarrio. Hay unas fotos fantásticas en las que se les ve hablando, uno vestido de ministro y otro enmascarado, con su calzón amarillo arriba de los pantalones.

Unos años después, en 1997, hubo una reunión de Naciones Unidas en Nairobi, Kenia, donde se empezó a retroceder en el proceso. Citaron a las ONG para hablar sobre la

implementación de la Agenda Hábitat desde nuestra perspectiva. Estuvimos presentes y preparados, pero sólo apare-

ció el responsable gubernamental de coordinar la reunión, que era el representante de México, o sea que viajamos hasta allá solo para vernos en el espejo. A partir de ese año nunca volvió a haber reuniones formales de los gobiernos con la sociedad civil. Ahora se reúnen cada dos años en un comité de 53 países que define las estrategias oficiales y, en los años intermedios, en el Foro Urbano Mundial, el cual se ha convertido, cada vez más, en una feria multitudinaria sin muchas posibilidades para que las organizaciones de base interactúen con los gobiernos e incidan en sus decisiones.

Algo bueno, sin embargo, de Hábitat II, fue que nuestros planteamientos quedaron muy bien afianzados para poder seguir adelante. Finalmente la Agenda Hábitat no trascendió

mayormente, pero nosotros seguimos trabajando, publicamos un prontuario con los temas de interés para HIC, sacados de la Agenda, y otro con los principales documentos y planteamientos desarrollados durante todo ese proceso.



En aquellos años sucedió un acontecimiento también significativo y transformador para mí. El 31 de diciembre de 1993 estaba con mi familia en Cuernavaca; paseando el último día del año con una comadre que vino de Monterrey, fuimos a conocer el sitio donde mataron a Emiliano Zapata, en Chinameca. Había una exposición de periódicos de la época que decían de él cosas terribles. Después nos detuvimos a tomar un refresco y al dueño de la tiendita, una persona mayor, le pregunté sobre el impacto de la lucha de Zapata en la vida de su pueblo. Él me respondió: “Ahora necesitaríamos otro Zapata, no ha pasado nada, seguimos

igual de pobres”. Luego fuimos a Anenecuilco y después de recorrer el museo escribí unas frases, en palabras que ya no

Me conmovió profundamente que el grito de ¡ya basta! proviniera de las comunidades indígenas contactadas por mí 30 años atrás, cuando había realizado mi tesis. Me impactaron mucho sus planteamientos, la reivindicación que hicieron de su dignidad como personas y como pueblo indígena.

recuerdo, inspiradas en lo que me había dicho el tendero de Chinameca. Esa misma noche se levantaron los zapatistas, mientras nosotros recibíamos el año nuevo cenando con Jean Robert y Sylvia Marcos, destacados pensadores comprometidos con los procesos sociales y de formación. Tres días después me enteré de lo que había pasado el primero de enero en Chiapas.

Me conmovió profundamente que el grito de ¡ya basta! proviniera de las comunidades indígenas contactadas por mí 30 años atrás, cuando había realizado mi tesis. Me impactaron mucho sus planteamientos, la reivindicación que hicieron de su dignidad como personas y como pueblo indígena. Las frases que definen su visión de futuro me parecieron profundas y transformadoras.

La frase “mandar obedeciendo” no puede ser más clara sobre las aspiraciones que orientan cotidianamente nuestro trabajo. Habla del pueblo sujeto de su propia transformación y del papel subordinado del ser vicio público.

“Para todos todo” pone al frente la justicia, la igualdad, el uso equitativo y responsable de los bienes comunes y de los recursos, e implica también responsabilidad planetaria e histórica hacia los que vienen.

“Para nosotros nada” no es sacrificio ni humilde entrega, más bien contradice el “para mí todo lo que se pueda”, la competencia y el avasallamiento. Habla de solidaridad, de gratuidad, de compartir, del verdadero significado de la compasión.

Finalmente “un mundo en el que quepan todos los mundos” nos habla de inclusión, de respeto a la diversidad, de entender que vamos juntos en la misma nave y que podemos llegar a buenos puertos si superamos nuestras diferencias, o hundirnos en la tormenta de nuestras ambiciones y conflictos. Nos hace parte del cosmos y responsables de nuestro planeta.



Ésta es la versión ética y utópica del planteamiento original zapatista que, ante las contradicciones ideológicas actuales y los intereses encontrados, cambiaron por “un mundo en el que quepan muchos mundos”.

En agosto de 1994, cuando convocaron a su Convención Nacional Democrática, tuve dudas sobre si acudir o no, pues como masas informes nos movemos por modas, y de ello eran conscientes los zapatistas, pues pidieron que cada quien desde su lugar luchara por los cambios. Me animó Georgina Sandoval y acabamos sumándonos a la multitud entusiasta. Salimos de San Cristóbal en la caravana de autobuses. Nos tocó viajar en el autobús 33. Llegamos a la selva en la noche, pero hubo gente que llegó hasta el día siguiente, porque si se descomponía un autobús los demás ya no podían seguir, debido a que los caminos para llegar a Guadalupe Tepeyac eran muy estrechos.

Me instalé en mi pequeña tienda y al otro día, como todos, esperé a que salieran los zapatistas, pero no aparecían. Entretanto me enfrenté a dos hechos que en ese contexto me parecieron mágicos. Uno fue reencontrarme con los caracoles. Las instalaciones de Guadalupe Tepeyac tenían esa forma y habían colocado una palmera en el mismo punto de trazo en el que yo había imaginado una ceiba para mi proyecto de tesis. El otro fue que, allá abajo, lejos de donde Georgina y yo estábamos sentados, había una banda de música con instrumentos nuevos, y de inmediato pensé en los compañeros del Alto Balsas que habíamos apoyado. Bajé y sí, eran ellos. Charlamos, me dedicaron una pieza de música y me invitaron unos tacos. Yo había llevado 1.8 kilos de comida; nada. Y ellos llevaban un gigantesco comal y muchísima comida para todos.

Ellos llegaron en camión y yo en avión. Seguía teniendo mucho que aprender.

El sub Marcos lució sus dotes histriónicas. Hasta la caída del sol inició la ceremonia: primero bajaron las bases de apoyo, que eran muchas, con antorchas encendidas; después salieron los insurgentes caminando muy lento, algunos con metralletas y los últimos con fusiles de palo. No tenían muchas armas y tampoco eran tantos.

Después le entregaron una bandera a Rosario Ibarra y, terminada la ceremonia y los discursos, abrieron la participación a las organizaciones presentes. Los vanguardistas de siempre, buscando subirse al movimiento, salían por todas partes. Fue buen momento para huir al baño, junto con Ángel Mercado, quien se sumó a la iniciativa. Cuando íbamos de regreso nos cayó una tormenta; regresamos

empapados y patinando en el lodo. Me fui a cambiar a mi tienda de campaña, pero ya no pude regresar porque el dios Chaac, seguramente molesto con lo que estaba pasando, lo tiró todo. Muchos se quedaron a dormir debajo de la lona.

Los caracoles zapatistas surgieron nueve años después, y de nuevo fue una sorpresa para mí ver que se hacía realidad, en muchos aspectos, el planteamiento que había hecho 40 años antes. Fue algo extraño porque nunca tuve relación directa con ellos. Tengo, sí, una conexión profunda con sus planteamientos, ya que nos abren la posibilidad de vivir un mundo diferente a partir de principios tan sencillos como los que guían su experiencia.



En 1997 se realizaron por primera vez elecciones para jefe de gobierno de la Ciudad de México, y Cuauhtémoc Cárdenas resultó triunfante. Las elecciones se realizaron en julio y

él tomaría posesión hasta diciembre, por lo que las organizaciones que integrábamos la Coalición Hábitat México (CHM)

—Casa y Ciudad, Cenvi, Copevi, Fomento Solidario de la Vivienda (Fosovi) y HIC— tuvimos cinco meses para elaborar algunas propuestas sobre temas urbanos y de vivienda.

Roberto Eibenschutz fue nombrado secretario de Desarrollo Urbano y Vivienda y Elena Solís quedó al frente del Instituto de Vivienda (Invi), a quien apoyé como asesor externo. A partir de la propuesta que se elaboró, negociamos un programa destinado a atender una de las necesidades más urgentes, la del mejoramiento y consolidación de viviendas en los barrios populares. Así, en conjunto con los compañeros de la Coalición, del Movimiento Urbano Popular y del propio Invi diseñamos el Programa de Mejoramiento de Vivienda del Distrito Federal. Partimos del reconocimiento de que el mejor terreno disponible en la ciudad, para densificarla y evitar la expulsión de los sectores populares a la periferia, está en sus azoteas, y asumimos que para dichos sectores la vivienda es parte de su estrategia económica de sobrevivencia, donde la familia extensa cumple un papel muy importante. Por lo tanto, el programa debía no sólo mejorar las viviendas existentes, sino abrir la posibilidad a la construcción de viviendas adicionales, ya que servirían no sólo para alojar a algún miembro de la familia, sino incluso para ponerla en renta.

En 1998 diseñamos el programa y, con el apoyo de Fedevivienda, organismo colombiano miembro de HIC, se habilitó en los sistemas de cómputo, tanto del gobierno como de las ONG, que asesorarían a los beneficiarios. Ya negociada y aprobada su operación, lo empezamos a probar con la participación de las organizaciones, invitadas con voz pero sin voto, para recoger sus inquietudes y observaciones. Les dijimos que el programa debería construirse con base en la verdad y en la confianza, porque si le preguntas a la gente cuánto gana, generalmente te va a decir mentiras. Unos di-

cen que ganan menos para obtener el apoyo y otros que ganan más, para hacer creer que van a poder pagar. Lo mejor era entonces preguntarles cuánto podían pagar y construir sobre eso el monto del crédito sin importar si su crédito resultaba pequeño, porque planteábamos la posibilidad de acceder a créditos sucesivos hasta completar la obra

Para que nos dijeran la verdad, les ofrecimos que, si pagaban a tiempo, obtendrían un subsidio. Pero desgraciadamente las áreas financieras, que no se fijan en estas sutilezas, no quisieron dar créditos sucesivos, y los subsidios se pusieron al final del crédito, con lo que la gente se aferró a la costumbre de solicitar el máximo de crédito posible, aunque después se le dificultara pagarlo.

En las consultas que hicimos se presentó una familia que solicitaba el crédito para construir un local comercial al interior de su predio. La familia vivía en una vivienda provisional y les dijeron que no se podía hacer porque eran créditos exclusivos para el mejoramiento de vivienda. Observé que el solicitante estaba planteando bien las cosas, pues si contaba con un local para vender o para dar algún servicio tendría recursos para pagar su casa. Discutimos mucho el tema y logramos que se incorporara a las reglas de operación la posibilidad de incluir locales como complemento de la vivienda.

Otro aspecto por el cual se nos cuestionó fue poner el dinero en manos de la gente, a lo que respondimos: “Si es Navidad, efectivamente es muy probable que le compren el triciclo al hijo”; pero aún así, pudimos demostrar que al final, en muchos de los créditos, había más metros cuadrados construidos que los financiados. Investigamos de dónde habían obtenido más recursos y vimos que si bien algún despistado lo había sacado de su tarjeta de crédito, muchos afirmaron que el apoyo venía de su suegra.

El programa exigía contar con asesoría técnica, cuyo pago se incluía en el monto del crédito; al inicio las asesorías las otorgaron las ONG pero pronto no se dieron abasto. Entonces el Colegio de Arquitectos de la Ciudad de México entró, de la mano de Chema Gutiérrez, quien siempre ha promovido y apoyado lo que él llama “la constructora pueblo”.

Este programa le dio mucho a la Ciudad de México. Hasta hace un año se habían hecho 200 mil mejoramientos. Si se consideran cuatro personas por familia, resultan 800 mil personas beneficiadas, casi 10 por ciento de la población del todavía Distrito Federal.



Cuando fui director del Fonhapo aprendí que sólo 20 por ciento de tu tiempo se invierte en los aspectos sustantivos. El 80 por ciento son bomberazos, presiones, atenciones al sector privado, que si el diputado, que si el discurso. Por eso cuando Cuauhtémoc Cárdenas me invitó a ocupar un puesto en su gobierno le dije que no podía aceptar por mi compromiso con HIC, pero le ofrecí colaborar en algunas actividades.

Además de la asesoría al Invi, acepté participar en varios consejos consultivos, uno directamente con él, otro vinculado al Invi sobre vivienda, y otro más de desarrollo urbano. Participé e impulsé también una Plataforma de organismos civiles de la Ciudad de México, que llegó a integrar alrededor de 60 organizaciones civiles, para interactuar en muy diversos campos con el gobierno, representada por seis secretarías.

La Plataforma fue una experiencia interesante por la diversidad de temas y de actores involucrados, pero nos pasamos la mitad del periodo de gobierno sintonizándonos para

hablar el mismo lenguaje. Teníamos una visión totalmente distinta de las cosas y había que conciliar entre las secre-

tarias, porque algunas estaban en conflicto. A la mitad del trienio, organizamos un congreso con mucha participación social y del gobierno para programar las actividades que se realizarían conjuntamente. Tuvimos que elegir entre las propuestas porque quedaba poco tiempo. Al final se logró la Ley de Fomento a las Actividades de Desarrollo Social de las Organizaciones Civiles para el Distrito Federal, y se construyeron dos ludotecas, una en Santa María La Ribera y otra en Los Hornos, al sur de la ciudad.

Manuel Canto, académico de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) Xochimilco, con una fuerte relación con las organizaciones civiles, recuperó todo este proceso en una publicación titulada *Entre lo cívico y lo gubernamental: un análisis de la relación entre el gobierno y las organizaciones civiles en el Distrito Federal*.

De estas tres experiencias, la que obtuvo mayores resultados, impacto social y trascendencia, fue el Programa de Mejoramiento de Vivienda. Sin embargo, considero que la Plataforma de organismos civiles fue de mayor valor estratégico, porque nos permitió conocer la complejidad de la gestión urbana, determinada por la interdependencia que existe entre los problemas, las dinámicas sociales y las prácticas institucionales. Por lo anterior, es importante superar el manejo por sectores y fomentar la intervención coordinada de las diversas dependencias, y entre éstas y los actores de la sociedad civil organizada, quienes desde su realidad concreta pueden ser los mejores articuladores de la intervención pública.

Al final resultó que, de estos espacios, el de menores resultados fue el de los consejos consultivos, lo cual fortaleció mi planteamiento irónico que los considera espacios de

terapia ocupacional, en los que tú y todos los participantes trabajan y proponen, pero otros deciden.

Nunca vi mi puesto en HIC como un mero empleo, ni como escalón que me permitiera ascender a nuevas posiciones, sino como la oportunidad de contribuir a la construcción de nuevos caminos, de los que mueven la esperanza de quienes nada tienen y de quienes deseamos un mundo mejor para nuestros hijos, nuestros nietos y para todos.

Al término de la conferencia de Estambul, 1996, y de la publicación que realizamos sobre el proceso y sus resultados, mi ciclo como secretario general de la Coalición finalizó. En la reunión de HIC, celebrada en Venecia en mayo de 1998, se tomó la decisión de trasladar el secretariado a Sudáfrica, en diciembre de ese año. Por iniciativa de Somsook Boonyabancha se decidió ponerlo en manos de un dirigente muy destacado del movimiento urbano de ese país. Entre enero y febrero de 1999, Jodi Grahl, quien fue mi mano derecha y por su capacidad y compromiso, pieza fundamental de nuestro pequeño secretariado, viajó a Ciudad del Cabo para asesorar la puesta en marcha de la nueva oficina.

Me sumé algunos días para consolidar la entrega y regresé nuevamente en noviembre de ese año a una reunión de nuestro consejo, para decidir la estrategia general que HIC impulsaría con el nuevo secretariado.

Con ese viaje terminó este ciclo intenso de vida que me llevó de un lado a otro del mundo y que me hizo conocer y trabajar con personas y organizaciones comprometidas en la lucha por un mundo diferente. Un mundo nuevo, tejido desde la base misma de los excluidos, los desarraigados, los ignorados de un sistema global basado en la ambición de poder y de dinero.

Dejaba una posición estratégica dentro de nuestra Coalición, que desarrollé con entusiasmo y convicción, estimulado siempre por mis compañeros de aventura. Por todo ello, decidí seguir adelante colaborando con HIC, pues nunca vi ese puesto como un mero empleo, ni como escalón que me permitiera ascender a nuevas posiciones, sino como la oportunidad de contribuir a la construcción de nuevos caminos, de los que mueven la esperanza de quienes nada tienen y de quienes deseamos un mundo mejor para nuestros hijos, nuestros nietos y para todos.



Visita después de un desalojo a los pueblos beduinos no reconocidos, Israel, 1996.

Gustavo Romero Fernández

Corría el año 1969; acaban de suceder todas las revueltas del 68 y yo regresaba al país, tras haber estado fuera un año, para incorporarme a la Escuela de Arquitectura. Ahí se organizó un seminario de reflexión sobre la enseñanza y las prácticas de la arquitectura, donde pude escuchar posturas muy interesantes y novedosas sobre vivienda y poblamiento (era la primera vez que oía esta última palabra) expresadas unitariamente por cuatro

personas: Luis López Llera, Enrique Ortiz Flores, Luis Sánchez de Carmona y Carlos Villalobos. Ellos dijeron que formaban parte de una organización llamada Copevi. Me sentí enormemente atraído por lo que dijeron y empecé a leer la revista *Dinámica habitacional*.

Casi un año después, en un seminario sobre la no violencia, me encontré con Enrique y le dije que quería trabajar con él. Más tarde, cuando nos vimos, me dijo que si yo aceptaba las austeras condiciones económicas, a él le daría gusto que me incorporara. Su tranquilidad, afabilidad, sencillez y modestia me impresionaron, así como su confianza y su respeto del trabajo de los demás.

Comparto aquí algunas de las muchas aventuras que me tocó vivir junto a Enrique, siempre con su claridad estratégica, su calma y su energía para llevarlas a cabo sin perder el rumbo que nos habíamos trazado.

Además del proyecto de Puente Colorado que me encargó al inicio –donde, con su apoyo y participación, se pudo desarrollar una propuesta que implicaba el diseño de una vivienda provisional de invasión, la estrategia política decidida por los actores involucrados que mostraba lo diferente que era incluir la participación ciudadana– desarrollamos ampliamente trabajo de investigación, reflexión y sistematización sobre el poblamiento y la vivienda popular.

Primero trabajamos con John Turner y Tomasz Sudra, después en la investigación con la Sociedad Interamericana de Planificación (SIAP) sobre las formas de producción de la vivienda, los estudios y el plan del Centro Histórico y más adelante vinculados con Hanno Weber y Michael Pyatok en el concepto de autogobierno, al igual que con nuestro trabajo de Diseño participativo.

Estuvimos juntos en la reunión de Naciones Unidas (Vancouver, 1976) sobre los asentamientos humanos, donde pudimos presentar nuestras posiciones junto con compañeros de las ONG de varios lugares del mundo.

En 1976 también nos invitaron a formar parte de la subdirección de Vivienda de la SAHOP. Aceptamos en una decisión y estrategia compartida con los compañeros de la institución, del movimiento popular y en mi caso del autogobierno.

Nos propusimos tres cuestiones fundamentales en ese momento:

- A) El reconocimiento de la producción de vivienda como proceso.
- B) El reconocimiento de los grupos sociales como sujetos jurídicos en cooperativas y asociaciones civiles, esencial para que recibieran créditos.
- C) La creación de una institución crediticia conforme con las características de los grupos de bajo ingreso y sus realidades.

De ahí surgió la propuesta de crear el Fonhapo, tan relevante y de la cual Enrique fue uno de los artífices fundamentales. Posteriormente se creó INIC y Enrique se incorporó como secretario ejecutivo, dándole un nuevo sentido a la red. Desde ahí luchamos por el Derecho a la Vivienda.

Posteriormente trabajamos en la propuesta de vivienda para el gobierno del ingeniero Cárdenas, en el Invi, con el Programa de mejoramiento de Vivienda. En el año 2000 estuvimos en la Conavi, participamos en la Ley de Vivienda del 2006 e hicimos todos los esfuerzos para lograr el desarrollo de la producción social de vivienda.

Acompañar, compartir, aprender y luchar durante tantos años con Enrique ha sido una de las cuestiones más importantes de mi vida y le ha dado sentido. No me ha quedado más que admirar que nunca ha perdido el rumbo, que ha sido persistente en los fines fundamentales por encima de las veleidades, las intrigas y las envidias que se encuentran en estos caminos azarosos.

Hemos sido amigos más allá de nuestro trabajo conjunto y me da gusto que se le reconozca su labor, su insistencia sin descanso sobre los Derechos a la Ciudad y a la Vivienda, sobre las políticas, las instituciones, los programas y los proyectos dirigidos al bien social. Sin embargo, para él lo importante es que se reconozca su sentido de lucha y de la de todos los que han estado a su lado en ella.

Alejandro Florián Borbón

El liderazgo moral e intelectual de Enrique en la causa de la vivienda digna ha sido y continúa siendo, con su sabiduría sencilla y profunda, el principal referente. Ilustra la fuerza poderosa de conocimiento y movilización que reconoce y lee con respeto la diversidad de alternativas prácticas de quienes, con dignidad, autogestionan de múltiples formas su vivienda,

ante la indiferencia e inoperancia de los estados y de los regímenes de exclusión que generan los mercados sin principios ni control.

Trabajar con Enrique es un privilegio. Por una parte es una autoridad, con experiencia práctica. Por otra parte, es un maestro de vocación, orgulloso de los principios y métodos sencillos como escuchar a la gente desde sus vivencias, darle voz a la gente invitando con delicadeza a resaltar sus logros y a hacer visibles las dimensiones colectivas de dichos logros, su impacto y las potencialidades tanto de la autogestión como de la ayuda mutua.

El dialogo y la dialéctica han sido sus instrumentos esenciales tanto para aprender como para compartir y explicar con sencillez conceptos como *complejidad*, cuya aplicación ha sido determinante para comprender cómo del caos aparente, de la exclusión y de la pobreza, surge la creatividad humana



y sus expresiones de cooperación y solidaridad, que son el cimiento del otro mundo posible.

Otro mundo posible, donde justamente, los principios y métodos de los aprendizajes y las prácticas de la producción social del hábitat cobran total vigencia, contribuyendo a configurar una agenda a la que han aportado, con su experiencia y conocimiento, un importante número de dirigentes sociales y académicos, principalmente de América Latina (imposible de reseñar en este espacio). Entre sus aportaciones destacan:

- A) Una perspectiva del problema habitacional desde el hemisferio sur, donde la falta de acceso a la vivienda está totalmente vinculada con la exclusión económica y la pobreza, situaciones exacerbadas por las políticas económicas de ajuste estructural, que se manifiestan como fenómeno global masivo a través de los impresionantes asentamientos humanos, caracterizados por sus condiciones inadecuadas y por su impacto en la calidad de vida de millones de seres humanos.
- B) Un enfoque de la vivienda como derecho, el cual motivó y articuló los trabajos de especialistas e instituciones que, en el contexto

de los derechos humanos, sociales, económicos y culturales, incluyeron el Derecho a la Vivienda dentro del Pacto de Derechos Económicos, Sociales y Culturales, así como en la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas, mediante la creación de la figura del relator especial del Derecho a la Vivienda, que en las últimas décadas, ha producido las piezas centrales del concepto y la interpretación de tal derecho.

C) Un desafío social y político para las próximas décadas como el planteamiento del Derecho a la Ciudad, que nuevamente confronta las demandas de ciudadanos, sujetos colectivos de derechos, con el desabrido panorama diplomático, tecnocrático y comercial que se vislumbra en escenarios como la tercera Conferencia de las Naciones Unidas sobre la Vivienda y el Desarrollo Urbano Sostenible (Hábitat III) con su nueva agenda urbana.

No es fácil encontrar algo que no sean palabras de agradecimiento por la fortuna de contar como amigo con un ser humano de las cualidades de Enrique: generoso, caballero respetuoso y ante todo, maestro y líder en un concepto también novedoso de liderazgo, que apunta a la solidaridad, la colaboración y la cooperación entre los seres humanos, mas allá de las fronteras convencionales de países e instituciones.



1 Convivencia durante la primera reunión anual de HIC. De derecha a izquierda: David Hall, Han van Putten, EOF y Ana Sugranyes. Cartagena, Colombia, 1989.



2 EOF con Alejandro Florián Borbón, Berlín, Alemania, 1990.



3 Encuentro sobre Medio Ambiente y Hábitat. EOF con Jacques Bognicourt y Malick Gaye, Dakar, Senegal, 1990.



4 Misión de verificación de violaciones a derechos humanos, con habitantes de Hong Kong, 1990.



5 Recepción del premio japonés Yasuda Kasai, de la Asociación Japonesa de Vivienda, Tokio, Japón, 1991.



6 Reunión del Consejo de HIC, Cuernavaca, México, 1991.



7 Con niños de la calle en el local de la ONG Yuva, Bombay, India, 1991.



8 Visita a familias rurales amenazadas de desalojo, en la periferia de Bombay, India, 1991.



9 Empujando los Derechos Humanos con miembros de HIC, Ginebra, Suiza, 1991.



10 Entrega de Diploma de honor de Naciones Unidas a HIC, Nueva York, E.U., 1992.



11 Foro Público Eco'92, Centro para Nuestro Futuro Común, Buenos Aires, Argentina, 1992.



12 Promoción de la Campaña Mundial por el Derecho a la Vivienda. EOF con Joseph Schechla, Viena, Austria, 1993.

13 Cumbre de la Tierra, Río de Janeiro, Brasil, 1992.

14 Scott Leckie, Miloon Kothari, EOF y Joseph Schechla, Guiza, Egipto, 1993.

15 Alejandro Florián Borbón, Sonia de Brito y EOF, San José de Costa Rica, 1992.

16 EOF con Minar Pim Ple en la visita de HIC a un barrio popular en Manila, Filipinas, 1993.

17 Taller sobre financiamiento y movilización de recursos para la vivienda y el desarrollo barrial. De izquierda a derecha: Bimbo, Alejandro Florián

Borbón, Yvonne Reyes, Fernández, Filipinas, 1993.

18 Misión de verificación de violaciones de Derechos Humanos, Nazaret, Israel, 1993.

19 EOF, Scott Leckie, Aromar Revi, Leilani Farha; contraparte, Katsuyuki Kumano, integrantes de la misión de verificación de derechos humanos, Kobe, Japón, sept., 1995.

20 Convención Nacional Democrática, Ángel Mercado, Mario Enzáztiga con EOF, Guadalupe Tepeyac, Chiapas, México, 1994.

21 Reunión anual de HIC, El Pueblo hacia Hábitat, La Habana, Cuba, 1995.

22 y 23 Misión de verificación de hechos, Kobe, Japón, 1995.

24 25 26	27 28	24 EOF con Superbarrio Gómez, Julio Calderón y Diego Carrión, durante el encuentro <i>Una ciudad para la vida</i>, preparatorio de Hábitat II, Quito, Ecuador, 1995.
		25 Taller preparatorio para Hábitat II, Berlín, Alemania, 1996.
		26 Reunión anual de HIC. Bimbo Fernández, Selma Díaz, Kirtee Shah, EOF y Tere Lupe Reyes, La Habana, Cuba, marzo, 1995.
		27 Marcha en el puente Gálata por el Derecho a la Vivienda, con Superbarrio y Superpinei, Estambul, Turquía, 1996.
		28 Visita a los pueblos beduinos no reconocidos. EOF con Miloon Kothari y un dirigente palestino, Israel, 1996.
29 30 31	32 33	29 Asamblea de HIC. EOF con Kirtee Shah, Nairobi, Kenia, 1997. 30 Encuentro ONG- Gobierno, Consejo de Naciones Unidas sobre Asentamientos Humanos. EOF con Labitha Siwale. 31 EOF en reunión sobre desplazamientos basados en el desarrollo, Ginebra, Suiza, 1997. 32 EOF con Arles Caruso, <i>La China</i> Herrasti y Ana Ortiz Herrasti, Tepozotlán, México, 1996. 33 EOF con Cuauhtémoc Cárdenas en la inauguración de la Feria de Organismos Civiles, Ciudad de México, 1998.

- 34 Encuentro sobre política habitacional. De izquierda a derecha: Ana Falú, EOF y Horacio Berretta, Buenos Aires, Argentina, 1995.
- 35 EOF con René Coulomb, Cuauhtémoc Cárdenas, Mario Monroy y La Pia Herrasti en la inauguración de la Feria de Organismos Civiles, Ciudad de México, 1998.
- 36 Inauguración de la Feria Organismos Civiles, Ciudad de México, 1998.
- 37 Misión sobre derechos relacionados con la vivienda, Lima, Perú, 1998.
- 38 Conferencia Internacional de Urbanización y Vivienda. De izquierda a derecha: Teolinda Bolívar, EOF y Frutos Vivas, Barquisimeto, Venezuela, 1998.
- 39 Presentación del libro *Construyendo la ciudad con la gente*. De izquierda a derecha: José María Gutiérrez, Joël Audefroy, EOF y Gustavo Romero Fernández, Casa del Tiempo, Ciudad de México, 1998.



EOF en su biblioteca, agosto 2015.

V. Nuevas perspectivas. 1999-2010

En México fuimos organizando nuestro centro de documentación, integrado mediante el acarreo de maletas, llenas de publicaciones, que hacíamos en cada viaje. También estaba vigente nuestro registro, el cual, tras dos años de trámite ante la Secretaría de Hacienda, finalmente pudimos obtener en 1990, gracias a que contratamos un prestigiado despacho de contadores que supo convencer a los funcionarios de ese organismo de que en este mundo hay algo más que corporaciones transnacionales con fines de lucro. Fue entonces cuando nos animamos a solicitar al consejo de HIC la instalación en México de su oficina regional para América Latina.

Mientras tanto, a finales de 1999, nuestra ya reducida oficina recibió la invitación para organizar en México la primera Asamblea Mundial de Pobladores. La idea surgió en una charla de café entre Teolinda Bolívar y Pierre Calame, director de la Fundación Charles Léopold Mayer para el Progreso Humano, considerando el contexto social y político de la Ciudad de México y nuestra experiencia organizando encuentros internacionales. El propósito era repensar la ciudad desde la experiencia y los sueños de las organizaciones y movimientos sociales en el umbral del siglo XXI y aportar en la construcción de un ideal colectivo.

En HIC contábamos con recursos para pagar el viaje de ocho o nueve participantes, los contactos con organizaciones sociales en diversas partes del mundo y el ofrecimiento de

Calame para financiar la participación de algunas organizaciones africanas. Pronto la lista de interesados llegó a 120 y al final a 160, de 32 países. Por cada participante extranjero se aceptó a un poblador mexicano, más los miembros de las ONG que contribuyeron a organizar y a sistematizar los resultados de los debates, por lo que llegamos a reunir a cerca de 400 participantes en este encuentro.

Recordando algunas experiencias anteriores, decidimos que era necesario financiar el alojamiento y las comidas de los participantes extranjeros, por lo que era necesario reunir otros recursos. Se consiguió también apoyo de Misereor para financiar algunos vuelos distantes y se dejó en manos de otros interesados la gestión de sus propios fondos.

Los compañeros del Movimiento Urbano Popular (MUP) organizaron una gran fiesta de paga en Garibaldi y pasaron la charola a diputados amigos, con lo que se reunió un buen monto de recursos a los que sumamos una cuota razonable de inscripción para todos. Se consiguieron cinco locales en edificios patrimoniales del Centro Histórico y sólo el que fue base permanente de la asamblea tuvo que pagarse; el resto fue facilitado por tres universidades y el gobierno de la ciudad.

Una de las organizaciones del MUP se ofreció también a preparar la comida a bajo costo y logramos negociar alojamientos baratos. Lo sorprendente es que al final hasta sobraron algunos recursos con los que se financió a una compañera del movimiento para asistir a un encuentro en Buenos Aires.

Gracias a la voluntad, al esfuerzo y a la solidaridad de muchos actores habíamos pasado de la escasez a la abundancia.

Durante el desarrollo de la asamblea se organizaron talleres en los que se trabajaron durante tres días temas y propuestas que retomamos diez años más tarde para formular

la *Carta de la Ciudad de México por el Derecho a la Ciudad* y algunos temas estratégicos sobre la construcción de un ideal colectivo, la organización y la acción internacional.

Fueron varios meses de trabajo que incluyeron reuniones preparatorias en varias ciudades y reuniones semanales del grupo promotor que integraban diversas organizaciones del MUP y de HIC. Habíamos iniciado el proceso con sólo cinco participantes, pero el grupo y las actividades crecieron muy rápido, lo que rebasó la capacidad de nuestra mermada oficina; en especial la mía, por lo que era indispensable fortalecer nuestro equipo. Entonces, gracias a mi hijo, establecí contacto con Lorena Zárate, quien había colaborado con él en un estudio. La invitamos a una entrevista en mi casa y bastó un rato de charla para darme cuenta de que era la persona que buscaba. No me equivoqué, su apoyo, igual que el de Blanca Hernández, fueron fundamentales en la organización de este complejo encuentro cuyos resultados fueron trabajados por Joel Audefroy.

Superbarrio leyó sus reflexiones sobre el resultado de este esfuerzo colectivo al cierre de la asamblea: “Hemos venido a la vieja Tenochtitlan con la voz de los nuestros: con los sueños, con las manos abiertas para hermanarnos en la solidaridad y en la lucha, para hacer de este nuevo milenio un mundo donde quepan todos los mundos. Somos vocación transformadora, hemos hecho grandes obras y a veces no creemos que seamos capaces de abrir las grandes alamedas de la justicia, el bienestar, la dignidad y la paz”.

Hubo también varios acontecimientos sorprendidos durante el desarrollo de la asamblea. Uno de ellos se dio en la clausura, cuando una nube negra que se convirtió en tormenta llenó de agua la lona que cubría el patio donde se hacía la

ceremonia. El solemne acto de cierre se convirtió en un caos y ante nuestras expresiones de pena ante el desastre, parecido

Trabajamos [...] en la formación de un grupo que se enfocaba tanto en la conceptualización como en la práctica de la producción social de vivienda.

al vivido en la convención zapatista de la selva Lacandonana, un personaje vestido de blanco y pulcro traje indígena, tomó la palabra para decirnos que lo sucedido no era un desastre, sino una bendición (un bautizo colectivo de agua y lodo, pensé yo) y para afirmar lo dicho, se empeñó en entonar en náhuatl el *Himno a la alegría* de la *Novena sinfonía* de Beethoven.

Terminaba, con este final surrealista, un encuentro vibrante, alegre y cordial. También profundamente reflexivo y crítico. Se iniciaba en los hechos la operación de lo que sería la oficina regional de HIC que estábamos promoviendo. Empezaba también el recambio generacional y de género en la oficina, lo que llevaría, tres años más tarde, a Lorena a ser coordinadora de la oficina regional de HIC-AL, primero, y cuando esto escribo, la presidenta de nuestra Coalición a nivel internacional.

Mientras esto sucedía fui invitado a ocupar por dos años la Cátedra Sergio Chiappa Catto, de la UAM-Xochimilco, que se desarrollaría con el apoyo del Taller de Vivienda coordinado por Jorge Andrade, pero que implicaba además de docencia, investigación e incluso vinculación, lo que me permitió armonizar mis actividades de HIC con las de la cátedra. Trabajamos conjuntamente con Jorge en la formación de un grupo que se enfocaba tanto en la conceptualización como en la práctica de la producción social de vivienda, que culminó con la inserción de los estudiantes en el Programa de Mejoramiento de Vivienda del Distrito Federal, así como con la organización de un diplomado en el que se discutía su práctica y se profundizaba en diversos temas convergentes con ella. También di algunas clases en el posgrado.

Conjuntamente con Lorena desarrollamos la compilación de artículos en homenaje a Eike Schütz, quien desde Misereor trabajó en el fomento de organizaciones latinoamericana-

nas comprometidas con el hábitat popular. Reunimos artículos escritos por algunos de sus protagonistas, muchos de ellos amigos y compañeros que contribuyeron a construir la red de organizaciones que hoy integra la membresía de HIC-AL en la región. El libro, bajo el título de *Vivitos y coleando. Cuarenta años trabajando por el hábitat popular en América Latina*, fue publicado por la UAM, incluyendo fotos tomadas por Eike, que enviaba anualmente como saludo navideño y que colecciono desde hace muchos años.

En marzo de 2002 organizamos la visita a México de Miloon Kothari, viejo integrante de HIC nombrado relator especial de Naciones Unidas sobre el Derecho a la Ciudad. En esa calidad, hizo una visita oficial a México que debíamos coordinar con Naciones Unidas y la Secretaría de Relaciones Exteriores. Propusimos que visitara las fronteras, a los zapatistas desplazados en Polhó, Chiapas, y al pueblo de San Salvador Atenco, que estaba en lucha contra la construcción de un nuevo aeropuerto. Fue autorizado a ir a casi todos los lugares, menos a este último, por lo que de acuerdo con Naciones Unidas citamos a una comisión representante que acudiría a sus instalaciones para entrevistarse con el relator en la Ciudad de México. Vino gente de todas las edades, hombres y mujeres, que además de regalarle un machete, símbolo de su lucha, le entregaron un documento con fotos de los lugares, las edificaciones prehispánicas, los viejos árboles y las tierras de labor que defendían, haciéndole saber sus planteamientos. Miloon incluyó en su reporte a Naciones Unidas sus observaciones sobre el caso, que orientaron las recomendaciones del Comité de Derechos Económicos, Sociales y Culturales al gobierno de México, lo que de alguna forma, supongo, habrá influido en la decisión de cancelar el proyecto hoy retomado.

Nos propusimos dar seguimiento a las actividades internacionales de HIC, dando prori- dad a América Latina y concretando en México sus temas estratégicos, fundamentalmente la producción y la gestión social del hábitat, el Derecho a la Ciudad y la promoción y difusión de estos temas.



Ya autorizada la oficina en México, a partir de 2003 nos propusimos dar seguimiento a las actividades internacio- nales de HIC, dando prori- dad a América Latina y concre- tando en México sus temas estratégicos, fundamentalmente la producción y la gestión social del hábitat, el Derecho a la Ciudad y la promoción y difusión de estos temas.

El secretariado en Sudáfrica no alcanzó a impulsar a HIC con el dinamismo necesario; en parte por cuestiones de idioma, pues en nuestra organización no basta el inglés para contactar y motivar a los miembros, en parte también por la prioridad que un dirigente social da a sus procesos locales y por no haber logrado la articulación y el apoyo solidario de su propia región africana. En 2002 terminó su periodo y el consejo decidió no ampliarlo a un segundo. Hubo problemas internos por la polarización que se dio en un periodo de transición y varios compañeros pidieron que me presentara como candidato a la presidencia de HIC, para recuperar el rumbo. Fue algo imprevisto para nuestros pla- nes en México, pero acepté y fui elegido en julio de 2003.

En agosto de ese año se realizó, en Wuppertal, Alemania, la reunión del consejo en que se nombraría al responsable del nuevo secretariado. Debía ser mujer y de otra zona que no fuera Latinoamérica y la única candidata mujer, con ex- periencia internacional en nuestro campo era Ana Sugran- yes, catalana; medio suiza y latinoamericana por adopción y matrimonio. Así que no hubo dudas en designar, pese a que tenía su residencia en Chile, a esta ciudadana del mundo, como ella misma se declara.

Juntos abrimos un nuevo periodo de HIC que resultó muy interesante. Estábamos involucrados en el proceso del Foro Social Mundial, promoviendo la producción so-

cial del hábitat y la promoción de la *Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad*.

En HIC-AL se iniciaba un estudio regional orientado al for- talecimiento tanto de nuestras organizaciones como de su incidencia en las políticas públicas favorables a los derechos humanos vinculados al hábitat. Por otra parte, era neces- ario atender diversos compromisos internacionales, así como presidir y organizar reuniones de nuestra coalición. Así que nuevamente tuve que empacar maletas y, aunque con menor intensidad, correr otra vez por el mundo.

Como consecuencia, Lorena empezó a asumir la coor- dinación regional, lo que se haría formalmente al poner en marcha un nuevo estudio sobre la producción social del hábitat y los derechos a la vivienda y la ciudad en Améri- ca Latina. A este estudio le dio seguimiento Mariana Enet, cordobesa comprometida, dinámica y ejercitada en el ma- nejo de la complejidad, traducida, en nuestro caso, en una metodología de planeación, monitoreo y evaluación de un proyecto de múltiples tentáculos y diversidades. Al final de este estudio, en 2008, supimos que el proyecto había logra- do incidir en 50 instituciones públicas, abrir 35 espacios de negociación y realizar 280 eventos políticos con impacto en las instituciones. Entonces entendí por qué sufría tanto Lorena al preparar sus informes.

Para colmo, estábamos trabajando juntos una nueva compilación de casos, sobre producción y gestión social del hábitat, que iniciamos con nuestros miembros latinoameri- canos y mostramos, en uno de sus viajes a México, a Jor- di Borja, actual presidente del Observatorio de Derechos Económicos, Sociales y Culturales (DESC) quien nos sugirió ampliarlo al resto del mundo para presentarlo en los diá- logos, que bajo el lema “De la marginación a la ciudadanía”

estaba organizando para el Foro Universal de las Culturas, diálogo que se realizó en Barcelona, al mismo tiempo que el Foro Urbano Mundial (WUF) de 2004.

Junto con Carla Rodríguez, del Movimiento de Ocupan- tes e Inquilinos (MOI) de Argentina, académica del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, habíamos sis- tematizado 43 casos desarrollados en forma voluntaria por miembros de HIC en América Latina, de los que selecciona- mos 21 para publicarlos en el texto destinado al foro de Bar- celona, al que sumamos 18 casos más de África, Asia, Medio Oriente y Europa. Por cierto que, para presentar en vivo algunos de estos casos, invitamos a miembros de las orga- nizaciones sociales, lo cual, como escribió Jordi Borja en el prólogo del libro, “aportó algo de valor incomparable a los diálogos [...] la voz de los protagonistas de difíciles procesos constructores de ciudad y ciudadanía”.

De Latinoamérica invitamos a organizaciones de Brasil, Argentina y México. Los argentinos hicieron su presen- tación en clave de tango, los brasileños a ritmo de sam- ba (mostrando en su video sudorosos cuerpos morenos y blancos), para introducir su experiencia. Los mexicanos

Luis Rodríguez y Gloria Valdespino, de Palo Alto, hicieron la suya en clave de corrido, contando en detalle la historia de su lucha. Por otra par te la joven Red de Investigaciones Arquitectónicas para Latinoamérica (Iala), de Barcelona, montó una exposición mostrando algunos de los casos de producción social del hábitat a la que se llegaba rodeando la casa LAT(ina): una casa hecha de latas de desecho, y brincan- do dos juegos de rayuela, que mostraban a la ciudad como lugar de encuentro y construcción ciudadana.

Fue una hermosa conjunción de esfuerzos que visibilizó la enorme capacidad creativa, de lucha y de gozo que ge-

neran los procesos nacidos de las organizaciones sociales, de los jóvenes, los soñadores y los constructores de futuro.



Otra cosa fue nuestra participación en el Foro Urbano Mundial, dos años más tarde, y realizado 30 años después de la conferencia fundacional en la misma ciudad de Van- couver: entre el foro paralelo realizado en los viejos hanga- res en 1976 y este encuentro parecía haber un abismo. De vibrante espacio de debate y esperanza transformadora en el primero, se había pasado paulatinamente a una feria con intentos de formalidad y pocas posibilidades de incidir en las políticas. Tiempo después de esta experiencia escribí un texto que titulé “De Vancouver 1976 a Vancouver 2006”, en el que hago una revisión crítica sobre la reducción de alcances y perspectivas transformadoras que sistemática- mente se viene dando, principalmente a partir de la caída del muro de Berlín y del consenso de Washington.

Fue una hermosa conjunción de esfuerzos que visibilizó la enorme capacidad creativa, de lucha y de gozo que generan los procesos nacidos de las organizaciones sociales, de los jóvenes, los soñadores y los constructores de futuro.



Nos sumamos a la iniciativa de diversas organizaciones de ese país para formular y promover la Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad.

El surgimiento del Foro Social Mundial, en 2001, abrió desde Brasil un nuevo campo de encuentro y debate con decenas de miles de actores de diferentes orígenes, prácticas y posiciones, quienes comparten su oposición tanto a los procesos neoliberales de globalización económica, como a la privatización y al despojo de los bienes comunes; al consumismo desenfrenado, al crecimiento y la acumulación sin límites; a la homogeneización cultural, la individualización de los problemas y soluciones y la consecuente pérdida de la paz, la solidaridad, la convivencia y la espiritualidad en el mundo; al crecimiento de la pobreza y la desigualdad y al deterioro ambiental y la depredación de la naturaleza.

Participé durante esta etapa en los foros realizados en Porto Alegre en 2002, 2003 y 2005, en el de Caracas, Venezuela, en 2006 y en el de Nairobi, en 2007. Como coalición nos enfocamos principalmente en el intercambio de experiencias y en la formulación de una estrategia regional de impulso a la producción social del hábitat.

También, a instancias de Evaniza Rodrigues, compañera muy querida en nuestra coalición, integrante de la Unión de Movimientos de Vivienda de Brasil, nos sumamos a la iniciativa de diversas organizaciones de ese país para formular y promover la *Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad*. Se daba así mayor impulso y seguimiento al Tratado que formulamos diez años antes en la Cumbre de la Tierra. Se elaboró una primera versión en 2003, que fue ampliada en un foro regional, realizado en Quito en 2004, y presentada en una reunión que congregó a muchas organizaciones en el foro de 2005.

Nelson Saule, principal promotor de la Carta, me pidió en esa ocasión revisar la redacción y la estructura de la mis-

ma, sin modificar sus contenidos. Resultado de ese trabajo es el texto, vigente hasta hoy, que fue discutido ese mismo

año en una reunión de HIC en Barcelona, donde se aportaron nuevos elementos para mejorarlo y dar continuidad al proceso. Esa Carta, así como el seguimiento y promoción que se le da en muchos frentes, han impulsado procesos, generado nuevos instrumentos y leyes, movilizado personas y comunidades, animado estudios académicos y tesis doctorales sobre el tema, también debates públicos para lograr el reconocimiento del derecho humano a la ciudad como un nuevo derecho de carácter colectivo.



En lo personal y lo familiar, por fortuna, durante estos años, los varios encuentros y actividades que me llevaron a Barcelona me permitieron estar cerca de mi hijo y María su compañera, quienes vivieron ahí durante cinco años, formándose en su respectiva especialidad médica. Pude visitarlos en varias ocasiones y tuve la suerte de estar con ellos cuando nació Camila, mi primera nieta.

También, los años que pasaron desde que terminé mi función como secretario y mis primeros meses como presidente de HIC fueron difíciles y dolorosos por la enfermedad de *La China*, que la llevó a la muerte a finales de 2003.

Mi periodo como presidente de HIC terminó en 2007 y no me postulé para un segundo periodo. La Coalición marchaba bien; yo quería viajar menos y dedicarme a dar seguimiento a las actividades de HIC tanto en América Latina como en México. Por otra parte no consideré conveniente regresar a coordinar la oficina regional, pues Lorena lo hacía muy bien y con la integración de Silvia Emanuelli se consolidó el proceso de recambio generacional y de género.

Había pasado muchos años dirigiendo instituciones y grupos de trabajo y pensé que sería conveniente pasar

Esa Carta, así como el seguimiento y promoción que se le da en muchos frentes, han impulsado procesos, generado nuevos instrumentos y leyes, movilizado personas y comunidades, animado estudios académicos y tesis doctorales sobre el tema, también debates públicos para lograr el reconocimiento del derecho humano a la ciudad como un nuevo derecho de carácter colectivo.

a la condición de “dirigible”, en los diversos significados del término: dejar la conducción en compañeras más jóvenes, capaces, comprometidas y con muchas nuevas ideas y habilidades; volar libremente en los diversos espacios descubiertos y creados a lo largo del camino, para aterrizar donde pueda ser más útil o donde vea la oportunidad de difundir con mayor libertad lo aprendido, en vinculación con lo que busco seguir impulsando.

Desde 1999 participaba como consejero académico externo del Departamento de Arquitectura, Urbanismo y Diseño, en la Universidad Iberoamericana, invitado por su director Jorge Ballina. Me había integrado en esos días al taller de diseño que coordinaba Oscar Hagerman, amigo entrañable desde nuestros años de estudiantes en la UNAM, con el que comparto inquietudes sociales a las que llegamos por caminos y prácticas profesionales diferentes, pero vinculadas profundamente en su búsqueda y en su manera de actuar, desde las realidades concretas de la gente.

Vicente Fox, electo para la presidencia de la República, solicitó apoyo a la Universidad Iberoamericana, donde él había estudiado, para hacer aportes a su plan de gobierno desde diferentes campos. En acuerdo con Jorge Ballina y Rocío O’Dogherty, convocamos a un Foro consulta de vivienda, en febrero de 2001, en el que los diversos actores involucrados en los procesos habitacionales debatieron con sus pares y externaron sus preocupaciones y propuestas. Esta metodología nos permitió detectar las coincidencias y también las disidencias, al tiempo que percibimos las diferencias entre las formas de producción de la vivienda que requieren tratamientos e instrumentos operativos distin-

tos. Una, preocupada por el papel macroeconómico de la vivienda, y otra por el social. Una vista como producto industrial de mercado y otra, como proceso social gestionado bajo el control de sus futuros habitantes.

Presenté al final del Foro las conclusiones y recomendaciones ante la Secretaría de Desarrollo Social, y posteriormente Rocío integró las memorias del Foro como insumo para el Programa Nacional de Vivienda 2001-2006. Otro resultado importante derivado del Foro, y de las actividades que realizamos en el consejo académico de la Ibero, fue la creación de una pequeña área de vivienda, que daría seguimiento y continuidad a este proceso tanto al exterior como al interior de la Universidad.

Ese mismo año fui invitado en representación de HIC a formar parte del Consejo Nacional de Vivienda, integrado por cuatro comités concebidos desde la perspectiva de la producción del mercado, por lo que propuse al secretario del consejo, Alberto Mulás Alonso, quien dirigía la Comisión Nacional de Fomento a la Vivienda (Conafovi), la creación de un quinto comité que trabajara sobre la Producción social de vivienda. Para promoverlo, hice una presentación en la que comparé los objetivos y las estrategias del Programa Nacional de Vivienda con los de tres documentos surgidos del sistema de las Naciones Unidas. Uno, publicado por el Banco Mundial en 1992, en *Housing: Enabling Markets to Work*; el otro, la agenda surgida en Estambul (Hábitat II) y un tercero derivado de la *Observación general número 4*, del Comité de Derechos Económicos, Sociales y Culturales de la ONU, que define el Derecho a la Vivienda. En la formulación del segundo de ellos se dio la participación activa de nuestro gobierno, al igual que en el reconocimiento del Derecho a la Vivienda, respecto al cual México tiene obligaciones como adherente al Pacto Internacional de Derechos

Percibimos las diferencias entre las formas de producción de la vivienda [...] Una, preocupada por el papel macroeconómico de la vivienda, y otra por el social. Una vista como producto industrial de mercado y otra, como proceso social gestionado bajo el control de sus futuros habitantes.

Faltaba lo macro social, es decir, el enorme potencial que la producción social de vivienda puede tener en la formación de ciudadanía activa y responsable, la reconstrucción del tejido social, la capacitación, la organización de los sectores populares y en el fortalecimiento de la capacidad productiva y de la economía popular en lo microeconómico.

Económicos, Sociales y Culturales. Le dije al comisionado de la Conafovi que me parecía extraño que en el único en el que México no había participado fuera del que se tomarían a pie juntillas los objetivos y estrategias de nuestro Programa Nacional de Vivienda, en el que no se consideraba a la vivienda como un derecho humano, ni se mencionaba nada sobre el necesario apoyo que debería dársele a la Producción social de vivienda.

Como parte de la presentación indiqué que la política propuesta era esquizofrénica, pues estaba basada en el mercado, pero abría una puerta asistencialista a quienes no podían acceder a éste, además de que estaba coja porque se enfocaba en lo económico a su papel macro y en lo social a lo micro. Faltaba lo macro social, es decir, el enorme potencial que la Producción social de vivienda puede tener en la formación de ciudadanía activa y responsable, la reconstrucción del tejido social, la capacitación, la organización de los sectores populares y en el fortalecimiento de la capacidad productiva y de la economía popular en lo microeconómico.

El comisionado me pedía que participáramos planteando nuestros argumentos en los comités ya establecidos, pero le respondí que sólo dos de los 48 miembros del consejo, Chema Gutiérrez y yo, conocíamos del tema, lo que nos impediría incidir con un mínimo de eficacia. Aceptó finalmente y se creó un quinto comité de apoyo a la vivienda social. A partir de entonces, Mulás se interesó mucho, participaba siempre en nuestras reuniones, incluso nos dejaba presentar nuestras propuestas en las reuniones generales del consejo que encabezaba el presidente Fox.

Inició así el trabajo de incidencia y motivación de otros actores que pudimos ampliar y consolidar a lo largo de dos

gobiernos durante once años. Con esta propuesta pretendíamos abrir un espacio que mostrara alternativas a una

política, surgida desde el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, que condujo a hacer miles de casitas por todas partes para incrementar la producción privada de una forma tan impresionante como llena de errores: se construyeron en periferias lejanas y sin equipamientos, en lugares donde la gente que las adquiere se vuelve más pobre porque gasta hasta 40 por ciento de su salario en transporte pues no hay suficientes fuentes de trabajo cercanas, lo cual tiene como consecuencia un doble efecto, pues las mujeres no consiguen trabajo y el salario familiar se merma, pero si lo consiguen se desplazan, junto al marido, a lugares lejanos que las mantienen, como a ellos, fuera del hogar por largos periodos del día, dejando a sus hijos solos y expuestos a diversos contextos de violencia. En consecuencia, miles de viviendas están abandonadas.

El censo de 2010 contabilizó cerca de 5 millones de viviendas desocupadas en el país, de las cuales un porcentaje importante es de viviendas nuevas abandonadas, mismas que son dañadas o invadidas tanto por grupos de delincuentes como de drogadictos, lo que pone en peligro a las familias que se quedan.

A dicha situación se suma la prolongación de la infraestructura de servicios y de las vías de acceso, que es muy costosa y además genera una mayor lentitud en el tránsito, que a su vez contribuye a una mayor contaminación ambiental.



A mediados del periodo de gobierno de Vicente Fox, la Cámara de Diputados formuló una propuesta para modificar la Ley de Vivienda, que no prosperó, pero pasó en la si-

guiente legislatura a la Cámara de Senadores. Con estas iniciativas se abrió una oportunidad importante para adecuar

El censo de 2010 contabilizó cerca de 5 millones de viviendas desocupadas en el país, de las cuales un porcentaje importante es de viviendas nuevas abandonadas, mismas que son dañadas o invadidas tanto por grupos de delincuentes como de drogadictos, lo que pone en peligro a las familias que se quedan.

los contenidos de la nueva Ley a la definición y principios del Derecho a la Vivienda, así como para la inclusión de la Producción social de vivienda.

Desde la pequeña área de vivienda de la Universidad Iberoamericana, su responsable, Elena Solís, en coordinación con Víctor Ramírez, abogado experimentado en derecho urbanístico y vivienda, organizaron un seminario destinado a la Comisión de vivienda de la Cámara de Diputados, donde se me invitó a hablar sobre los temas de producción social y Derecho a la Vivienda.

Durante más de dos años participé en los debates y en la formulación de propuestas ante diversos actores y espacios que se fueron generando, algunos en alianza con organizaciones del MUP, y principalmente en las consultas que organizaba la Comisión de vivienda de los diputados. Pienso que fue en gran medida gracias a aquel seminario y a la solidaridad de algunos de sus integrantes, que se logró incluir un capítulo sobre producción social en la nueva Ley de Vivienda, así como artículos que a todo lo largo de su texto disponen apoyos para esta forma de producción. Dichos artículos fueron introducidos por los diputados al revisar el proyecto enviado por los senadores.

También fue posible introducir algunos otros artículos que retoman conceptos e imponen responsabilidades al Estado en materia del derecho humano a la vivienda. Finalmente, la nueva Ley de Vivienda fue aprobada por unanimidad en junio de 2006. En ella se dio el marco jurídico para la creación y definición de atribuciones de la Conavi, que sustituyó a la Conafovi. Entre las obligaciones que establece la Ley está la de desarrollar instrumentos tanto jurídicos, programáticos, financieros y administrativos, como de fomento, adecuados para esta forma de producción en sus diversas modalidades.

Con el fin de avanzar en dicha perspectiva, promovimos desde HIC y contratamos con la Conavi la realización de un estudio orientado a establecer un sistema de apoyo a la Producción social de vivienda que incluyó el marco conceptual al que debe responder su construcción, los instrumentos jurídicos existentes en que éste podría apoyarse, su vinculación con la planeación urbana y la formulación de propuestas para su operación. Ya habíamos promovido otro estudio que desarrolló la UAM-Xochimilco sobre los impactos macro y microeconómicos de la Producción social de vivienda. Buscábamos demostrar el peso de la Producción social de vivienda en el país y sus impactos positivos en el bolsillo de los sectores populares.

Con base en lo establecido por la Ley y en los contenidos de estos estudios, propuse al director de la Conavi la creación de un espacio que iniciara la promoción e instrumentación de la Producción social de vivienda, que se concretó en el 2007 con la integración de una pequeña oficina coordinada por Margarita Chávez. Fue la mejor decisión, ya que Margarita, en su posición de diputada federal, conocía del tema y había apoyado decididamente su inclusión en la Ley. Así que de inmediato nos pusimos en contacto con ella

para apoyarla y sumar esfuerzos en el posicionamiento de esta forma de producción como parte de la política pública.

A finales de 2007, en coordinación con la Universidad Iberoamericana y con el apoyo de la Conavi, organizamos el primer Encuentro Nacional sobre Producción y Gestión Social del Hábitat, donde se dieron a conocer sus bases conceptuales y estratégicas, ilustradas mediante la presentación de experiencias nacionales y latinoamericanas. En 2008, con apoyo del Comité de Producción Social de Vivienda, se identificaron organismos asesores y promotores de proyectos de producción social que operan en diferentes

Con el fin de avanzar en dicha perspectiva, promovimos desde HIC y contratamos con la Conavi la realización de un estudio orientado a establecer un sistema de apoyo a la Producción social de vivienda que incluyó el marco conceptual al que debe responder su construcción, los instrumentos jurídicos existentes en que éste podría apoyarse, su vinculación con la planeación urbana y la formulación de propuestas para su operación.

partes del país; se les aplicó un cuestionario que mostró la diversidad de modalidades operativas, acordes con la rica realidad rural y urbana de México y con los criterios específicos de quienes Margarita denominó desarrolladores sociales de vivienda. Se confirmó la necesidad de flexibilizar los esquemas de gestión pública para abrir un sistema de múltiples opciones por su conveniencia para esta forma de producción. Así, por ejemplo, se pensó la aplicación de los subsidios buscando que tuvieran un propósito social y un saldo pedagógico, algo muy diferente a lo que se aplica en la producción de mercado.

Aunado a los esfuerzos anteriores y de forma paralela, promovimos la integración de una Red de Productores Sociales de Vivienda, con la intención de fortalecer la capacidad negociadora de las organizaciones sociales y de quienes les proporcionan asistencia técnica.

En ese momento se dieron cambios en la Conavi. Gestionamos entonces una entrevista con el nuevo director, Ariel Cano, para darle a conocer la importancia de la Producción social de vivienda. A él le interesó mucho el planteamiento y a partir de ese momento, además de que conoció el trabajo de Margarita, pudimos contar con su apoyo. Cano cambió la estructura general de la comisión, haciendo más compacto el Consejo Nacional de Vivienda y dándole al Comité de Producción Social de Vivienda mayor reconocimiento y fuerza, tanto al incorporar a representantes de diversas entidades públicas como al otorgar a la sociedad civil su coordinación. Esta última tarea me fue encomendada a mí y nos permitió dar un paso sustantivo en la operación democrática del comité. Además, la experiencia política de Margarita y su compromiso con el tema permitieron darle

al comité un carácter prácticamente deliberativo, que favoreció la toma de decisiones por consenso para que éstas

se llevaran a cabo, lo cual se corroboró con la evaluación externa realizada al finalizar el gobierno, en 2012.

Por otra parte, fue muy claro para nosotros que la construcción del Sistema Nacional de Vivienda no contaba ni con los recursos financieros, ni con los instrumentos adecuados ni con los actores formados para operar la Producción social de vivienda. De ahí que nos planteáramos avanzar en su integración con pasos firmes, pero en un proceso de consolidación paulatina. Año con año se fueron incrementando los recursos financieros, la cobertura territorial, el número de acciones realizadas y el de actores involucrados. Se realizó un procedimiento de acreditación de los actores sociales para contar con asesoría integral y calificada en los procesos de producción social. Se estableció un programa de capacitación tanto de los propios desarrolladores sociales como de los funcionarios de los organismos estatales de vivienda y de otras entidades públicas interesadas, en cuya realización colaboré.

Ante la negativa de los organismos nacionales de vivienda para financiar a los sectores pobres, y para apoyar una forma de producción que queda fuera de la lógica empresarial y de mercado, se empezó a colaborar con organizaciones que contaban con recursos propios o con el respaldo de algún organismo de ahorro y préstamo reconocido. Se les acreditó como ejecutores sociales de vivienda con la capacidad de obtener y administrar subsidios. En la etapa de la dirección de Cano, Margarita logró la participación de las cajas solidarias del Fondo Nacional de Apoyo para las Empresas en Solidaridad (Fonaes), quienes dieron el financiamiento de proyectos para sus asociados o para organizaciones de su confianza, tanto en el medio

rural como en el urbano. Incluso se promovió con énfasis la formación de alianzas entre los diversos actores para

Ante la negativa de los organismos nacionales de vivienda para financiar a los sectores pobres, y para apoyar una forma de producción que queda fuera de la lógica empresarial y de mercado, se empezó a colaborar con organizaciones que contaban con recursos propios o con el respaldo de algún organismo de ahorro y préstamo reconocido.

Las universidades no suelen formar a sus estudiantes para trabajar conjuntamente con la gente, sino para decirles qué hacer sin considerar sus sueños, aspiraciones, condiciones y posibilidades.

complementar capacidades tanto en lo financiero, como en lo técnico y lo social.

Hay otro tema que también me ha interesado siempre: el de la educación. Por eso, también por cuenta HIC-AL, he apoyado siempre la formación de estudiantes, tanto en cursos de posgrado, en temas relacionados con la producción social del hábitat en diversas universidades del país, como en organizaciones sociales y entidades de ahorro y préstamo involucradas en el tema. Las universidades no suelen formar a sus estudiantes para trabajar conjuntamente con la gente, sino para decirles qué hacer sin considerar sus sueños, aspiraciones, condiciones y posibilidades. Hay excepciones, sin embargo, como el taller de vivienda que dirige Jorge Andrade en la UAM-Xochimilco, o los posgrados en los que dan clases compañeros surgidos de este tipo de experiencias, como Gustavo Romero Fernández, Georgina Sandoval, Alejandro Suárez Pareyón y algunos colegas de universidades de provincia, quienes fomentan una visión diferente del papel del arquitecto, según la cual se debería

vincular, y algunas veces lo hacen, a los estudiantes con casos concretos en el campo. La mayoría de las universidades, desafortunadamente, en lugar de alentar esta visión, ni siquiera dan puntos a los maestros en tareas de vinculación.

Con este fin, actualmente trabajo en diversos planteles académicos, dando pláticas y conferencias, estableciendo contacto con los jóvenes, los cuales, según percibo, se entusiasman porque ven otra forma de hacer las cosas, ven una esperanza y que no todo está perdido.

La sistematización de los procesos productivos que caracteriza a la producción industrial de mercado, limita en

mucho las posibilidades de hacer arquitectura; en el mejor de los casos te da la oportunidad de sembrar prototipos. No hay creatividad, no hay relación con la gente —que es donde está la riqueza del oficio—, para imaginar juntos las cosas. Cuando se hace, la gente lo agradece tanto que hasta engordas, porque te dan de comer en todas partes.

Así, en HIC se avanzábamos en la construcción del sistema integral de apoyo a la producción social de vivienda, aunque éramos conscientes de que faltaba mucho por hacer para consolidarlo y, sobre todo, para ampliar su impacto social a escala de las necesidades del país.

Además del trabajo de posicionamiento de la producción social en la política nacional de vivienda, apoyamos la iniciativa de un grupo de organizaciones del MUP, vinculadas a la Convención Nacional Democrática, de promover la formulación de la *Carta de la Ciudad de México por el Derecho a la Ciudad*. Teniendo como referente la *Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad*, iniciaron la negociación de esta iniciativa a finales de 2007 con el jefe de gobierno del Distrito Federal. En el

marco del Foro Social Mundial, capítulo México, realizado en el Zócalo a finales de enero de 2008, se instaló un pabellón dedicado al debate público de esta iniciativa, para la cual ya se contaba con el apoyo del gobierno local. En abril de ese año se conformó el comité promotor de la Carta, integrado por representantes del MUP, la Secretaría de Gobierno de la Ciudad, HIC-AL, la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal, la Coordinación de Organizaciones Civiles sobre Derechos Económicos, Sociales y Culturales (Espacio DESC) y, por un tiempo, la Procuraduría Social del Distrito Federal. Se iniciaba así un proceso de

La sistematización de los procesos productivos que caracteriza a la producción industrial de mercado, limita en mucho las posibilidades de hacer arquitectura; en el mejor de los casos te da la oportunidad de sembrar prototipos. No hay creatividad, no hay relación con la gente —que es donde está la riqueza del oficio—, para imaginar juntos las cosas. Cuando se hace, la gente lo agradece tanto que hasta engordas, porque te dan de comer en todas partes.

más de dos años de promoción de la iniciativa en múltiples espacios y foros públicos, en medios de comunicación y en cursos y talleres que nos permitió socializar el hecho, recoger aportaciones públicas y debatir sus contenidos.

Partimos reconociendo los avances del primer gobierno elegido democráticamente en la Ciudad de México, lo cual se reflejó en la relación productiva que logramos establecer con las autoridades durante todo el proceso. La mayor parte de las más de 30 reuniones internas del comité promotor realizadas durante la formulación de la Carta se hicieron en nuestra oficinas y siempre fueron atendidas por los representantes del gobierno, participando todos así en un diálogo abierto y crítico que nos llevó, paulatinamente, a construir los consensos necesarios para su formulación y posterior subscripción por la autoridades.

Organizamos cinco foros públicos empezando por el del lanzamiento conjunto de la iniciativa realizada en el Ex Templo de Corpus Christi en julio de 2008, seguido en diciembre de ese mismo año por el de la consulta y formulación participativa de la Carta con organizaciones civiles y sociales, académicos y funcionarios para debatir sobre sus seis ejes estratégicos; otro, masivo, realizado en febrero del año siguiente en el Teatro de la Ciudad Esperanza Iris para dar a conocer los avances e invitar a otros actores a sumarse al proceso; uno más en septiembre de ese año para presentar una primera versión de la Carta a Marcelo Ebrard, jefe de gobierno, y finalmente el de subscripción de la Carta realizado en julio de 2010.

Adicionalmente se hicieron dos consultas públicas en el Zócalo de la ciudad, en ocasión del Día Internacional de los Derechos Humanos, de 2008 y 2009; se publicaron un cua-

dernillo y un tríptico con textos relevantes para orientar las participaciones, se abrió un blog y se realizaron dos videos,

uno de ellos producido por el gobierno y otro por nuestra oficina. Se convocó también al concurso infantil la Ciudad que Queremos, en Azcapotzalco: los dibujos de los niños y lo escrito por ellos en la consulta del 2009 en el Zócalo mostraron su enorme sensibilidad con respecto a este tema, la profundidad y el sentido común de sus propuestas. Esto me confirmó lo dicho por el investigador italiano, Francesco Tonucci, quien a partir de su experiencia en la planeación de Roma afirma que si planificamos una ciudad pensando en los niños estaremos haciendo una ciudad para todos.

Después de la entrega de la primera versión de la Carta a Marcelo Ebrard, dedicamos aún varios meses a complementar varios temas mediante consultas a grupos con necesidades

específicas, como las organizaciones indígenas y campesinas, las de pequeños comerciantes y de trabajadores en la vía pública, o las de usuarios de parques públicos (por ejemplo, los corredores del bosque de Tlalpan, asociación civil que afilia a 10 mil corredores y organiza lo que llaman carreras con causa, invirtiendo las cuotas de inscripción en actividades de cuidado y preservación del bosque, entre las que destaca la publicación de un hermoso libro sobre la historia y el manejo tanto de la fauna como de la flora que ahí habitan).

Todo este proceso, intenso y apasionante, apenas nos acercó al conocimiento de la enorme riqueza cultural y humana de nuestra gran ciudad, de sus lugares patrimoniales y naturales, así como de las grandes amenazas a las que sus habitantes y bienes comunes están sujetos hoy, sobre todo ante el embate de los grandes intereses inmobiliarios, los megaproyectos y los planes urbanos que han transformado nuestra ciudad en paraíso de la especulación y escenario de destrucción y despojo.

Además de participar en las muy diversas actividades que nos llevaron a concretar esta Carta, trabajé con el apoyo de

Si planificamos una ciudad pensando en los niños estaremos haciendo una ciudad para todos.

La Carta de la Ciudad es un plan de vuelo que nos impulsa a construir esa otra ciudad posible por la que soñamos... y aunque tienen un destino incierto, nos sirve para seguir caminando, como decía Eduardo Galeano de la utopía.

Rocío García Oribio en la organización del material que fuimos recogiendo para posteriormente sintetizarlo, ordenarlo y ponerlo a revisión del comité promotor hasta integrar el texto definitivo. Por lo tanto, éste es fruto de la participación de un gran colectivo de personas interesadas en hacer más habitable su ciudad, así como del compromiso activo de un comité plural en el que todos aprendimos a sumar nuestros saberes y a debatir con respeto a nuestras posiciones.

La firma de la Carta en julio de 2010 fue un acto masivo, entusiasta y emotivo, introducido por un grupo de danza, integrado por profesionales y discapacitados, acompañados por música en vivo. Fue un espectáculo vigoroso y bello que nos hizo ver la fuerza de la esperanza cuando se traduce en acción decidida y en desafío a los conformes y a los resignados. Hermosa alegoría del sentido mismo de la Carta como plan de vuelo que nos impulsa a construir esa otra ciudad posible por la que soñamos... y aunque tiene un destino incierto, nos sirve para seguir caminando, como decía Eduardo Galeano de la utopía.

Me emocionó mucho también ver a mi hija Ana, acompañando la celebración de aquellos momentos con la música de su acordeón y de su clarinete. La Carta fue firmada ese día

por los responsables de los tres poderes que gobiernan la ciudad, por el comité promotor y por más de 250 organizaciones de la sociedad civil. Era la primera meta alcanzada en el largo camino por hacer valer este nuevo derecho de todos los que habitan, trabajan y luchan por disfrutar nuestra ciudad.



Desde un año antes de su firma, conjuntamente con los compañeros de las organizaciones sociales promotoras de la carta, buscamos construir una propuesta que tradujera sus

objetivos y ejes estratégicos en un Proyecto comunitario de producción y gestión social del hábitat, que se realizaría en la Ciudad de México. Nos proponíamos fortalecer la capacidad organizativa, productiva y de gestión de los sectores populares, estructurando el proyecto con propuestas alternativas a las tendencias impuestas por los intereses corporativos que rigen la globalización económica.

Entre otras propuestas, el Proyecto se propone impulsar aspectos muy diversos e importantes: la solidaridad frente a la competencia; lo comunitario y colectivo para oponerse a la creciente individualización de los problemas y las soluciones; el respeto a la diversidad y la flexibilidad como alternativa a los modelos cerrados y uniformadores que impactan el diseño de las políticas y los programas; la participación, la gestión democrática y la producción social del hábitat para contraponerse a la imposición autoritaria y mercantil de estrategias que ignoran los rasgos culturales, al igual que las aspiraciones de vida y convivencia de la gente; el uso responsable de los bienes comunes y los recursos económicos utilizados en la ubicación y en la producción del hábitat para enfrentar las amenazas que trae consigo el deterioro ambiental y la depredación de la naturaleza.

Cuando se lanzó este proyecto llegaron más de 2 mil interesados en ponerlo en marcha; una sola de las organizaciones participantes coordinó 35 frentes en diversas zonas de la ciudad. Se integró además un cuerpo asesor de alto nivel para impulsarlo, pero nuevamente debimos enfrentarnos a condicionantes legales reglamentarias y burocráticas que, incluso en gobiernos considerados progresistas, alargan los procesos, desalientan, debilitan y dividen a quienes buscan conducir activa y responsablemente sus propias dinámicas habitacionales.

Finalmente, el Proyecto comunitario de producción y gestión social del hábitat fue firmado ese mismo año por

Así, a finales de 2010 contábamos ya con la inclusión de la Producción social de vivienda en la Ley Nacional de Vivienda, y en la Ciudad de México con el Programa de Mejoramiento de Vivienda, el Programa Comunitario de mejoramiento barrial y el Proyecto comunitario de producción y gestión social del hábitat, enmarcados en la *Carta de la Ciudad de México por el Derecho a la Ciudad*.

el jefe de gobierno con las organizaciones sociales participantes. Así, a finales de 2010 contábamos ya con la inclusión de la Producción social de vivienda en la Ley Nacional de Vivienda, y en la Ciudad de México con el Programa de Mejoramiento de Vivienda, el Programa Comunitario de mejoramiento barrial y el Proyecto comunitario de producción y gestión social del hábitat, enmarcados en la *Carta de la Ciudad de México por el Derecho a la Ciudad*, instrumentos producto de la iniciativa y la capacidad de propuesta y negociación desarrollada por diversas instancias de la sociedad civil organizada. También, hay que reconocerlo, de la actitud de quienes desde la gestión pública creyeron en el valor de la democracia participativa y contribuyeron al diálogo crítico y productivo que permitió concretarlos.

Me considero privilegiado por haber sido parte de estos procesos en los que la alianza de nuestra pequeña oficina de HIC en México con las organizaciones del MUP nos ha permitido sumar esfuerzos, capacidades y sueños. Con lo alcanzado a finales de 2010 cierro el último de los ciclos de once años que dieron cuerpo a este texto; ciclo que en el caso de México se prolongó por dos años más, cuando se dieron los cambios de gobierno tanto nacional como local, que nos colocan ante nuevos desafíos.



Los poco más de cuatro años transcurridos desde el cierre de este último ciclo los he dedicado a apoyar la traducción de estos instrumentos en acciones que permitan concretar sus planteamientos y dar a conocer sus objetivos y propósitos en muy diversos ámbitos, tanto en México como en el extranjero.

auto productores de bajo ingreso. Esto se logró gracias a la incorporación del sistema de cajas solidarias en el financiamiento de esta forma de producción, al apoyo a sectores desatendidos y al trabajo comprometido de los desarrolladores sociales acreditados por Conavi.

A principios de 2013, con el cambio de gobierno, volvimos a sufrir la destrucción de mucho de lo logrado con la cancelación de la Oficina de Producción Social de la Conavi y la exclusión del comité especializado en el tema dentro de la nueva estructura del Consejo Nacional de Vivienda. De esta forma se dejó de considerar como parte estratégica de la política nacional de vivienda para pasarla al rubro marginal de proyectos especiales. Esto sucedió a pesar de las aportaciones positivas que dicha forma de producción y gestión del hábitat ha demostrado que puede hacer a los objetivos manifestados en los discursos del nuevo gobierno, como reducir el rezago, procurar vivienda adecuada para todos, transitar hacia un modelo urbano sustentable y apoyar el programa de prevención del delito. La única explicación que me queda es que esta forma de producción, al poner en el centro el esfuerzo y las necesidades de la gente y no la renta del capital, queda fuera de los intereses económico-políticos que hoy nos rigen y determinan la profunda crisis del sistema.

Debido a que es necesario analizar las alternativas capaces de alimentar nuestra esperanza, nuestro compromiso y nuestro quehacer, desarrollo las reflexiones con las que termina este texto. Lo hago a partir tanto de los aprendizajes descritos en esta entrevista y mis contactos con múltiples experiencias transformadoras, como de los planteamientos indígenas de larga tradición y de la vanguardia crítica actual.

Hoy, gracias al impulso de los compañeros, y en forma muy destacada de las compañeras que conducen las actividades de HIC, se han concretado plataformas globales, regionales y nacionales, que por un lado posicionan e impulsan en forma consistente los derechos humanos vinculados al hábitat, y por otro promueven su producción y gestión con base en procesos transformadores controlados socialmente, de ahí que sean opciones alternativas a su manejo actual centrado en el dinero.

En el 2012, con el encumbramiento que hizo Naciones Unidas de la llamada economía verde, en Río+20, se fomentó la apropiación privada, la disputa mercantil y en consecuencia el despojo de los bienes comunes preservados

históricamente por comunidades indígenas y campesinas en todos los rincones del planeta. Esto nos ha obligado a incorporar una nueva dimensión a nuestras actividades en apoyo de grupos que luchan en defensa de sus territorios, de su autonomía y de sus derechos humanos, así como a contribuir, en nuestro limitado campo de acción, al fortalecimiento de sus capacidades productivas y de gestión territorial, de resistencia y de propuesta, con las que deben contar para lograrlo.

En ese mismo año, en el caso de México, se logró avanzar sustantivamente en la instrumentación y cobertura de la Producción social de vivienda, pese a su participación aún marginal en el monto total de recursos que maneja la producción habitacional del país. El subsidio a esta forma de producción, que se había iniciado en 2007, pasó de 258 acciones apoyadas ese año a cerca de 30 mil acciones en 640 localidades, tanto rurales como urbanas, de 29 estados de la República en 2012. Esto se logró con apenas 10 por

ciento de los subsidios otorgados, lo que demuestra su penetración territorial y su capacidad de dar cobertura a



Firma de la *Carta de la Ciudad de México por el Derecho a la Ciudad*, 2010.

Margarita Chávez Murguía

Sin duda, conocer al arquitecto Enrique Ortiz Flores ha sido toda una experiencia y aprendizaje. Con él encontré respuesta a varias inquietudes que tenía sobre el tema de la vivienda, así como un enfoque del mismo, tanto como legisladora como coordinadora general de producción social de vivienda de la Conavi.

Gracias a su participación en el Seminario Innovación y Calidad de la Vivienda, realizado por la Comisión de vivienda de la Cámara de Diputados en 2003, empecé a ubicar y a entender las diferentes formas de producción de la vivienda, su proceso, por qué es un tema social y no financiero, al igual que la relevancia de la asistencia técnica, entre otros temas. Quedó claro para mí que la producción social debía reconocerse en la Ley de Vivienda, apoyada e impulsada por el Estado.

En 2008, coincidimos en la Conavi; él presidiendo el comité de producción social y, quien suscribe, como coordinadora general de producción social de vivienda. Encontré gran apoyo en el comité y en el arquitecto Ortiz Flores, en particular, a un gran aliado y maestro para introducir y atender un tema generalmente malentendido o desconocido.

Acordamos entonces una estrategia que permitiera ubicar la Producción social de vivienda como política pública, no como programa, diferencia que a muchos les ha costado entender. Para implementarla fue fundamental la participación y el conocimiento de Enrique, su esfuerzo, convicción, generosidad y paciencia, su experiencia y peso moral. Avanzamos mucho, pero

aún es insuficiente. Con su ayuda hemos desarrollado las siguientes estrategias: 2008, programa de trabajo y detección y propuesta; 2009, definiciones, difusión, pilotos y posicionamiento; 2010, capacitación, financiamiento, profesionalización y fortalecimiento; 2011, alianzas, cobertura y consolidación; 2012, calidad, cobertura, focalización y política pública; 2015, focalización e institucionalización; 2020, opción nacional y oportunidad.

Además de los proyectos realizados en conjunto con él, es importante decir que también encontré en Enrique un amigo, ejemplo de convicción, congruencia y persistencia, con quien espero seguir coincidiendo, aprendiendo e impulsando la producción social de vivienda en México.

Jaime Rello

Soy miembro de la Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata (UPREZ) desde que se conformó, y he militado en todos sus movimientos desde los años setenta, fundamentalmente en el Valle de México. Particularmente estuve en la colonia Primera Victoria, en la delegación Álvaro Obregón, muy cercana a Palo Alto, en Cuajimalpa, donde Enrique Ortiz Flores desempeñó una importante labor; pero yo lo conocí hasta después.

Lo conocí cuando yo era miembro del Movimiento Urbano Popular de la Coordinadora Nacional del MUP y se decidió comprar la tierra, organizar y planear los desarrollos para evitar la represión a los movimientos. Entonces en la colonia se generó la Unión de Colonos y Solicitantes de Vivienda Libertad, al tiempo que se generó el Fonhapo: ahí conocí a Enrique, entre 1983 y 1984. Comenzamos la negociación con el Fonhapo, para comprar tierra en El Molino, un predio que queríamos. En ese tiempo Enrique era director, y lo vi como a cualquier funcionario. Pero luego dejó de serlo y fue nombrado secretario de HIC-AL. Al inicio nuestro trato era de mucha desconfianza, porque los movimientos sociales les cuestionábamos a las organizaciones civiles ¿de dónde venían y cómo se manejaban los recursos?, ¿eran parte o no del movimiento?, y ¿acompañaban o dirigían? Lo que reconocemos es que en HIC, con la dirección de Enrique, tienen mucho respeto por el trabajo y las decisiones de los movimientos sociales; eso no lo tenían todas las organizaciones.

En los años noventa empezamos a realizar foros de vivienda a nivel nacional en diferentes lugares del país y ahí conocimos mejor los planteamientos de HIC sobre la Producción social de vivienda, así como las experiencias que había en este sentido. Entonces comenzamos una relación más permanente.

Enrique ha caracterizado a HIC por el acompañamiento y por el aprendizaje mutuo de las cosas. Da su opinión y orientación, pero siempre con respeto a los procesos. Por ejemplo, cuando se propuso la Asamblea Mundial de Pobladores, los movimientos urbanos asumimos con mucho ánimo realizarla en la Ciudad de México en el año 2000. Aunque comenzamos a prepararla en 1998, trabajando diferentes temas, entre ellos el de cómo creíamos que deberían ser las ciudades. Fue algo importante porque aprendimos que en otros países ya hablaban del Derecho a la Ciudad. Enrique fue un participante activo y articulador del documento llamado *Por ciudades, pueblos y villas justos, democráticos y sustentables*, que es una declaración del foro paralelo al evento oficial de la Cumbre de las Ciudades, realizado en Río de Janeiro, Brasil, en 1992. Este documento fue muy importante porque lo firmaron varias organizaciones de América Latina y ofrece una mirada sobre la ciudad.



Posteriormente nos encontramos cuando se eligió como jefe de gobierno del Distrito Federal a Cuauhtémoc Cárdenas y propusieron a Enrique como director del Invi. “No, yo no quiero ser director”, dijo él. Entonces comenzamos a trabajar, a partir de las experiencias previas, para crear el Programa de Mejoramiento de Vivienda.

Más adelante Enrique aportó, en mucho, a la redacción de la *Carta por el Derecho a la Ciudad*. Hay que reconocerle, entre varias cosas, la sistematización del planteamiento y la construcción ideológica, al igual que su capacidad para articular las ideas de quienes participamos en ella. Dicha Carta fue el resultado de varios procesos de discusión de movimientos y organizaciones con el gobierno del Distrito Federal. Él escuchó a todas las partes y buscó la manera de resolver las discusiones con funcionarios.

Enrique es una persona de buena fe; lo veo como una figura ética. Los funcionarios de diferentes niveles de gobierno pueden no estar de acuerdo con él, pero lo respetan mucho. Lo que Enrique aporta es su creencia en que es posible hacer lo que se piensa que debe de hacerse, y lo va construyendo colectivamente, ayudándonos a concretar las ideas.

A veces en el movimiento tenemos un planteamiento más político de las cosas, por el enfrentamiento con el Estado y por muchas cosas. Pero con él son realizables los planteamientos de comunidad y de producción social. Son grandes aprendizajes para nosotros, pues no es lo mismo tener la idea que echarla a andar; su forma de acompañar es fundamental para los

movimientos. Cuando Enrique tiene una idea sigue hasta que la hace realidad, es un hombre propositivo; a lo negativo le encuentra siempre la parte positiva para, desde ahí, construir. A todos los compañeros les gusta mucho escucharlo porque les infunde las ganas de seguir luchando. Él pone el ánimo ante todo y sabe que “por algo pasan las cosas y entonces hay que resolverlas”.



1 y 2 Apertura de la Asamblea Mundial de Pobladores (texto de la inauguración), Ciudad de México, 2000.

3 Homenaje a Eike Schütz.

De izquierda a derecha: EOF, Alejandro Florian Borbón, María Luisa La China Herrasti, Marcela Rodríguez, Eike Schütz y Manolo García, Ciudad de México, 2002.

4 Ceremonia de entrega del Premio Nacional de Vivienda al Programa de Mejoramiento de Vivienda del Distrito Federal. De izquierda a derecha: José María Gutiérrez, EOF, Arturo Mier y Terán y Georgina Sandoval, Ciudad de México, 2002.

5 EOF en el Foro Social Mundial, Porto Alegre, Brasil, 2003.

6 II Encuentro Latinoamericano de Mujeres Líderes Barriales, La Paz, Bolivia, 2005.



7 Foro Urbano Mundial. De izquierda a derecha: (atrás) Davinder Lamba y Ana Sugrantes; (al frente) EOF, Michael Kane, Joe Schechla y Evaniza Rodrigues, Vancouver, Canadá, 2006.

8 Diálogo durante el homenaje a Eike Schütz. De izquierda a derecha: EOF, Eike Schütz, Edín Martínez y Magdalena Ferniza, Ciudad de México, 2002.

9 Visita a asentamientos en el centro de San Salvador, El Salvador, 2009.

10 Seminario Internacional Suelo Urbano y Hábitat en América Latina, Cochabamba, Bolivia, 2011.

11

13

11 Reunión en ocasión de Río + 20. De izquierda a derecha: Anelise Meléndez, Davinder Lamba, EOF y Lorena Zárate, Río de Janeiro, Brasil, 2012.

12 Foro Urbano Mundial, con Leticia Osorio y María das Graças Xavier, Vancouver, Canadá, 2006.

13 EOF con el viceministro de vivienda de La Paz, Bolivia, 2010.

14 Participantes en la Reunión de la Red de Productores Sociales de Vivienda; Cooperativa Tosepan Tatitaniske, Cuetzalan, Puebla, México, 2010.

15 Reunión con cooperativistas, Guatemala, con Gustavo González, 2006.

12

14

15